

LA

INVASION AMERICANA.

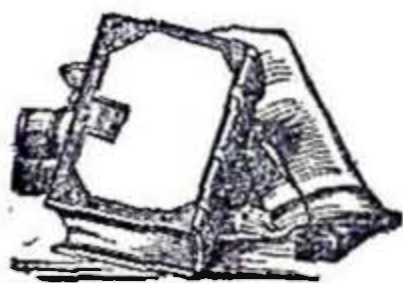
1846 A 1848.

APUNTES

DEL

SUBTENIENTE DE ARTILLERIA

MANUEL BALBONTIN



MEXICO

TIP. DE GONZALO A. ESTEVA, SAN JUAN DE LETRAN NÚM. 6.

1883

AL SEÑOR

GENERAL DE DIVISION

DON

PORFIRIO DIAZ

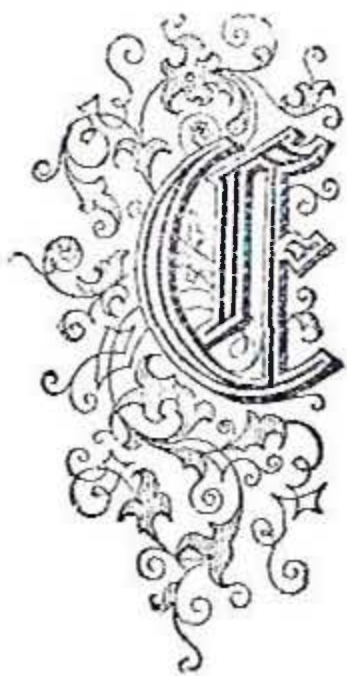
TIENE LA HONRA

DE DEDICAR RESPETUOSAMENTE ESTE LIBRO

EL CORONEL DE ARTILLERIA RETIRADO

MANUEL BALBONTIN.

ADVERTENCIA.



ESTOS apuntes que hoy ven la luz pública, yacían confundidos con multitud de papeles que los años fueron acumulando. Desempolvados y puestos en orden, me he decidido á publicarlos, porque creo que podrán arrojar alguna claridad sobre los acontecimientos á que se refieren; y tambien, porque señalando varias de las faltas cometidas que produjeron nuestras desgracias, prepararán á los jóvenes militares para precaverse de incurrir en ellas, cuando les llegue la ocasion de ejercer un mando superior.

Hecha esta advertencia, no me queda otra cosa que manifestar, sino que este libro no tiene pretensiones de ningun género, sino que ántes bien, solicita la indulgencia del público.

El Autor.

AÑO DE 1846.

CAPITULACION DE LA CIUDAD DE MONTEREY DE NUEVO-LEON.

SUMARIO.

Invasion del Territorio Nacional.—Primeras batallas.—Nuestras tropas se replegan á Monterey.—Pronunciamiento de Guadalajara.—Salida de tropas de México para sofocarlo.—Pronunciamiento de la Capital de la República en favor del General Santa-Anna.—Caída del Presidente Paredes.—Se ordena á las tropas que marchaban sobre Guadalajara, que se dirijan á Monterey.—Llega á Veracruz el General Santa-Anna.—Llegada de las tropas á Monterey.—Embestida de la Plaza.—Ataques de los fortines de la Tenería, del Rincon del Diablo, del Puente de la Purísima, y del Obispado.—Concentracion de las tropas á la tercera línea.—Combates en las calles.—Capitulacion.—Evacuacion.—Marcha á San Luis Potosí.—Observaciones.

El Ejército Americano por causas conocidas de todos, había invadido el Estado de Tamaulipas, avanzando hasta la orilla izquierda del Rio Bravo del Norte, donde acampó enfrente de la ciudad de Matamoros.

Agotados por la diplomacia los medios pacíficos, fué necesario apelar á las armas. En consecuencia, el Gobierno Mexicano declaró la guerra á los Estados-Únidos.

Nuestro Ejército pasó el Rio Bravo, sostuvo con gloria la batalla de Palo Alto ante una artillería poderosa el día 8 de Mayo, y al día siguiente fué derrotado en la Resaca de la Palma.

No pudiendo sostenerse despues en la ciudad de Matamoros, tuvo que emprender una penosa retirada por Linares, y refugiarse en Monterey de Nuevo-Leon, donde comenzó á fortificarse.

El General D. Mariano Paredes, que mandaba en México como Presidente de la República, se había dedicado con teson á la organizacion, disciplina é instruccion del Ejército, con ánimo de ponerse á su cabeza y marchar á combatir á los invasores.

Por desgracia, había estallado un pronunciamiento en Guadalajara, corriendo mala suerte una brigada que marchó á sofocarlo, al mando del General González Arévalo, quien murió en la accion.

El General Paredes tuvo la mala idea de marchar con toda la fuerza que había en la Capital para reducir á Guadalajara, lo cual si llegaba á conseguir, se dirigiría á la frontera para detener á los americanos que avanzaban sobre Monterey.

Para realizar aquel plan, comenzaron á moverse las fuerzas que había en México, á principios de Julio, en el órden siguiente:

Marchó la primera, una brigada á las órdenes del General graduado D. José María García Conde.

La componían:

El Batallon de Aguascalientes con.....	500	hombres.
El Batallon de Querétaro con.....	300	„
Dos Escuadrones del 3º de línea con.....	250	„
Tres piezas de á 8 de batalla con.....	30	„

Suman..... 1,080 hombres.

Al siguiente dia, marchó otra brigada á las órdenes del Teniente Coronel D. Florencio Azpeitia.

La componian:

El Batallon número 3 de Línea con.....	500	hombres.
Dos Escuadrones Lanceros de Jalisco....	200	„
Dos Escuadrones Regimiento de Guana- juato.....	200	„
Siete cañones de batalla de los calibres de á 8 y de á 12, cuyos artilleros y la Am- bulancia formarían un total de.....	100	„
	<hr/>	
Suman.....	1,000	
	<hr/>	

Julio 26.

En la noche fué relevado de la batería de Palacio, para marchar al día siguiente.

Julio 27.

Á las doce del día, bajo una fina lluvia, salió de México la Tercera Brigada, al mando del General graduado D. Simeon Ramírez.

La componian:

El Batallon 3° Ligero con.....	400	hombres.
El Batallon 4° Ligero, con.....	600	„
Dos cañones de batalla del calibre de á 12, uno de á 8, y tres obuses de 7 pulgadas, servido todo por..	60	„
	<hr/>	
Suman....	1,060	hombres.

El total, pues, de la division puesta en marcha, constaba poco

más ó ménos, de tres mil ciento cuarenta hombres, con diez y seis piezas de campana.

Las tropas que aún quedaban en México, deberian salir pocos dias despues, al mando del General Paredes.

Nuestra salida tuvo un mal pronóstico; apénas dejamos las calles de la capital, cuando la lluvia se convirtió en un gran aguace-ro que nos empapó por completo.

El camino que seguíamos, es el que conduce de la garita de Vallejo, al pueblo de Tlalnepantla. El piso, que es de tierra, y la construcción de poco relieve, lo hacen en extremo atascoso; y el aguace-ro lo había puesto intransitable. Los soldados caminaban con mucha dificultad; puede asegurarse que hubo muy pocos que dejasen de caer en el lodo, cuya circunstancia, como es consiguiente, produjo un gran desórden en la marcha.

La artillería, tirada por mulas á medio domar, conducida por cocheros ó carreteros bisoños, sin instruccion ni disciplina militar, se atascaba á cada momento, costando gran trabajo sacarla.

Esta arma ha fijado poco la atencion del Gobierno, y su organizacion deja mucho que desear. No tiene ganado, ni trenistas propios; de ambas cosas la proveen contratistas que no siempre cumplen con exactitud. De esto proviene, que nuestra artillería no sea apta para las maniobras, y por lo mismo, que no pueda prestar todos los servicios que debe, en los campos de batalla.

La infantería cuidaba poco de que los cañones quedasen atascados, de lo que naturalmente resultó que llegase á tomar cuarteles á Tlalnepantla, mientras que las piezas quedaron detenidas en distintos lugares.

Despues de mil afanes, la artillería pudo, al caer la tarde, incorporarse con la infantería. Se había caminado, cuatro leguas en seis horas y media, no sin accidente, porque un artillero sufrió la fractura que en una pierna le causó una rueda.

El estado de embriaguez de la tropa y de los carreteros era insoportable.

Julio 23.

Mayores trabajos nos aguardaban. Los aguaceros, que se habían repetido durante la noche anterior, pusieron de manera el camino, que tal vez hubiese sido prudente suspender la marcha.

La tropa caminaba con el lodo hasta las rodillas; los cañones se atascaban á cada momento, sin que lograran sacarlos los artilleros, que en vano corrían de un lado al otro hasta agotar sus fuerzas.

Así se vencieron tres leguas hasta Cuautitlan, donde se dió un ligero descanso á la tropa para que almorzara.

Al salir de Cuautitlan, el camino estaba casi seco, pero más adelante, el agua corría en arroyos, á causa de haberse desbordado el rio que lleva el nombre del pueblo. Allí se aumentó la dificultad de caminar con la artillería, sucediendo como el dia anterior, que las piezas quedaron atascadas y la infantería siguió su marcha.

En el pueblo de Coyotepec, mandó el general cuatro yuntas de bueyes al Teniente coronel, Capitan de artillería, D. Patricio Gutiérrez, que se hallaba en el punto llamado las Animas, trabajando en sacar un obus que se había hundido en el lodo hasta los cubos de las ruedas.

Algo más adelantado estaba el segundo Ayudante D. José Terroba, haciendo inútiles esfuerzos para sacar del fango otro obus, por lo que fué necesario auxiliarlo con dos de las cuatro yuntas.

Cuando recibió las otras dos el Capitan Gutiérrez, el agua cubría el eje de la cureña. Pegadas las yuntas, resultó que los bueyes no podían hacer tiro, porque al hacer esfuerzo los suspendía el agua.

En vano se trabajó hasta la caída de la tarde; lo único que se consiguió fué, desprender el armon y conducirlo á la Venta de las Animas, dejando el obus en medio del agua.

El Capitan Gutiérrez envió parte al General de lo acontecido.

La noche era muy oscura y el agua volvía á caer.

El guía que conducía al enviado del Capitan, al llegar á Coyotepec, se rehusó seguir adelante, manifestando que el rio de Huehuetoca debía de ir muy crecido, y no sería posible vadearlo en la noche.

Como el comisionado del Capitan insistiera en seguir adelante, y el guía se negara absolutamente á acompañarlo, se entabló entre los dos una disputa que terminó por la caída del oficial, que con caballo y todo, descendió al fondo de un barranco. Auxiliado y conducido por el guía á un *jacal* inmediato: allí pasaron la noche.

Julio 29.

Muy de mañana siguió el comisionado su camino, llegando á Huchuetoca en el momento mismo en que se ponía en marcha la brigada.

Mandó el General, un capataz con un tiro de mulas, en auxilio del Capitan Gutiérrez, y dispuso que se pidiesen en Coyotepec las yuntas y peones que fuesen necesarios.

El Alcalde de aquel pueblo, proporcionó algunas yuntas y unos veinte peones. Con estos elementos y el tiro de mulas, el Capitan Gutiérrez logró sacar el obus á la caída de la tarde y tomó el camino de Jalpam, hasta llegar á Huchuetoca. Allí dió un corto descanso que sirvió para que la tropa tomase algun alimento, continuando la marcha en seguida, ya entrada la noche.

No dejaba de ser penosa aquella marcha, tanto por la lluvia que caía, como porque estando trazado el camino sobre lomas tepetatasas é incultas, era muy difícil distinguirlo en la oscuridad.

Por fin, á las dos de la mañana se hizo alto en el Rancho de Bata, donde á duras penas se pudo conseguir algun pienso para el ganado.

Julio 30.

Muy de mañana se continuó la marcha, llevando la pieza con yuntas de bueyes, porque las mulas estaban incapaces de hacer tiro.

Después de almorzar en Tula se siguió la jornada, pero al subir la cuesta, los bueyes cojaron bruscamente y rompieron la lanza. El capitan Gutiérrez envió á anunciar al General de la brigada este nuevo contratiempo.

El General, que pernoctaba en la Hacienda de la Goleta, mandó al Subteniente D. Ignacio Hernández Xicolalpa con dos obreros de maestranza, para reponer la lanza rota.

Julio 31.

Después de haber caminado todo este día, logró el capitán Gutiérrez incorporarse á la brigada en la Hacienda de Arroyozarco.

Agosto 1º

De Arroyozarco á San Juan del Rio.
Jornada bastante larga que se rindió tarde.

Agosto 2.

De San Juan del Rio á la Hacienda del Colorado.
Jornada molesta y escasa de recursos.

Agosto 3.

Del Colorado á Querétaro.
Se pasó la revista de Comisario.

Agosto 4.

De Querétaro á Apaseo.
Pueblo triste y de pocos recursos.

Agosto 5.

De Apaseo á Celaya.

Agosto 6.

Pronta la brigada para marchar, recibió orden de volver á sus cuarteles.

Poco despues se divulgó la noticia de que en México se habian pronunciado proclamando "Federacion y Santa-Anna," y que el General D. Simcon Ramírez habia recibido una comunicacion del Presidente Paredes, en la cual le ordenaba permaneciese en Celaya, donde se le incorporaría.

Las noticias recibidas causaron grande alarma en la brigada; todo el dia se pasó en corrillos y secretos.

Agosto 7.

El General Ramírez, en vista de lo acontecido, determinó formar una junta en su alojamiento con los jefes y oficiales de la brigada. Dadas las órdenes al efecto, concurrieron á la cita la mayor parte de los nombrados.

Tomó el General la palabra, exponiendo brevemente las angustiadas circunstancias á que se hallaba reducido en México el Gobierno. Dijo: que le parecía conveniente que la brigada continuase su marcha con el objeto de unirse con las que iban adelante, para que formando un cuerpo de tropas numeroso, pudiera contrariar la revolucion ó acatar la voluntad nacional si ésta se pronunciaba abiertamente por el Plan de la Ciudadela.

Aquella proposicion fué desechada por la mayor parte de los jefes y oficiales, para quienes tenía simpatías la revolucion, y pidieron al General que permaneciese la brigada en Celaya en observacion de los acontecimientos.

El General instó y aún suplicó que se continuase la marcha sobre Guadalajara.

Los jefes y oficiales en su mayor parte se rehusaron á esta proposición, dividiéndose cada vez más los pareceres sobre el partido que se había de tomar.

Un oficial manifestó, que segun él pensaba, la brigada debería permanecer extraña á todo movimiento revolucionario, marchando sin pérdida de tiempo á la frontera, á defender la República.

Aceptado este pensamiento, al parecer con entusiasmo, se comenzó á escribir en el sentido propuesto, una acta que debía ser enviada á México.

Mientras esto pasaba, varios jefes y oficiales formaron corrillos y comenzaron á ponderar los padecimientos y la miseria que aguardaban al ejército en la frontera y el ningun fruto que de sus sacrificios sacaría.

Aquellas peroraciones produjeron tal efecto, que cuando se llamó á firmar la acta, fueron muy pocos los que quisieron suscribirla.

Molesto el General, dispuso que se habriese un registro en el que constase el voto de cada uno, para averiguar en qué sentido estaba la mayoría.

Así se hizo: pero ántes de que terminara aquella votación, apareció en la junta D. Andrés Zenteno, que llegaba de Querétaro. Venía provisto de proclamas y comunicaciones, y traía la noticia del pronunciamiento de aquella ciudad, de donde invitaban al General Ramírez á que se pronunciasse con la brigada.

Este nuevo incidente introdujo tal desorden en la junta, que se hizo necesario disolverla.

Agosto 8.

La aparición de Zenteno en Celaya, produjo su efecto. El Ayuntamiento se pronunció, y el Tercero Ligero levantó su acta en la noche.

Hé aquí la mitad de la brigada pronunciada y la otra mitad á la obediencia del Gobierno. Sin embargo, viviamos como buenos ca-

maradas, obedeciendo el Tercero Ligero al General; pero tal situacion. en un momento dado, podía producir resultados funestos.

Agosto 9.

Se tuvo noticia de la caida del General Parodes.

Marchamos de Celaya á Apaseo, por disposicion del nuevo Gobierno.

Desertó el Subteniente de la Ambulancia D. N. Solares. Despues se dijo que al presentarse en México fué ascendido.

Agosto 10.

De Apaseo á Chamacuero.

Se supo que las brigadas que nos precedian recibieron orden de dirigirse á Monterey.

Agosto 11.

A San Miguel de Allende.

En esta ciudad se pronunció al fin, el General Ramírez con el Cuarto Ligero y la artillería; aunque hubo jefes y oficiales que rehusaron firmar el acta. Entre ellos deben contarse, el teniente coronel de infantería, Capitan de artillería D. Patricio Gutiérrez, el Comandante de batallon D. Antonio Nieto, el Subteniente de artillería D. Ignacio Hernández y el que suscribe.

Agosto 12.

De Allende á la Hacienda de la Venta, lugar desprovisto de todo recurso.

Inmediato á la hacienda corre un arroyo que se pasa con el agua al tobillo. Así lo pasaron el Tercero Ligero y la artillería; mas á consecuencia de haber llovido, vino repentinamente una creciente tan formidable, que el Cuarto Ligero que marchaba á retaguardia, tuvo que quedar en la orilla opuesta donde pasó la noche.

Con gran dificultad pudo la brigada proveerse de alimentos.

Agosto 1

Al amanecer, habiendo bajado el agua, pudieron pasar el arroyo, el Cuarto Ligero, el parque, y los equipajes que quedaron la víspera en la márgen opuesta.

Emprendida la marcha, se rindió la jornada en la Hacienda de las Monjas, punto tan desprovisto de recursos como el anterior.

Agosto 14

Á la Villa de San Felipe.

Agosto 15.

Á la Hacienda del Jaral.

Agosto 16.

Á la Hacienda de Las Pilas.

Agosto 17.

Á San Luis Potosí.

Agosto 18, 19, 20, 21, y 22.

Permanecemos en San Luis, haciendo provisiones, para pasar el desierto que média entre esta ciudad y el Saltillo.

Agosto 23.

Salimos de San Luis. El Tercero Ligero, que recibió un destacamento que tenía en Lagos, aumentó su fuerza hasta seiscientos hombres.

Tambien se incorporaron á la brigada, ciento cincuenta lanceros del Regimiento de San Luis Potosí.

El Cuarto Ligero marchó rumbo á Tula de Tamaulipas.

Pernoctamos en la Hacienda de Bocas.

Agosto 24.

De Bocas al pueblo de la Hedionda.

Agosto 25.

Al amanecer se hizo una salva de veintiun cañonazos, para celebrar el arribo[¶]á Veracruz del General Santa-Anna, verificado el día 16 del mismo mes.

Continuó la marcha á la Villa del Venado.

Agosto 26.

¶ Del Venado á la Hacienda de Charcos.

¶ {Desde este punto comienzan las jornadas largas, la escasez y mala calidad del agua, la falta de víveres, y los campamentos.

Agosto 27.

Á la Hacienda de Solís.

Agosto 28.

De Solís á Matchuala.

Se caminaron diez y seis leguas.

En la tarde llovió mucho, con lo que el camino se puso atascoso.

La brigada llegó tarde y muy cansada.

Agosto 29.

Al Cedral.

Mala clase de agua.

Agosto 30.

Á la Noria de las Ánimas.

Quince leguas.

Aquí existió un rancho que destruyeron los comanches, incendiándolo y matando á sus moradores.

La brigada la pasó al aire libre, sufriendo el agua que cayó toda la noche. La tropa, hambrienta y sobre el suelo mojado, entretuvo sus penas cantando.

Agosto 31.

Á la Hacienda del Salado.

Agua salobre y escasa. Falta de víveres.

Esta hacienda fué destruida por los comanches, y los habitantes fueron asesinados.

Los salvajes se presentaron de paz con el pretesto de comerciar, y candorosamente fueron recibidos.

Hoy, la casa está aspillerada, y tiene un pequeño é informe cañon para su defensa.

Tambien tuvo allí lugar otra escena sangrienta.

El año de 1842, habían pernoctado en la hacienda unos ciento cincuenta texanos prisioneros de guerra, que eran conducidos á México. Habiendo sorprendido á la fuerza que los custodiaba, emprendieron la fuga, pero siendo de nuevo aprehendidos, se sortearon, y la quinta parte de ellos fueron pasados por las armas.

Setiembre 1º

Incorporado á la brigada el Cuarto Ligero que se había separado en San Luis, se emprendió la marcha para el rancho de San Salvador, lugar desprovisto de todo recurso.

Al anochecer, un granadero del Cuarto Ligero, dió muerte á un carretero de artillería. Fué necesario en la misma noche formar la sumaria respectiva.

Setiembre 2.

Á la Hacienda de la Encarnacion.

Setiembre 3.

Á la Hacienda de Aguanueva.

Este lugar aparece delicioso, con su hermosa arboleda que lo sombrea, y con un caudal de agua pura que posee. ¡Tal es la tristeza que se apodera del viajero, en el largo trayecto árido y monótono, que ha dejado atras!

Setiembre 4.

Al Saltillo.

Esta ciudad es de aspecto grato, de algun comercio y de bastante civilizacion.

Setiembre 5.

Pasó la brigada revista de Comisario y descansó.

Setiembre 6.

Á la Hacienda de la Rinconada.

Corre el camino entre dos cadenas de montañas. Hacia la mitad, se encuentra el Paso de los Muertos, larga y empinada cuesta, que puede ser disputada con buen éxito á tropas que viniesen de Monterey.

Hallamos en aquel lugar un campamento de soldados de Zapadores, y del Segundo Ligero, que levantaban algunas obras de defensa.

Estas tropas fueron las primeras que encontró la brigada, pertenecientes al sufrido Ejército del Norte.

Poco despues, llegó el Regimiento de Caballería Número 7. Entre los hechos notables de este regimiento se cuenta el siguiente:

Cuando el general D. Adrian Wol invadió á Texas en el año de 1842, despues de la ocupacion de San Antonio Béjar, tuvo lugar una accion reñida en un punto llamado el Salado. Habiéndose posesionado de un bosque una partida considerable de rifleros enemigos, y no teniendo el general infantería disponible para desalojarlos, ordenó al regimiento que echase pié á tierra y que con sable en mano ocupase el bosque. El 7º cumplió la órden, haciendo gran destrozo entre los texanos.

Ahora, el regimiento traía en sus filas, algunos americanos que se habían pasado á nuestro campo.

Setiembre 9.

El camino que llega hasta la Hacienda de la Rinconada con direccion al Norte, cambia allí bruscamente hácia el Este, continuando así hasta llegar á Monterey, adonde se rindió la jornada, no sin pasar repetidas veces el Rio de San Juan, con el agua á la rodilla.

La ciudad de Monterey está situada precisamente, á la salida de la garganta que atraviesa la Sierra-Madre. Un ramal de ella envuelve la poblacion por el Sur y por el Este, corriendo á su pié el Rio de San Juan, que puede servir de foso aunque presenta algunos vados.

Toda la parte Norte y Nordeste, es una extensa llanura con algunos manchones de bosque.

Por este lado debían aparecer los americanos.

Los restos del Ejército del Norte mandados por el General D. Pedro Ampudia, habían buscado refugio en Monterey, que fortificaban á la sazón con obras de tierra.

La parte del Este, (véase el croquis núm. 1), se cubrió con tres obras pequeñas abiertas por la gola, capaces de alojar cada una de ciento cincuenta á doscientos infantes, con dos ó tres piezas de artillería.

Tambien se cubrieron con dos líneas de parapetos y fosos, las calles centrales que ven á aquel rumbo.

Del lado del Norte, se construyeron dos flechas capaces de contener cada una de cincuenta á sesenta hombres.

Á la izquierda de estas flechas, en el Puente de la Purísima, se levantó una obra irregular segun lo permitía la localidad.

Detras de esta línea, se cubrieron igualmente con parapetos las calles que desembocaban á ella.

Fuera de la ciudad, siempre al Norte, en el llano, y al rededor de los muros de una Catedral empezada á construir, se levantó un fuerte cuadrado, con bastiones. Esta obra, á la que se le dió el nombre de Ciudadela, era la única cosa seria que había en Monterey.

Algo adelante del punto en que concurrían prolongándolas, las

líneas que pasaban por las obras del Norte y del Este, se construyó un fortín de forma irregular cubriendo una tenería, cuyo nombre llevó.

Por el rumbo del Oeste, á la salida para el Saltillo, sobre las alturas, á uno y otro lado del camino, había dos obras avanzadas, de poca importancia.

En el cerro llamado del Obispado estaba la más formal, que consistía en una especie de bonete que miraba á la ciudad, y en una pequeña flecha colocada sobre un creston, situado á la espalda del edificio del Obispado, y que lo dominaba.

Tomado este creston, el Obispado estaba perdido, porque la obra que miraba á la plaza de nada serviría. Sin duda, el ingeniero que la trazó, se propuso que cuando la plaza se perdiera continuaría defendiéndose el Obispado, sin sospechar siquiera, que el enemigo pudiera atacar aquel punto antes de penetrar á la plaza.

La otra obra, era un simple reducto cuadrado sin fuegos flanqueantes, construido sobre Loma Blanca, incapaz en su aislamiento de ofrecer una resistencia formal. Se le llamó Fortín de la Federación.

Las calles que desembocaban al Oeste, también se cortaron con parapetos y fosos.

Hacia el Sur, solamente había parapetos en las calles que daban al río.

Cuando la Brigada del General Ramírez llegó á Monterey, ya se habían terminado algunas de las obras referidas, y las demás se hallaban en construcción.

Diariamente se nombraban en la orden general, los batallones que debían trabajar en las líneas, y los que habían de dar la guarnición.

Así estaban las cosas, cuando se supo que el Ejército Americano se movía de Camargo.

El General Torrejon, salió con una brigada de caballería para molestar al enemigo durante su marcha, y el General D. Manuel Romero, con una sección de infantería y una compañía de lanceros, se había situado de observación en Marin.

Mientras tanto, se seguía trabajando en la plaza con ánimo de hacer una defensa esforzada.

En la tropa no faltaba entusiasmo, pero la discordia se había introducido en la guarnicion.

Desde la retirada de Matamoros, el Ejército se había dividido en dos bandos. Uno de ellos, estaba conforme con que tuviese el mando el General D. Pedro Ampudia; pero el otro, pretendía que lo tomase el General D. Francisco Mejía.

Estos partidos, de que apenas se apercebían los oficiales subalternos ni la tropa, eran la preocupacion de los generales y jefes, y en mi concepto, tuvieron una funesta influencia en los acontecimientos.

Entre los oficiales, había rivalidades de otro género, que no hubo cuidado de cortar en su origen.

Los veteranos del antiguo Ejército del Norte, se denominaban, *bocas de palo*, por que habían perdido la costumbre de comer.

Á los que llegaron á Matamoros con el General Ampudia, les pusieron, los *polkos*.

Y por último, á los que acababan de llegar de la capital, los llamaron, los *redentores*.

Siempre que había alguna reunion de oficiales, estos cambiaban entre sí, picantes epigramas que solían producir disgustos.

El General Ampudia dictó algunas disposiciones que causaron desagrado. Fué una de ellas, el haber nombrado inspector de las obras de defensa al general graduado D. Simcon Ramírez, persona muy versada en el conocimiento de las tácticas de línea y ligera así como en el servicio y manejo de un regimiento; pero incompetente, sin duda, en materia de fortificacion.

Como era de esperarse, cometió este general varios desaciertos, pero el mayor de todos, consistió en mandar demoler el Fortin de la Tenería.

Cuando esto pasaba, ya estaban los americanos en las goteras de la ciudad.

El general Romero regresó de Marin, y el general Torrejon se replegó tambien, sin causar ningun daño al enemigo.

En semejantes circunstancias se hizo necesario tomar algunas medidas para la defensa. Se cubrieron los puntos con la fuerza indispensable, y se formó una reserva compuesta de los batallones Tercero Ligero, Cuarto Ligero y Aguascalientes, con una batería de ocho

cañones. Esta reserva, debía de obrar en combinación con las fuerzas de caballería situados en los puntos A. A'; (véase el croquis.)

La guarnición constaba poco más ó ménos, de cuatro mil infantes y dos mil caballos, con cuarenta y seis piezas de artillería de batalla, muchas de ellas en mal estado.

En toda la fuerza se contarían unos mil hombres de Guardia Nacional de Monterey y la frontera, siendo una gran parte de caballería de la llamada de *correitas*.

Sucedió, que para poder cubrir todos los puntos, fué preciso que quedasen débiles; pero sus guarniciones confiaban en la acción combinada de la reserva y de la caballería.

Veamos ahora el diario de las operaciones que practicó el enemigo sobre la plaza, y el de la resistencia que ésta opuso.

Setiembre 19.

Los americanos comenzaron sus reconocimientos.

Algunos cañonazos disparados desde la Ciudadela, pusieron en alarma á la población.

Las guerrillas de caballería condujeron algunos prisioneros.

Setiembre 20.

El enemigo continuó sus reconocimientos.

Al anocheecer, el General Wort, con una brigada de infantería, con carros, avanzó hacia la espaldia del cerro del Obispado, desde cuya cresta se le hicieron algunos disparos de cañon, sin resultado.

Nuestra caballería de la izquierda se dividió en dos trozos. Uno, al mando del General Torrejon, se retiró hasta el punto B; y el otro, á las órdenes del General Jáuregui, entró á la ciudad, con lo que los americanos tuvieron el paso libre para el camino del Saltillo.

Habiendo manifestado D. Luis Robles, distinguido oficial de ingenieros, al General en Jefe, la necesidad que había de reconstruir

el Fortin de la Tenería, que se estaba demoliendo, el General dispuso que la misma Guarnicion que lo cubría, trabajase toda la noche en repararlo.

Con efecto, toda la noche se trabajó á pesar de la lluvia, que no por ser fina, dejaba de causar gran perjuicio.

Setiembre 21.

Al amanecer, los parapetos estaban casi concluidos, aunque se había tenido que completarlos con sacos á tierra, que tenían el grave defecto de ser de género ordinario de algodón: pero el foso, sin terminar, no tenía la anchura ni la profundidad necesarias, hallándose ademas las escarpas con escalones que facilitaban su descenso y escalamiento.

Sobre las plataformas para la artillería, colocada á barbata, no se habian establecido explanadas de madera; y semejante falta, debería producir dificultades en el servicio de los cañones, sobre la tierra recientemente amontonada y humedecida por la lluvia.

La obra, pues, se hallaba sin concluir.

La Guarnicion, la componían unos doscientos infantes de los batallones Segundo Ligero y Quercetano, repartidos entre el fortin y la casa de la Tenería, que quedaba á la espalda.

La artillería, constaba de una pieza de á ocho, una de á cuatro y un obusito de montaña, que no tenía dotacion de artilleros.

Mandaba el fortin el coronel del Segundo Ligero D. José María Carrasco, y la artillería el Jefe de Division D. Juan Espejo.

La capital de la obra, se inclinaba de N. E. á S. O. La cara y flanco de la derecha estaban protegidos por la casa de la Tenería y por el rio de San Juan. La cara y flanco de la izquierda miraban á la campaña, hacia el rumbo que traía el enemigo. »

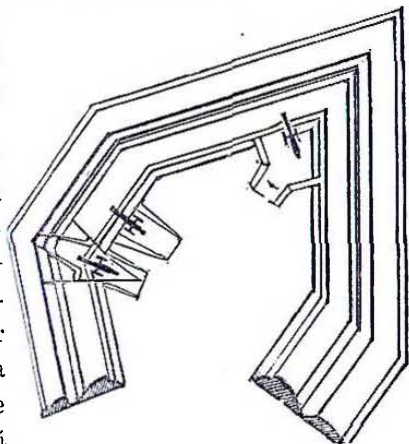
Por descuido, ó por falta de tiempo, no se habian limpiado los aproches, y un campo de maíz cuyas cañas estaban crecidas, algunos árboles, magueyes y nopales, favorecian grandemente á los asaltantes

El trazo del fortin era una luneta; pero en uno de los flancos se había construido una pequeña cara, como para ocultar un poco la gola que quedaba descubierta.

El trazo, pues, podría representarse como aquí se ve.

La gola se apoyaba en una arboleda con algunos *jacales*, en el camino que conducía al puente de la Purísima.

Es indudable que aquella línea de árboles y *jacales*, debía haberse ocupado sólidamente, ligándola con el puente de la Purísima. Apoyada así el ala izquierda, que sería flanqueada por la Ciudadela, y con una fuerza respetable de caballería con que se contaba, hubiera presentado á los americanos un obstáculo que no hubiesen podido vencer, ó les habría costado grandes sacrificios.



Pero nada de esto se hizo, y la Tenería tuvo que atenerse á sus propios esfuerzos.

La mañana del 21 amaneció lluviosa y triste. A la tropa se le dió un trago de *mezcal*, para confortarla un tanto, de las fatigas de la noche.

Serían las siete, cuando el enemigo comenzó á organizar su ataque á la Tenería.

Para cubrirlo, situó una batería en el punto C, con la que batió unos veinte minutos á la Ciudadela.

El General D. Francisco Mejía, que se hallaba en estos momentos en la Tenería, le dijo al coronel Carrasco, que se preparase, porque el ataque á la Ciudadela era fingido y el verdadero vendría sobre aquel punto.

En efecto, tres columnas, aprovechando las sinuosidades del terreno y la vegetacion, siguiendo las líneas de puntos D D D, avanzaron á paso acelerado. La de la derecha se dirigió á ocupar la arboleda y solares que terminan la ciudad por el N. E. La del cen-

tro se detuvo quedando en reserva, y la de la izquierda, precedida de una nube de Tiradores, cargó sobre la Tenería.

El enemigo, sin detenerse á contestar el vivo fuego que se le hacía, llegó hasta las inmediaciones de la obra, y allí, cubriéndose con todos los accidentes que proporcionaba el suelo, y ocupando algunos *jacales*, rompió un fuego nutrido y certero.

En estos momentos, llegó un refuerzo de la plaza, al mando del Teniente Coronel de infantería D. Joaquin Castro, que conducía ciento cincuenta hombres del Tercero Ligero, y un cañon de á ocho, al mando del subteniente de la primera brigada de artillería D. Agustín Espinosa.

La pieza y una parte de la infantería, entraron al fortin, y el resto de la tropa subió á la azotea de la Tenería.

El combate comenzó á ser terrible.

Los americanos, con rodilla en tierra, agazapados, en toda clase de posturas; posesionados del terreno cercano al fortin, á tiro de pistola y aun sobre la contra-escarpa, y cubriéndose con cuanto encontraban; hacian un fuego muy vivo á los parapetos. Otros, habiendo penetrado á la arboleda, descubrian por la gola el interior de la obra, y herian á algunos hombres por la espalda.

Sin embargo, los americanos retrocedieron.

La columna E, que hasta entónces había permanecido inmóvil, avanzó apoyada por algunas piezas de artillería, á restablecer el ataque.

Advertido el subteniente Espinosa de que colocaban un cañon en el punto F, hizo dos ó tres disparos tan certeros, que el enemigo tuvo que desistir de su intento.

La infantería había redoblado su fuego, y la Guarnicion de la Tenería comenzaba á fatigarse.

Repentinamente, las columnas enemigas de la derecha y del centro, se retiraron en desórden, lo que visto por la de la izquierda, que era la más empeñada en el ataque, no tardó en imitarlas.

Las dianas y los vítores más entusiastas se lanzaron al aire por los defensores de la Tenería, que por momentos esperaban ver la columna de reserva salir sobre el enemigo.

Pero no fué así. La causa de la retirada de los americanos, era

la aparición hacia su derecha de una fuerte columna de caballería que salió de la plaza, por el rumbo de la Ciudadela. Una carga brusca de toda aquella masa, acaso hubiera producido gran resultado; pero solamente cargaron unos cincuenta ginetes del Tercero, al mando del Teniente D. Joaquín Miramon.

El no haber cargado toda la caballería, se atribuyó á las rivalidades que existían entre los generales.

Los lanceros de Miramon alcanzaron á los americanos, ocasionándoles algunas pérdidas; pero posesionándose éstos de unas cercas, obligaron á retirarse á los del Tercero.

Sin temor ya á la caballería, que permanecía inactiva, organizó el enemigo un nuevo ataque contra la Tenería.

La Guarnición del fortín estaba llena de fatiga, y desconsolada porque no veía aparecer la anhelada columna de reserva.

Los fusiles ardían; la pieza que mandaba el subteniente Espinosa, á cada disparo rodaba hasta el fondo del fortín, costando gran trabajo volverla á subir y poner en batería, en lo que ayudaba personalmente el Teniente de Ingenieros D. Joaquín Colombres.

La otra pieza de á ocho, que dirigía el capitán graduado, teniente del arma D. Jacinto Domínguez, hacía fuego con suma dificultad; porque colocada á barbeta en el ángulo saliente del fortín, los artilleros quedaban completamente á descubierto, hallándose los americanos alojados al otro lado del foso, desde donde los cazaban.

En tan críticas circunstancias, Domínguez tapaba el fogon, cubriéndose como mejor podía con la cureña y con la pieza. El cabo José Salomo y un artillero, servían los primeros puestos, y ambos se habían acostado debajo de la cureña. Apoyando la espalda á la rodillera del parapeto, introducían la carga en el cañon y la empujaban con el atacador, cuya maniobra era ejecutada con mucho trabajo.

Otros artilleros, agazapados á los lados de las ruedas, las empujaban cuando era necesario para poner el cañon en batería; y los cuartos artilleros, proveían de municiones á los primeros, por entre los rayos de las ruedas.

Fuera de combate Domínguez y algunos sirvientes, despues de larga fatiga, la pieza quedó muda, hasta que concluyó la acción.

El género de los sacos á tierra, con que estaba revestido y terminaba el parapeto, se había incendiado con el fuego de las cazoletas de los fusiles, y la tropa no podía acercarse para disparar.

Dos artilleros que conducian municiones para proveer las piezas, se habian quemado, por habérseles inflamado los cartuchos que llevaban.

A pesar de todo, el enemigo fué recibido en su tercer ataque con igual denuedo que los anteriores; pero pronto llegaron á oirse dos gritos á cual más aterradores.

¡Parque! ¡Agua!

En efecto, la tropa sufría una gran fatiga; los soldados tenían los labios negros de la pólvora, y esta circunstancia y la agitacion del combate, les producía una sed abrasadora.

En cuanto á las municiones, nadie sabía dónde hallarlas, ni parecía el jefe del punto, para darle parte de lo que pasaba.

Ya no quedaban haciendo la defensa mas que los oficiales.

En esto el fuego del enemigo aumentaba, mientras el nuestro disminuía notablemente, y los soldados comenzaban á separarse del parapeto.

El capitán del Tercero Ligero D. Domingo Nava, reunió unos cuarenta hombres, y se dirigió con ellos hacia la gola, arengándolos para cargar á la bayoneta; lo cual visto por los soldados que quedaban en los parapetos, se precipitaron tambien en direccion de la gola.

En vano pretendieron los oficiales contenerlos, y los que se detenían, poniendo armas al hombro y mostrando las cartucheras vacías, exclamaban invariablemente: "Mi jefe, que nos den *parque*, y nos batiremos."

Cuando pasó aquella avalancha, solamente quedaron en el fortín cinco individuos; á saber: el Teniente de Ingenieros D. Joaquin Colombres, el Subteniente de Artillería D. Agustin Espinosa, un oficial de infantería llamado Castelan, un soldado del Tercero Ligero, y el que suscribe.

En la azotea de la casa de la Tenería quedaban, el Capitán del Tercero Ligero D. Juan Servín, el Teniente del mismo cuerpo D. Ig-

nacio Solache, el Subteniente del Batallon de Querétaro D. Guillermo Moreda, y algunos soldados.

Momentos despues del abandono del fortin, observando los americanos que el parapeto se hallaba desguarnecido, lanzaron tres "hurrras," y asaltaron la obra. El primer grupo que subió sobre el parapeto, lo verificó por el ángulo saliente; colocó una bandera azul con el águila y las estrellas americanas, y disparó algunos tiros, uno de los cuales hirió á Castelan. Otros disparos sobre la casa de la Tenería causaron la muerte del jóven y valiente capitan D. Juan Servin.

El enemigo, se hizo dueño de toda la artillería, de poco armamento, y tomó tres oficiales y unos treinta soldados y arrieros prisioneros. El combate había durado desde las siete de la mañana hasta las doce, sin interrupcion.

El fuego que nuestros soldados comenzaron á hacer desde el Puente de la Purísima y del Fortin del Diablo, bañaba de tal suerte el interior del Fortin de la Tenería, que los americanos se vieron obligados á guarecerse dentro del foso. Así es, que en aquel sitio donde minutos ántes había tanta agitacion, no quedaban entónces mas que los muertos, rodeados de un silencio pavoroso.

Tomando el fortin, los americanos no descansaron sobre sus laureles; sino que suponiendo que la pérdida de aquel punto, habría causado grande efecto moral en la plaza, se lanzaron inmediatamente sobre el Fortin del Diablo.

La columna del centro enemigo avanzó violentamente sobre el fortin y parte de la tropa que atacó la Tenería se deslizó por la orilla del rio para ayudar al ataque.

El Coronel de infantería, Capitan de artillería, D. Ignacio Joaquin del Arenal, y el jefe que mandaba el Fortin del Rincon del Diablo, arengaron á la tropa al verse acometidos.

La gente, entusiasmada, comenzó una defensa vigorosa que obligó á los que atacaban á retroceder.

Allí, como en la Tenería, no se perseguía al enemigo cuando era rechazado, por lo cual, éste, podía fácilmente reorganizarse, y con nuevos refuerzos volver á la carga, mientras los defensores se fatigaban y disminuian cada vez más.

Si se hubiera conservado la reserva, haciendo uso de ella en tiem-

po conveniente, tal vez no se hubiese perdido la Tenería, ó perdiéndose, fuera ocasionando sensibles bajas al enemigo.

Volvieron los americanos á la carga inclinándose cuanto pudieron hacia su derecha **G** para descubrir la gola del fortin y evitar el fuego de dos piezas que allí había.

Arenal, que lo notó, bajó las piezas de sus explanadas y sacándolas fuera de la obra, maniobró tan hábilmente con ellas, que con sus certeras punterías y con el fuego de la tropa del Segundo Ligero, que cubría el puesto, se logró por segunda vez hacer retroceder á los americanos.

Contribuyeron á esta defensa, los destacamentos situados en las dos flechas intermedias, entre el Rincon del Diablo y el Puente de la Purísima.

Un tercer ataque del enemigo, tuvo para él, el mismo mal resultado que los anteriores, por cuya causa, no volvió á emprender nada sobre aquella línea.

Entre las pérdidas de material sufridas en el fortin, debe contarse un cañon reventado.

Miéntas pasaba lo dicho en el N. E. de la plaza, en el N. la columna que el enemigo había destacado por su derecha, aumentada con parte de las fuerzas que tomaron la Tenería, cubiertas ambas con tiradores llegaron hasta el punto **H**. Los tiradores comenzaron el ataque con un vivo fuego amparados con todos los accidentes que el terreno les ofrecía.

En la Purísima no había mas que un cañon de á 12 que mandaba el Teniente Coronel de Infantería capitán del arma D. Patricio Gutiérrez.

Observando este jefe que desde la cañonera no podía hacer al enemigo bastante daño, sacó la pieza de batería y la colocó á pecho descubierto en **I**, donde se distinguió en union del Sargento 1º del Ejército del Norte Simon Mendoza y del peloton de artilleros que sufrió bastante.

El fortin rechazó por dos ocasiones á los asaltantes; que sin embargo acometieron por tercera vez.

En esta última acometida, los enemigos intentaron pasar el Ojo de Agua por **I**, en momentos en que llegaba en auxilio del punto el Batallon de Aguascalientes, que conducía su coronel D. José Ferro;

y colocando éste á su tropa con rodilla en tierra tras del pretil que corre á la orilla del Ojo de Agua, obligó con su fuego al enemigo á retirarse definitivamente.

El Teniente Coronel D. Patricio Gutiérrez y el Subteniente del Batallón de Querétaro D. Manuel Bulnes con algunos infantes, salieron del parapeto é hicieron varios prisioneros. Entre ellos, había dos jefes de ingenieros gravemente heridos.

Este fué el último ataque que intentó el enemigo en el día 21. Había combatido desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde, sufriendo grandes pérdidas, sin haber obtenido otra ventaja por aquel lado que la toma de la Tenería.

Entre los heridos del enemigo se contaba el general Butler.

He descrito fielmente el ataque que el general Zacarías Taylor en persona, dirigió el veintiuno de Setiembre de 1846 sobre el N. E. y N. de la ciudad de Monterey. De una parte fuí testigo ocular; de lo que no ví, recogí relaciones de personas que me merecían confianza, las que comparé entre sí, y de este modo pude formar mi juicio.

Me ocuparé ahora de las operaciones que por el rumbo O. practicó el general Wort, segun los datos que pude adquirir.

Ya dije, que al anochecer del día 20, el general Wort con una brigada había pasado por detras del Cerro del Obispado, dirigiéndose para el camino del Saltillo.

En la mañana del 21 continuó su movimiento, con ánimo sin duda de tomar el Fortin de la Federacion.

La principal fuerza que llevaba era de infantería, con algunos carros que le sirvieran de reductos, en el caso en que fuese atacado en campo llano y abierto por la caballería.

El general Torrejon, que solamente tenía fuerza de esta arma, intentó cerrarle el paso. De aquí resultó un sangriento choque en que los mexicanos tuvimos la peor parte.

El enemigo, que llevaba la direccion del rio, sin duda para vadearlo y dirigirse al Fortin de la Federacion, se detuvo y ocupó unas milpas para esperar á nuestra caballería.

El general Torrejon, que la mandaba, no vaciló en ordenar la carga, que se verificó con decision, pero fué detenida, más que por

el fuego del enemigo, por una cerca de troncos de árboles tras de la que se había parapetado.

En vano el General D. Manuel Romero hacía esfuerzos para proporcionarse un portillo por donde penetrar; en vano el Alférez D. Domingo Dufóo, echaba pié á tierra de orden de su general, con objeto de abrirlo.

Mientras, los escuadrones de Lanceros de Jalisco y de Guanajuato, que fueron los primeros en cargar, sufrían muchas pérdidas.

El brillante Teniente Coronel, jefe de Lanceros de Jalisco, D. Juan Nájera, y otros tres oficiales, caían muertos.

Multitud de soldados y de caballos quedaron en un momento fuera de combate.

El Teniente Coronel D. Mariano Moret, que mandaba Guanajuato, recibió de doce á quince balas en su persona, caballo, y montura, teniendo la fortuna de no haberle causado ninguna herida grave.

En fin, no fué posible resistir más, y la caballería retrocedió dejando el campo cubierto con sus despojos.

Triunfante el general Wort, atravesó el rio y atacó el Fortin de la Federacion que solamente contaba con una guarnicion de ochenta hombres y dos malos cañones.

La resistencia que opuso fué muy débil, si bien es cierto que la plaza no le mandó auxilio alguno.

De este modo, los americanos, atacando con fuerzas muy superiores á puntos aislados que la plaza no socorría, habían ocupado en aquella jornada, al N. E. la Tenería, al S. O. el Fortin de la Federacion y el camino del Saltillo.

Los prisioneros que hizo el enemigo en la Tenería, fueron conducidos con una fuerte escolta al Bosque del Nogalar, donde el General Taylor tenía formado su campamento; pero durante el trayecto, sufrieron el fuego de cañon que la Ciudadela hizo á la escolta que los conducía, mientras la tuvo á su alcance.

Al llegar al campo, alojaron á los oficiales en una tienda de campaña inmediata á la del General Quitman; y á la tropa en un lugar distante, debajo de los árboles.

En la noche llegó el General Quitman, trató á los oficiales con agrado, y les mandó su negro con una charola abundantemente pro-

vista de jamon, galletas y café, primer alimento que tomaban aquel dia.

Poco despues, la tienda fué rodeada por un destacamento de infantería.

La noche era lluviosa, y como la tienda era de lona de algodón, los oficiales recibieron la lluvia como si estuvieran á campo raso.

No obstante, á consecuencia de las fatigas del dia, durmieron bien.

Setiembre 22

Muy de mañana llegó á la tienda un sargento enviado por el General Taylor, para conducir á los oficiales prisioneros á su presencia.

Estaba el General en mangas de camisa, sentado en una silla de tijera delante de su tienda.

Por medio de intérprete interrogó largamente á los oficiales sobre el estado que guardaba la guarnicion de Monterey, su número, su moral, y si esperaba socorro. Se informó tambien de la fortificacion, artillería, municiones y víveres, haciendo otras preguntas, que los oficiales contestaban de manera de no dar ninguna luz al General.

Terminado el interrogatorio, dijo á los oficiales que quedaban en libertad.

Preguntado por estos á qué causa debian aquella generosidad, contestó: que era práctica admitida entre naciones civilizadas, que los oficiales prisioneros podian retirarse á sus hogares, dando palabra de honor de no volver á tomar las armas durante la guerra presente, hasta no ser debidamente cangeados.

Contestaron los oficiales que agradecian mucho la proposicion de libertad que se les hacia, pero que no les era posible admitirla, porque no podrian permanecer indiferentes á las desgracias de su país, ni querían renunciar á las glorias que el Ejército Mexicano pudiese adquirir. Que en consecuencia, preferian permanecer prisioneros, dejando á la fortuna la solucion de su destino.

Habló el General en seguida de cosas varias, y entre otras, dijo: que sabía que la artillería mexicana estaba servida por oficiales extran-jeros, hizo muchos elogios de esta arma y elogió el valor de las tro-pas.

Concluida la entrevista, los oficiales volvieron á su tienda, hacien-do comentarios favorables á su causa, fundados en las preguntas que el general les había hecho.

Poco despues salió el General Taylor del campo, pero no de uni-forme como había estado la víspera dirigiendo el ataque de la Te-nería.

Llevaba una levita de carranclan de cuadros pequeños azules, pantalón azul sin franja, chaleco de piqué y sombrero de paja de grandes alas.

Ni el caballo que montaba, ni la silla, llevaban ningun adorno mi-litar.

Semejante cambio no pudo ménos de llamar la atención de los pri-meros, quienes comenzaron á hacer comentarios, atribuyéndolo á que el General quisiera practicar algun reconocimiento peligroso, por sí mismo.

Habría pasado media hora, cuando los oficiales oyeron que el ca-ñoneo comenzaba de nuevo en Monterey. Esto los consoló, porque ignorando lo que había pasado el día anterior, despues que fueron hechos prisioneros, el silencio les parecía de mal agüero.

He aquí lo que ocurría:

Mirando el enemigo el mal resultado de los ataques que había di-rigido sobre el N. y el N. E. resolvió trasladar sus operaciones al O. atacando el cerro del Obispado.

Este punto estaba cubierto por ménos de doscientos hombres de varios Cuerpos, con cuatro cañones, todo al mando del Teniente Co-ronel Berra.

Tres cañones se hallaban colocados en el frente que veía al ca-mino del Saltillo, y una pieza de á 12 á la espalda, sobre una cresta donde se construyó una flecha que guarnecian cincuenta hombres.

Esta parte del cerro es en extremo escarpada y los fuegos de ar-tillería nõ podian ofender sino á larga distancia, con tiros fjan-tes, y por lo mismo de muy poco efecto, pero sin poder batir la su-bida, á causa de la considerable altura y rápida pendiente.

Los americanos pernoctaron cerca del cerro, asaltando á la madrugada la pequeña obra de la cresta, que por ser sorprendida casi no opuso resistencia. La fuerza se replegó al Obispado dejando algunos muertos en el campo y desbarrancando la pieza.

Posesionado el enemigo de aquel punto, quedó dominando á la guarnicion del Obispado; y como no se había pensado en fortificar la espalda del edificio que miraba á la cresta, la tropa tuvo que salir á hacer la defensa á pecho descubierto.

Los americanos colocaron una pieza en la cima que ocupaban, y con otra que tenían situada en Loma Blanca, cruzaban perfectamente sus fuegos sobre nuestros soldados, batiéndolos por el frente y por la espalda.

De los tres cañones que quedaban, solamente uno se hallaba en buen estado de servicio. Los otros se habían inutilizado; el uno desmotándose, y desfogonándose el otro, cuyos desperfectos ocurrieron durante el fuego que el dia anterior habían hecho cuando la carga de la caballería.

Toda la mañana hizo el enemigo fuego de cañon, miéntras organizaba su ataque.

El Teniente Coronel D. Francisco Berra solicitó repetidas veces que fuese reforzado el punto, pero parece que se le contestó que le bastaba con la fuerza que tenía.

Sin embargo, se asegura que se dió orden al General D. Jose López Uraga para que se encargase de la defensa del Obispado, y que dicho general anunció que si para las doce del dia no le mandaban por lo ménos ochocientos infantes y dos piezas, no se haría cargo de la defensa.

Como no llegó el refuerzo pedido á la hora indicada, cumpliendo su palabra el General Uraga se volvió á la Ciudadela.

Entre dos y tres de la tarde, los americanos descendieron sobre el Obispado con una fuerte columna apoyada con multitud de tiradores.

Nuestros soldados esperaron formados en batalla, pero al fin fueron arrollados por el superior número y el impulso del enemigo.

El General Torrejon, que se hallaba con su brigada de caballería cerca del cerro, quiso auxiliárla.

Al efecto, mandó desmontar parte de su fuerza y le ordenó subir

pero como era natural, fué rechazada por la infantería, que en aquel caso tenía una incontestable superioridad.

Advirtiendo un soldado que la bandera quedaba izada en el fuerte, volvió por ella, y logró arriarla y llevarla consigo, á pesar del fuego que hicieron sobre él para impedirlo. No sé si al soldado le dieron algun premio, que bien lo merecía, pero supongo que no, porque no recuerdo que el hecho se haya mencionado en algun documento oficial.

Posesionados los americanos del Obispado y del Fortin de la Federación, quedaron dueños del camino del Saltillo, y por consiguiente, cortada la guarnicion de Monterey con el interior de la República.

Aunque esto era realmente un mal, no influía inmediatamente en la defensa de la plaza, porque siendo puestos aislados y fuera del recinto los que ocupaba el enemigo, tenía éste que hacer nuevos esfuerzos para penetrar en el perímetro fortificado.

Sin embargo, en vez de preparar la defensa para el dia siguiente, se ordenó en la noche el abandono de la primera línea, donde el dia 21 se habian estrellado los americanos, y corrió igual suerte la segunda, que aún no había podido ser atacada.

Concentradas las tropas en la tercera línea, quedaron aglomeradas en una pequeña área, donde los proyectiles enemigos tenían por necesidad que hacer el mayor efecto. Se cometió tambien la falta, de encerrar algunos Cuerpos de caballería, cuya tropa desmontada se colocó en las alturas para utilizarla como infantería; sin observar que con sus armas de corto alcance, no podian competir con los americanos, y sin tener en cuenta, las dificultades que se presentarían para mantener y cuidar los caballos.

Aquellas fuerzas podian haber prestado mejores servicios en el campo, sin embarazar con los caballos el poco espacio con que se contaba, y sin aumentar los inconvenientes con la necesidad de su cuidado y mantencion.

El sistema de defensiva absoluta que se había adoptado, ayudaba admirablemente al enemigo. No solamente no se intentaba recobrar alguno de los puntos que se habían perdido, ni tampoco se hacian salidas para apoyar las defensas parciales y rechazar los ataques,

sino que innecesariamente, segun mi humilde juicio, se abandonaron los recintos fortificados que habrían costado muchas pérdidas al enemigo.

Setiembre 23.

Al amanecer, los americanos, como de costumbre, hicieron su reconocimiento, y notando el abandono de las líneas, se apresuraron á ocuparlas, cuya operacion practicaron sin ser contrariados.

Desde este momento, el estado de la guarnicion fué comprometido.

Agrupada en un reducido espacio, donde convergían los fuegos de los sitiadores, sufría mucho con ellos.

Por otra parte, había quedado aislada la Ciudadela, sin poder ayudar á la defensa, y cerrada voluntariamente la salida que debía haber conservado la guarnicion hasta el último extremo.

Todo esto engendró un profundo disgusto en la tropa, el que fué creciendo por grados, al verse reducida á una mala situacion y no por los esfuerzos del enemigo.

Colocaron los americanos baterías de obuses, en el Campo-Santo, y en la plazuela de la Carnicería, y una de cañones en la altura LL.

El fuego de estas baterías, concentrándose en nuestras posiciones, comenzó á causar estragos, sin que pudiesen remediarse, pues no había modo de contrabatirlas, por no ser vistas.

A pesar del mal éxito que los americanos habian tenido en algunos de los ataques dirigidos á nuestras obras, organizaron varias columnas con objeto de ocupar definitivamente la plaza.

El combate fué rudo; pero una vez más fueron rechazados con bastantes pérdidas.

Convencidos de las dificultades y peligros que ofrecian los ataques á viva fuerza, por las calles, se propusieron el ir conquistando el terreno palmo á palmo. Así lo comenzaron á ejecutar, derribando paredes, haciendo horadaciones, abriendo aspilleras en los muros intermedios, que solian servir para ambos combatientes; y de esta suerte tuvieron que ir ganando casa por casa.

Al terminar el día, la guarnición había replegado todos sus puestos avanzados, y solamente conservaba las manzanas que forman el perímetro de las plazas Principal, y del Mercado.

La posición, sin embargo, era fuerte, y el enemigo hubiera aventurado mucho al querer forzarla; tanto más, cuanto que sus pérdidas en aquel día habían sido considerables.

Mientras los sucesos referidos tenían lugar en Monterey, véase lo que pasaba en el campo americano.

El General Taylor, parece que había dado poca importancia á Monterey, cuya plaza creía tomar en algunas horas de combate. Su ejército no iba apercibido para un sitio, y su tren de artillería, era solamente de batalla, si bien muy superior al nuestro, pues los Estados Unidos hacía mucho tiempo que habían adoptado el sistema de Paixhans, mientras nosotros usábamos el antiguo de Griveaubal.

Se dijo, que el día 21 de Setiembre, cuando comenzó el ataque, el General Taylor había ordenado ir á almorzar á la plaza; pero que tuvo un fuerte desengaño, cuando al caer la tarde, en cambio del Fortin de la Tenería, vió su campo lleno de heridos, y notables huecos en sus filas.

Los combates de los días subsecuentes, con especialidad el del último, habían aumentado sus pérdidas considerablemente.

Los hospitales formados con tiendas de lona de algodón no resguardaban á los heridos, de las lluvias tropicales que noche á noche, caen en aquellas comarcas en la época del año en que estábamos.

El campamento, situado á buena distancia de Monterey, estaba expuesto á las hostilidades de nuestra caballería que había quedado fuera de la plaza.

Las provisiones que el enemigo llevó consigo, naturalmente se consumían y no le era fácil reemplazarlas.

En definitiva, la situación del General Taylor no era buena.

Á la plaza, mientras tanto, no le faltaban víveres ni municiones, ni había sufrido grandes pérdidas. Contaba con un recinto fortificado bastante fuerte y con la Catedral y las Casas Consistoriales en el interior, que le servían de reductos. Podía y debía haber corrido las contingencias de un asalto, que de todas maneras hubiera costado muy caro á los americanos.

Quedaba todavía en pié é intacta la Ciudadela con cuatrocientos hombres de guarnicion, y bien artillada.

Había de tenerse en cuenta la caballería que podía molestar sin cesar al enemigo, que en caso de mal éxito, teudría que emprender una retirada de cuarenta leguas para buscar la orilla del Bravo, donde tenía su base de operaciones.

Acaso todas estas consideraciones, decidieron el General Taylor á levantar el sitio y emprender su retirada. Al ménos así lo daban á entender los preparativos que se hacían en el campamento.

Dispuso, que estuviesen prontos á marchar los equipajes, los hospitales, y los prisioneros. A estos últimos se les mandaron suministrar cuatro dias de raciones; compuestas de pan de maíz, jamon, carne salada y café.

La marcha se había fijado para el dia 25, y el ejército se hubiera retirado, sin duda, el 26. Tres dias más de energía y de constancia, y el triunfo hubiera sido nuestro.

Setiembre 24.

Este dia, como el anterior, continuó el enemigo sus ataques de detall á las casas que ocupaba la guarnicion, pero sin obtener notable ventaja.

Unas veces, se trababan combates de una acera á otra, casi á boca de jarro; otras veces, de un patio á una azotea, de una ventana á la de enfrente, de una pieza á la inmediata.

Sin embargo, llegó la noche, y los americanos, sin conseguir ventajas, perdían la esperanza de forzar nuestra línea.

Parece, que varios generales y jefes superiores, fueron á instarle al General Ampudia para que capitulara, y aun se dijo, que alguno le propuso que rindiera la plaza sin condiciones. Al principio el General se opuso á semejantes consejos, pero acabó por ceder, enviando un jefe á parlamentar con el enemigo.

Voy á apuntar lo que se dijo que había acontecido en este caso, segun lo oí referir á varios oficiales, sin salir garante de la verdad del hecho.

Cuando el jefe nombrado pasó las líneas y marchaba en busca del General Taylor, encontró á un jefe americano que iba á la plaza á pedir una suspension de armas. Más hábil el americano, inquirió del nuestro el objeto que llevaba. Cuando lo supo, le manifestó, que estimaba mucho le evitara la comision penosa de que estaba encargado, que era la de intimar la rendicion de la plaza; y lo acompañó al Cuartel General.

Impuesto Taylor de lo acontecido, hizo el papel que le correspondía, diciendo al jefe parlamentario que manifestase al General Ampudia, que no admitiría más condiciones que la de rendirse á discrecion.

El General Ampudia se manifestó indignado, y contestó, que, si no accedía el General Taylor en nombrar una Comision para tratar con otra de la plaza, sobre una capitulacion honrosa, él prefería enterrarse con la guarnicion que mandaba bajo los escombros de Monterey.

Si la situacion de los americanos hubiese sido buena, es seguro que el General Taylor habría insistido en la rendicion; pero él necesitaba tambien salir del apuro en que se hallaba, y por lo tanto accedió á que se nombrasen las Comisiones.

Reunidas éstas, se vió que la americana tenía exigencias exorbitantes; pero las fué moderando, á proporcion que hallaba resistencia y energía en la mexicana.

Por fin, á la media noche, quedaron firmadas las bases de la capitulacion.

De la rendicion absoluta, el enemigo llegó á convenir en el siguiente arreglo:

“El Ejército Mexicano saldría de Monterey con tambor batiente y banderas desplegadas, llevando la tropa una parada de cartuchos por plaza, y una batería de batalla con los cofres cargados, con bala en boca, y los botafuegos con la cuerda mecha encendida.”

“El Pabellon Mexicano sería saludado con veintiun cañonazos por la artillería americana, al ser arriado en la Ciudadela.”

“Quedarían suspensas las hostilidades durante siete semanas.”

“Habría cange de prisioneros.”

“El Ejército Mexicano se retiraría al Saltillo, pudiendo enviar des-

tacamentos hasta la Hacienda de la Rinconada, cuyo punto sería neutral para ambos Ejércitos.

“Se concedían seis días á la guarnición para evacuar la ciudad, cuya mitad al E. ocuparía; mientras el Ejército Americano conservaría la otra mitad al O.”

Es probable que haya olvidado algunos detalles, pero creo que he apuntado lo sustancial.

Arreglada la capitulación comenzó desde luego á tener efecto la suspensión de armas.

Al regresar á su campo, se obsequió al General Taylor dándole por escolta el 8^o de caballería.

Cuando pasados los puestos avanzados, vieron los americanos entre las sombras de la noche aquella caballería en su campamento, cundió la alarma por todas partes.

El desorden y la confusión se extendieron por el campo, y los oficiales prisioneros pudieron comprender, el efecto que hubiera producido una verdadera sorpresa.

Pero ellos, que dormían profundamente, al despertar en aquella barahunda de gritos y carreras, se vieron sobrecogidos también de sobresalto, aunque no comprendían la causa del alboroto.

Luego todo calmó, el General Taylor pasó á su tienda, y la escolta volvió tranquila á Monterey.

Este desenlace causó grande alegría en el campo americano, que estalló en grandes risas y en gritos de júbilo.

Setiembre 25.

Monterey permanecía silencioso. Desde el campo americano no se escuchaba ningun rumor de guerra, y aquel silencio, y aquella calma, llenaba á los prisioneros de más zozobra é inquietud, que el vivo cañoneo de los días anteriores.

Esperaban por momentos la órden de emprender su marcha á Camargo, y cuando al saludar al General Quitman aquella mañana, le preguntaron á qué hora se verificaría aquella, les contestó que ya no era necesario, porque la plaza había capitulado y se había convenido en el cange de los prisioneros.

Ellos recibieron esta noticia con profundo desconsuelo, pues si bien sentian alejarse de sus compañeros y tal vez de la patria, lo hubieran sufrido todo con gusto, á trueque de que los americanos hubieran fracasado.

Cuando llegó la hora de partir, el General Quitman pidió á los prisioneros que escribiesen sus nombres. Al hacerlo, manifestaron al general su gratitud por las atenciones de que fueron abjeto, y le pidieron un recuerdo.

El General mandó á su secretario extender un certificado honorífico para los oficiales, el cual firmó y les entregó.

El teniente D. Ignacio Solache, que era el de mayor graduacion entre los prisioneros; conservó en su poder aquel documento; pero probablemente se perdió por haber muerto el poseedor en la batalla de Cerro-Gordo.

Al sucumbir Monterey, arrastró en su caída á la Ciudadela, pues aunque al principio el General Uraga se resistía á entrar en la capitulacion, tuvo al fin que ceder, convencido de la imposibilidad en que se hallaba para defenderse, puesto que no se había cuidado de abastecer de víveres aquel punto, que tambien carecía de agua.

Setiembre 26.

A las siete de la mañana se hallaba formada la Primera Brigada del Ejército en la plaza, dispuesta á emprender la marcha.

El General D. Tomás Requena, nombrado por el General Ampudia, fué el encargado de la evacuacion de la ciudad.

Se presentó á caballo en compañía del General Wort, mandó á toque de corneta los movimientos necesarios, y la primera brigada, batiendo marcha, con sus banderas flotando al aire, atravesó la ciudad, y faldeando el Cerro del Obispado, tomó el camino del Saltillo.

El General Requena fué muy considerado por los americanos, porque indudablemente era uno de los oficiales generales más ameritado de nuestro ejército.

En la ciudad, quedaban los heridos en los hospitales que se habian

improvisado durante el asedio. Allí los desgraciados soldados carecían de todo. En el corredor de una de las casas que servían de hospital, había tirados sobre *petates* y sin más abrigo que el algodón que cubría sus llagas, algunos cuerpos humanos espantosamente desfigurados. Eran los artilleros que se habían quemado al conducir municiones para sus piezas. Se hallaban los infelices ulcerados de pies á cabeza, de suerte, que á veinte pasos de ellos no era soportable el hedor que exhalaban.

Setiembre 27.

Salió la segunda brigada y pernoctó en Santa Catarina.

Era una coincidencia dolorosa que en el aniversario de la entrada del Ejército Trigarante á la Capital de la República, entregásemos una plaza al enemigo extranjero.

Setiembre 28.

La segunda brigada salió de Santa Catarina y pernoctó en el paso de los Muertos.

La tercera brigada salió de Monterey, con lo cual terminó la evacuación de las tropas.

Setiembre 29.

Al pasar por los Muertos, quedó allí un destacamento de doscientos infantes.

Setiembre 30. Octubre 1°, 2°, 3°, y 4.

Permaneció la división en el Saltillo, donde se había verificado su reunión.

Se distribuyeron auxilios para emprender la marcha á San Luis Potosí. A los subalternos les tocaron cinco pesos en plata, y cinco en tabaco labrado.

Octubre 5.

Antes de emprender la marcha. la division formó, cuadro para la ejecucion capital de un correo del enemigo. Terminado el acto, desfilaron las tropas saliendo de la ciudad, y fueron á pernoctar en Aguanueva.

Octubre 6.

De Aguanueva á la Hacienda de la Encarnacion.

Octubre 7.

Al Rancho de San Salvador.

Octubre 8.

A la Hacienda del Salado.

Octubre 9.

A la Noria de las Ánimas.

Octubre 10.

Al Cedral.

Muchos individuos se habían enfermado de tercianas.

Octubre 11.

Por Matchuala á la Hacienda de la Presa.

Octubre 12.

Á la Hacienda de Solís.

Octubre 13.

Á la Hacienda de Charcos.

Octubre 14.

Á la Villa del Venado.

Octubre 15.

Al Pueblo de la Hedionda.

Octubre 16.

Á la Hacienda de Bocas.

Octubre 17.

Á San Luis Potosí.

Octubre 18

El Estado Mayor y la oficialidad de la division, se presentaron al General Santa-Anna.

El recibimiento del General fué bastante frio. Habló de las faltas cometidas en la campaña: aludió al mal comportamiento de algunos: y aseguró, que con una direccion más acertada, cumpliendo cada uno con su deber, nuestras águilas serian coronadas por la Victoria.

Uno de los primeros actos del General Santa-Anna, fué el de separar del mando de sus cuerpos á algunos jefes, y mandó en seguida abrir un proceso sobre los sucesos de Monterey; pero á pocos dias ordenó que se suspendiera todo procedimiento, y que quedaran las cosas como estaban

OBSERVACIONES.

La defensa de Monterey debió haberse hecho con mayor energía. La resistencia absolutamente pasiva á que se sujetó; la inaccion de la caballería, cuya mayor parte no hostilizó de modo alguno al enemigo; y el abandono del primero y segundo recinto fortificados sin habérselos hecho pagar caros á los sitiadores; fueron las causas principales que prepararon la capitulacion.

No obstante, el estado de la guarnicion no era de tal modo desesperado, en mi humilde concepto, que obligara á entregar la plaza.

Aunque no había abundancia, no faltaban víveres, agua, ni municiones; y las pérdidas sufridas eran relativamente pequeñas, puesto que no pasaban de doscientos hombres.

Es cierto que prolongando por más tiempo la resistencia, cada día tenía que empeorar la situación de la plaza, de suerte, que á la larga, el enemigo la hubiera obligado á rendirse á discrecion.

Pero tal convencimiento no debe influir en el Gobernador de una fortaleza, á quien se le previene, que ha de prolongar la defensa hasta por un minuto: que se le prohíbe rendirla, á ménos de que tenga plena seguridad de no ser socorrido; de que el enemigo haya abierto brecha practicable en el cuerpo de la plaza; y que haya sido rechazado por lo ménos en un asalto.

Cuando se llega á tal extremo, ya se sabe, que el atacante no consiente en otras condiciones que en la rendicion absoluta.

Así, pues, miéntras más gracias otorgue el sitiador á la guarnicion de la plaza que ataca, prueba más la incapacidad en que se halla de reducirla.

Esto fué lo que sucedió con Monterey. Unos cuantos días más de resistencia, que en mi concepto pudo hacerse sin grandes sacrificios, hubieran obligado al enemigo á levantar el campo.

Si esto no fuese cierto, si no bastasen las pruebas que se hallan consignadas en estos apuntes para demostrarlo, bastará sin duda la consideracion, de que el General Taylor al creerse con fuerza necesaria para obligar á la plaza á rendirse, no hubiera consentido en dejar libres á cinco mil hombres de tropas aguerridas, con una batería, que pronto debería encontrar en el campo de batalla.

Por otra parte, puede haber obrado en el ánimo del General Ampudia, al firmar la capitulacion, la idea de que hallándose la República desarmada, era necesario conservar á todo trance la division que mandaba, para continuar la defensa.

Pero mayores eran sin duda las ventajas que la Nacion habría sacado de la retirada del Ejército Americano, que segun todas las probabilidades, se hubiera verificado al prolongarse la resistencia de Monterey.

Hubo tambien otras causas aunque ménos inmediatas, que contribuyeron á la pérdida de la ciudad. La primera fué, el estado de revolucion en que se encontraba la República. Sin esta circunstancia, una fuerza respetable se hubiese acercado con el fin de auxiliar á la plaza; la accion moral de esta fuerza se habría hecho sentir en

los sitiados reanimándolos; en los sitiadores causando desaliento, y precipitando sin duda su retirada.

Pero la guerra civil, fué poderoso auxiliar para los invasores. Á ella se debió que la resistencia nacional no presentara mayor energía; que los triunfos le fuesen menos costosos á los americanos; y que la paz se firmase haciendo grandes sacrificios.

Quiera Dios que tantas desventuras, sirvan de leccion para lo futuro!



1847.

BATALLA DE LA ANGOSTURA.

SUMARIO.

Cuartel General de San Luis Potosí.—Llegada del General Santa-Anna.—Concentracion de fuerzas.—Contingente de los Estados.—Mala impresion que hacian en el Ejército los artículos que publicaba contra el la Prensa de la Capital. Grande escasez de recursos para hacer la guerra.—Esfuerzos del Estado de San Luis.—Resolucion del General Santa-Anna.—Marcha del Ejército.—Lucha con los elementos.—Concentracion de las tropas en la Hacienda de la Encarnacion.—Marcha sobre Aguauera.—Combate del 22 y batalla del 23 de Febrero.—Retirada.—Penalidades del Ejército.—Regreso á San Luis Potosí.—Observaciones.

Á principios de Octubre de 1846, llegó el General Santa-Anna á San Luis Potosí con la mayor parte de las fuerzas militares que había en el interior de la República, y estableció su Cuartel General.

Desde luego ordenó que la division que evacuó Monterey y se hallaba en el Saltillo, se replegase á San Luis. Esta disposicion fue acaso innecesaria y aun inconveniente. Lo primero, porque había siete semanas de suspension de hostilidades, y por lo mismo no podía temerse un conflicto. Además, que cuando el caso de una retirada lle-

gase, se haría á través del desierto, por donde el enemigo ni se aventuraría en una persecucion, ni aunque lo hiciera, podría alcanzar á nuestras tropas, por los grandes trenes que conducía.

Lo segundo, porque la presencia de aquellas tropas en el Saltillo, hubiera alentado á la poblacion de los Estados de Coahuila, Nuevo-Leon, y Tamaulipas, para formar guerrillas, hostilizar al enemigo, é interrumpir su línea de comunicacion con el Rio-Bravo.

Y era conveniente que las fuerzas que formaban el Canton de San Luis Potosí, no presenciáran un movimiento retrógrado, sino, ántes bien, que ellas, avanzaran para apoyar á los que se hallaban al frente del enemigo.

Aun en el caso de que terminado el armisticio, conviniese replegar aquella fuerza avanzada, fácilmente se podría retirar á Mathuala, en donde serviría de apoyo y de refugio á las guerrillas que hostilizaran á los americanos, protegería la desercion de estos, y cubriría al mismo tiempo la Ciudad de San Luis.

Otra disposicion del General Santa-Anna, fué la desocupacion del puerto de Tampico. No era en verdad prudente dejar una guarnicion aislada á tan grande distancia, pero el modo como se verificó la desocupacion, es sin duda censurable.

Sin necesidad, se hizo todo con una grande precipitacion. No se quiso esperar á internar el material de guerra ántes de abandonar el Puerto. Tampoco se quiso armar á los pueblos con los elementos que allí había; y cuando la Nacion carecía de todo, se arrojaron al rio sin compasion, cañones, armas y municiones.

Que esto se hizo por órden del General Santa-Anna, me induce á creerlo, *el que por semejante proceder no se exigió ninguna responsabilidad al General Parrodi, que mandaba la plaza.*

Con pocos dias de diferencia llegaron á San Luis las fuerzas del Saltillo y las de Tampico, que dejaban en poder del enemigo dos Estados de la Federacion.

Desde luego se pensó en fortificar San Luis.

Por el N. y el O. de la Ciudad se comenzaron á levantar obras de poca capacidad, en terrenos sembrados, llenos de árboles y de construcciones, que no hubiera sido fácil destruir llegado el caso, para

procurar un campo de tiro despejado, y quitar aquellos abrigos al enemigo.

En el Santuario de Guadalupe, se comenzó una obra más formal, Era un fuerte cerrado, con bastiones y medias lunas, que formaba un pentágono regular. Aunque se avanzó mucho en esta obra, no llegó á concluirse.

Las tropas hacían ejercicio con frecuencia. La infantería, por brigadas, al mando de sus generales respectivos; pero nunca vi un ejercicio general, ni siquiera de una division.

La caballería, solamente maniobraba por regimientos.

La artillería rara vez solía maniobrar, y nunca tiró al blanco.

El General en Jefe, no se presentaba en el campo de instruccion, de suerte, que no podía apreciar la bondad respectiva de los cuerpos que estaban á su mando.

Los domingos, las tropas iban á misa, daban un paseo por la ciudad, y volvían á sus cuarteles.

No supe que hubiera reuniones de los jefes superiores, para conferenciar sobre las operaciones de la campaña, ni que se hubiese proyectado algun plan.

Tampoco había en todos los cuerpos, como debería ser, academias de oficiales.

Durante los meses de Noviembre y Diciembre, llegaron reemplazos para el Ejército.

Tambien llegaron las tropas levantadas en los Estados de Guanajuato y Jalisco. Estas tropas estaban en general mal armadas: cuerpos había, en que se veían armas de todos tamaños, y gran parte de ellas sin bayonetas, notándose muchos fusiles atados con correas, ó con cordeles, en vez de abrazaderas.

Entre las tropas procedentes de Jalisco, se hallaban las levantadas en la última revolucion.

En general, todas estaban mal vestidas y equipadas, especialmente las de Guanajuato.

En cuanto á su instruccion, era completamente rudimentaria.

Componiéndose la mayor parte de reclutas, los contingentes que mandaban los Estados que lo efectuaron; no se cuidó de que hicie-

ran por lo ménos algunos ejercicios de fuego, de manera, que muchos soldados fueron á batirse, sin haber disparado jamas un fusil.

Entre los defectos del General en Jefe, uno de los que producía mayores males, era la proteccion y preferencia que daba á ciertos cuerpos, que todo lo tenían en abundancia, miéntras otros carecían de lo preciso.

El Regimiento de Húsares con su alta paga y su numerosa oficialidad, consumía mucho más que los otros regimientos. Para ponerlo en alta fuerza, refundieron en él varios Piquetes de los que se levantaron en Guadalajara, cuando el pronunciamiento: de esto resultó, que aquel cuerpo que se distinguía por su oficialidad, escogida, perdiese esta ventaja, recibiendo en su seno oficiales muy inferiores bajo todos conceptos.

En infantería, los batallones 1° 3° y 4° Ligeros, y el 11° de Línea, eran protegidos.

Zapadores, el 2° Ligero, el 1.° el 3.° el 4.° el 5.° el 10.° y el 12 de Línea estaban en poca fuerza y no bien equipados.

Los Activos de México, de Querétaro, de San Luis, de Aguascalientes, y de Morelia, se hallaban casi en cuadro.

Los auxiliares de Guanajuato, de Leon, de Celaya y de Guadalajara, aunque en buena fuerza, estaban casi desnudos, con un armamento malísimo, especialmente los tres primeros.

Llegaron tambien algunos cuerpos de caballería, "Voluntarios del Bajío," pero como se verá despues, no prestaron ningun servicio.

Á mediados de Noviembre terminó el armisticio que se pactó en la capitulación de Monterey, celebrándose tal acontecimiento, con dianas y músicas al romper la retreta, delante de la casa que habitaba el General en Jefe.

La órden del dia, era una especie de proclama á las tropas.

Ordenó el General Santa-Anna que en la Sierra de Tula, que segun se decía estaban fortificando, se formase una division de observacion, al mando del General D. Gabriel Valencia, que había llegado de Guanajuato con las fuerzas de aquel Estado.

El General Santa-Anna, revistó las tropas que debían marchar, en el llano de Guadalupe.

Se componían del batallon número 12 Batallon Fijo de Méxi-

co, Batallon Guarda-Costa y Compañía Veterana de Tampico; Escuadron de San Luis, y la Caballería Voluntarios de Guanajuato.

Toda la fuerza pasaría de dos mil hombres con tres cañones de á 8.

Poco despues de haberse situado esta fuerza en la Sierra, una division americana al mando del General Quitinan, procedente de Monterey, marchaba por Victoria para embarcarse en Tampico.

Al pasar por la vertiente de la Sierra, la marcha del enemigo era desordenada, á causa de los angostos *ahiladeros* por donde se prolongaba; y áun se decía que muchos soldados iban en estado de embriaguez.

Parece que los vecinos de Victoria y de otros lugares de Tamaulipas ofrecieron hostilizar á los americanos si las tropas los atacaban.

Todo estaba dispuesto para el combate, y la seccion que mandaba el General D. Manuel Romero á la vista del enemigo.

Se dijo, que en aquellos momentos, el General Valencia recibió una órden absoluta y terminante del General en Jefe, prohibiéndole bajo su más estrecha responsabilidad, que comprometiese algun lance de armas.

Los americanos siguieron su camino sin que fueran molestados; los pueblos quedaron entristecidos y desalentados; y las tropas con un profundo disgusto.

Los Voluntarios de Guanajuato se desbandaron casi en su totalidad.

Este hecho da lugar, á muchas y tristes reflexiones. ¿Con qué objeto se situaba una division en la Sierra, si llegado el caso no debía hostilizar al enemigo? ¿Qué mal hubiera producido hostilizar á los americanos, áun cuando nuestras tropas hubieran llevado la peor parte? ¿Ó es que el General Santa-Anna no quería dejar á otro General la gloria de adquirir un triunfo!

Como resultado inmediato de este acontecimiento, además de la pérdida de la caballería del Bajío, tuvo lugar la separacion del mando por renuncia, del General D. Gabriel Valencia, quedando á la cabeza de la division el General de Brigada D. Ciriaco Vazquez.

Al terminar el año de 1847, la situacion del Ejército era la siguiente:

En Tula de Tamaulipas, la division del General Vázquez.

Dos ó tres batallones de escasa fuerza, y la mayor parte de la caballería, ocupaban á Bocas, el Venado, Matchuala, el Cedral y San Juan Vanegas,

El Cuartel General, con la mayor parte de la infantería, la artillería, y el Regimiento de Húsares, estaban en San Luis Potosí.

No se puede negar que el Estado de San Luis, se ha distinguido por su patriotismo y sus servicios en esta guerra. [Su Gobierno ha auxiliado al ejército, con dinero, y con el contingente de sangre; y el pueblo ha suministrado víveres para la tropa, y trabajos personales.

No obstante, estaba muy léjos de notarse en la República, el fuego patriótico, el entusiasmo de un pueblo, que se levanta en masa para defender sus hogares.

El aspecto de la ciudad era tranquilo; y si la presencia de las tropas no le diera cierto aspecto marcial, no habría motivo para acordarse que la Nacion sostenía una justa guerra con los extranjeros que la invadian.

El Ejército del Norte estaba mal pagado, como era natural, por el estado de penuria en que se hallaba el erario.

No se hacian otros preparativos para la campaña, que la construccion de municiones y la reparacion de material de guerra.

Tampoco se acopiaban víveres, de que carecian totalmente las comarcas que el ejército tendría que recorrer: no se organizaba un hospital ambulante, sin el cual no puede pasarse ningun ejército, ni ménos se podía pensar en tiendas de campaña para la época rigurosa del invierno, porque éstas, nunca las han usado las tropas mexicanas.

Algunas semanas, ó acaso meses, eran todavía necesarios para perfeccionar la organizacion de aquel conjunto de tropas llegadas de diversos rumbos, muchas de ellas acabadas de levantar.

Por lo tanto, no se podía pensar en poner en movimiento aún, aquellas masas que tanto les faltaba para perfeccionarse. Pero desgraciadamente, el General en Jefe no tenía toda la libertad de accion que le era necesaria.

El Gobierno, impulsado por la opinion pública que se impacientaba por que no se activaban las operaciones, sin calcular las difi-

cultades que ocurrían, ejercía cierta presión sobre el General, para que se pusiera en campaña cuanto antes.

La Prensa, sin prever las consecuencias de su imprudente conducta, se exasperaba por la inacción del ejército, llenándolo de improperios. Pintaba á San Luis como una nueva Capua, donde los militares se entregaban á los placeres, consumiendo los caudales de la Nación, y olvidando completamente la causa de la Patria.

Cada correo que llegaba de la Capital, producía una explosión de disgusto en el ejército.

El periódico llamado *Don Simplicio*, con su carácter satírico y iocoso, era uno de los que más herían á los militares.

Olvidaban aquellos escritores, que los Gobiernos mexicanos, nunca tuvieron habilidad para organizar y atender al ejército: que nuestros soldados siempre estuvieron mal pagados, mal alimentados y mal vestidos; que en San Luis se hallaban los restos del Ejército del Norte, que había guardado nuestra frontera por más de diez años, combatiendo constantemente, ya contra los indios bárbaros, ya contra los texanos, sin recibir más que de vez en cuando una pequeña parte de sus haberes: que los jefes, oficiales y tropa, trabajaban personalmente para proporcionarse el sustento; pero que acudían al toque de generala, ya para combatir, ya para expedicionar por el desierto, sin más sueldo ni más raciones, que una bolsa con *totopo* que cada uno se proporcionaba.

Cuando más se necesitaba alentar á aquellos desgraciados soldados, que si no habían obtenido la victoria, no era ciertamente por su culpa, y que se disponían á combatir con tantas desventajas; se les desmoralizaba con aquellos escritos, que ponían en su contra la opinión pública.

Por fin, llegó á tal grado la exaltación, que ya nadie pensaba sino en marchar.

No se hacía caso de que se careciera de cosas importantes, ni de que faltaran los víveres y el dinero. Se quería abordar al enemigo, y que vencidos ó vencedores, se manifestara á la Nación; derramando abundantemente la sangre, que los soldados mexicanos no merecían los ultrajes que se les prodigaban.

El General en Jefe, que participaba de la comun indignación, an-

siaba igualmente poner un pronto término á una situacion tan tirante. Comprometiendo su crédito particular, adquirió algun dinero, con el que pudo hacer que el ejército se pusiese en marcha.

Por este tiempo, se recibió la noticia de que el General D. José Vicente Miñon, que mandaba una brigada de caballería, había hecho prisioneros en la Hacienda de la Encarnacion, á dos jefes, cuatro oficiales y setenta hombres de tropa del enemigo.

Tambien se dijo, que otra partida de cien hombres, que se introdujo en el cañon de Santa Rosa, había sido destruida por los habitantes.

Enero 26.

Se dió orden para que el ejército se pusiera en marcha.

Se repartió media paga á Generalas, Jefes y Oficiales; y se provino que no se llevasen equipajes.

Basta considerar que la media paga de un subteniente de infantería, sin descuentos, es de diez y ocho pesos, para calcular las privaciones á que tuvieron que sujetarse los subalternos.

Enero 27.

Marcharon:

- El Batallon de Zapadores.
- Tres compañías artillería á pié.
- Una compañía de voluntarios irlandeses.

Conducían:

- Tres cañones de plaza, de á 24, de fierro, en carros.
- Tres cañones de sitio, de á 16, de bronce, montados.
- Un obus de batalla, de 7 pulgadas.
- Cinco cañones de batalla, de á 12.
- Dos cañones de batalla, de á 8.

Hacian un total de 14 piezas, que unidas á 3 de batalla, de á 8, que tenía la division que estaba en Tula y debía incorporarse, subía á diez y siete bocas de fuego; dotacion incompetente para un ejército que podía elevarse á diez y seis mil hombres.

Calculando tres piezas de artillería para cada mil hombres de infantería, y cuatro para cada mil caballos; necesitaba el ejército:

Para 12,000 infantes.....	36 piezas.
Para 4,000 caballos.....	16 „
	<hr/>
Total....	52 „
	<hr/>

Estas cincuenta y dos piezas, debian de ser de batalla, sin perjuicio de llevar, ademas, el parque de sitio que se hubiera juzgado oportuno, y al cual pertenecian las piezas de á 24 y de á 16; para el caso remoto de que el enemigo se hubiese encerrado en alguna poblacion.

En resúmen; el ejército no iba dotado más que con once piezas de batalla; es decir, con ménos de un cañon para cada mil hombres.

Es bien sabido, que mientras más inferiores sean las tropas en calidad, se necesita apoyarlas en mayor número de cañones. Desgraciadamente, nuestro ejército, se componía en gran parte, de gente colecticia que se iba á presentar al fuego por la primera vez.

Se sabía tambien que los americanos eran fuertes en artillería, y sin embargo de estas consideraciones, parece que hubo empeño en llevar poca.

No faltaban ciertamente en San Luis cañones ligeros para formar dos ó tres baterías, ni tropa con que servirlos; porque además de sobrar gente de la Primera Brigada del arma, existian dos baterías de artillería á caballo, que se destinaron malamente para escolta del parque general, á excepcion de los pelotones, con que dotaron dos piezas de á 8, que mandaba el Capitan D. Ignacio Ballarta.

En último caso, se podía disponer de los Voluntarios Irlandeses, que en San Luis se habian ejercitado en el servicio de las piezas.

Parece increíble, cómo se han cometido torpezas semejantes, que tanto contribuyeron al mal resultado de la campaña.

Pronto, acaso, se echará de ménos la falta de artillería de batalla.

Enero 23 y 29.

Ha salido la 5ª Brigada de infantería, al mando del General D. Francisco Pacheco.

Enero 30.

Salieron las brigadas Primera y Segunda de infantería, compuestas de ocho batallones de las mejores tropas, al mando de los Generales D. José García Conde y D. Francisco Pérez.

Enero 31.

Marcharon las brigadas Cuarta y Sexta, al mando del General D. Luis Guzman. Se componen de ocho batallones, de los que exceptuando el Cuarto de Línea, y los activos de México y Aguascalientes, son formadas de tropas bisoñas.

Febrero 1º

No hubo movimiento.

Febrero 2.

Marchó el General Santa-Anna con sus ayudantes, el Estado Mayor, los Comandantes Generales de artillería é ingenieros, el Jefe del Cuerpo Médico, etc.

Lo escolta el Regimiento de Húsares.

Aunque se había ordenado que no se llevaran equipajes, semejante disposición solo tuvo lugar para los oficiales y jefes de inferior graduación, porque todos aquellos que pudieron, no solo los llevaron, sino que también conducían mulas cargadas con provisiones.

Esta primera jornada, se hizo caminando la mayor parte de la noche, y se rindió en la Hacienda de Bocas.

Febrero 3.

De Bocas al Venado.

En el camino encontramos á los setenta americanos hechos prisioneros en la Encarnación el 23 del mes anterior.

Todo el día llovió y por consiguiente, llegamos empapados al Venado.

Febrero 4.

Del Venado por Charcos á Laguna Seca.

Todo el día llovió.

Sobre la marcha encontramos otros veintinueve americanos, que hizo prisioneros el General Miñon.

Febrero 5.

Al Rancho de la Punta, por las Haciendas de Solís y el Repreadero.

El General Santa-Anna continuó hasta la Hacienda de la Presa. La comitiva pernoctó en la Punta.

Febrero 6.

A Matehuala, dejando a la izquierda la Hacienda de la Presa.
Las brigadas que estaban en Matehuala, continuaron su marcha hacia adelante,

Febrero 7.

Á San Juan de Vanegas por Ojo de Agua y el Cedral.

Febrero 8.

Llegó el General D. Francisco Mejía con la Tercera Brigada de infantería.

El General en Jefe permanece en Matehuala.

Febrero 9.

Continuamos en Vanegas.

Llegó la Segunda Division de infantería á las órdenes de su General D. Francisco Pacheco.

Se previno que con las fuerzas existentes en este punto, se formase la Division de Vanguardia. En consecuencia, la division se compodrá de los cuerpos siguientes:

Primera Brigada.	{	Batallón Segundo Ligero.
		Id. de San Luis Potosí.
		Id. de Morelia.
Segunda Brigada.	{	Batallón Activo de Celaya,
		Id. Id. de Leon.
		Primer Batallón, Auxiliares de Guanajuato.
		Segundo Id. Id. de Id.

El Batallón de Zapadores y la Artillería, quedaron á las inmediatas órdenes del General en Jefe.

Febrero 10.

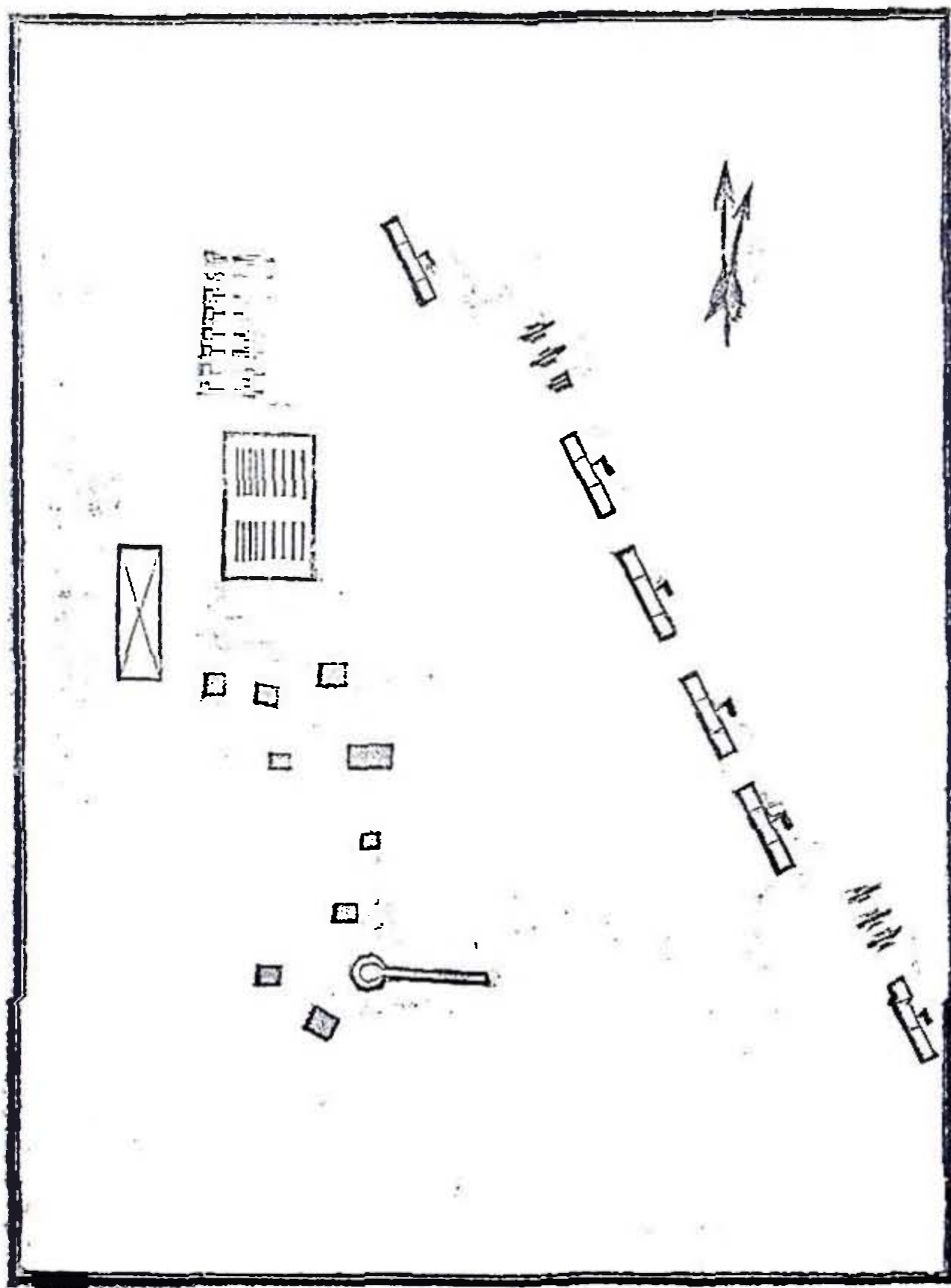
Previno la orden general que al dia siguiente se continuase la marcha.

Llegó el Cuartel Maestro, General D. Pedro Ampudia.

Febrero 11.

De Vanegas á la Noria de las Ánimas.

Mucho frio, viento y nieve.



CAMPAMENTO EN LAS ANIMAS

Febrero 12.

De las Ánimas al Salado.

Frio, lluvia y alguna nieve.

Febrero 13.

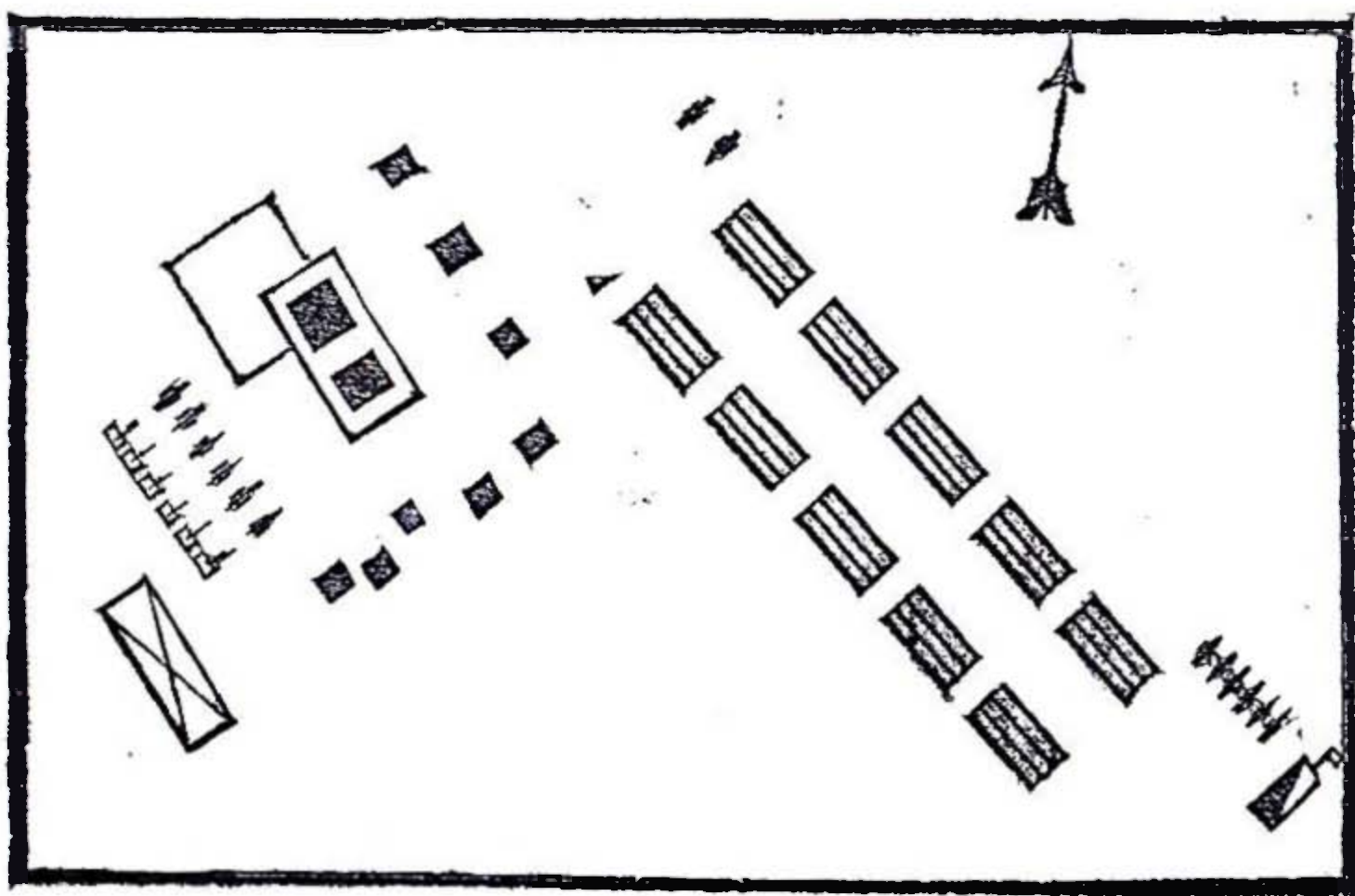
En la noche anterior habían muerto de frio algunos soldados y algunas mujeres.

La tropa, hambrienta y aterida de frio, se resistía á marchar. Sin embargo, no fué necesario ocurrir al rigor para que obedeciera.

Formada la columna de viaje, se dió contra órden.

Se acampó delante de la Hacienda en dos líneas, formadas por columnas cerradas de batallon, con la artillería en las alas.

Corrió la voz de que no se continuaba la marcha porque el enemigo estaba próximo.



CAMPAMENTO EN EL SALADO.

Febrero 14.

Permanecimos acampados.

La brigada del mando del General D. Manuel María Lombardini, que había llegado á la Noria de las Ánimas, tuvo que regresar á Vanegas, á causa del mal tiempo.

Tal vez éste fué el motivo de nuestra detencion en el Salado.

Se enterraron tres soldados que murieron de frio.

Continuó cayendo el agua y la nieve.

A las diez de la noche se tocó orden general extraordinaria: prevenía que se continuase la marcha al dia siguiente.

Febrero 15.

De la Hacienda del Salado al Rancho de San Salvador.

Mejóro el tiempo.

Se acampó en dos líneas delante del Rancho, apoyando la derecha en una batería de seis piezas de á pié, y la izquierda en dos piezas de á caballo.

Febrero 16.

Permanecimos en San Salvador.

En la tarde, la 2.^a Brigada que formaba la primera línea, pasó á situarse á retaguardia del flanco derecho de la segunda, ocupando unos corrales.

La artillería se replegó á la segunda línea.

Febrero 17.

De San Salvador á la Hacienda de la Encarnacion.

En este lugar se hallaba destacada la brigada de caballería que mandaba el General D. Manuel Andrade.

La noche anterior, se hizo fuego sobre unos americanos que se acercaban. Estos huyeron, dejando un anteojo y un talego con provisiones.

Se sabe que el enemigo se halla acampado en la Hacienda de Aguanueva.

Febrero 18.

Permanecimos en la Encarnacion. Como á las once del dia llegó el General Santa-Anna.

A las cinco de la tarde, llegaron las brigadas de infantería que mandan los Generales Guzman, y Terres, y la que se hallaba en Tula á las órdenes del General D. Anastasio Parrodi, con tres piezas de á 8.

El General Santa-Anna, recorrió la línea á pié.

Febrero 19.

Continuamos en la Encarnacion.

Llegaron las brigadas de los Generales D. Francisco Pérez, y D. José García Conde.

En la noche, hubo grande alarma, á consecuencia del fuego que hizo sobre unos desertores una guardia de prevencion, y que se propagó en parte de la línea.

El campo no se halla situado segun las reglas, sino que forma un pentágono, en una sola línea, con uno de los lados cubierto por la caballería.

Delante de las líneas no hay más tropas que las guardias de prevencion, á pocos pasos de distancia del centro de los batallones; más allá, ni grandes guardias, ni puestos avanzados, ni patrullas, ni centinelas, ni cuerpos destacados, de observacion. De suerte, que si por la noche fuésemos atacados, no sentiríamos al enemigo sino cuando estuviera sobre nosotros:

Este modo raro de acampar, así como otras prácticas que están en uso en el ejército, tan contrarias á lo que previene el arte y mandan las Ordenanzas; sin duda tienen por causa el sistema de reclutamiento, que haciéndose por medio de la leva, da por resultado que la tropa se deserte en cuanto se le presenta ocasion.

Esta circunstancia, obliga á los generales á mantener las tropas agrupadas, privándose así de los medios de seguridad con que debían contar.

Desde luego, puede notarse, con cuánta desventaja tenemos que combatir, contra un ejército en que el General en Jefe, puede disponer hasta del último soldado para todo servicio.

Febrero 23.

El General Santa-Anna revistó el ejército, y halló que ascendía á diez mil infantes, cuatro mil caballos y diez y siete piezas de artillería (*) de las que seis eran de sitio y plaza; es decir, inútiles para los terrenos en que teníamos que operar. Ya otra vez he deplorado que el General Santa-Anna, dotara al ejército con tan reducido número de cañones.

La orden general previno que se dispusiera el ejército para emprender la marcha al dia siguiente, debiendo de llevar cada soldado dos raciones de carne asada, una libra de harina, y suficiente provision de agua, pues no debíamos hallar de este líquido hasta la Hacienda de Aguanueva.

De los oficiales no se ocupó la orden. Ellos, no tuvieron más remedio, que proveerse como la tropa,

Febrero 21

Entre la una y las dos de la tarde comenzó la tropa á desfilar, cuya operacion terminó despues de las cuatro de la tarde.

La marcha se verificaba en una sola columna, que con artillería y trenes, podía ocupar unas cuatro leguas.

El orden de la marcha, era el siguiente:

[*] El detall se ha publicado oficialmente.

VANGUARDIA,

Cuatro batallones de infantería ligera.

Batallon de Zapadores.

Tres piezas de artillería.

Seccion de parque.

Regimiento de Húsares.

La primera division de infantería, á las órdenes del General D. Manuel M. Lombardini, con cuatro cañones.

La Segunda Division de Infantería, á las órdenes del General D. Francisco Pacheco, con cuatro cañones.

La Tercera Division de la misma arma, á las órdenes del General D. José María Ortega, con tres cañones.

La Division de Caballería, á las órdenes del General D. Julian Juvera, sin artillería.

El Parque General.

Los ranchos de los cuerpos.

Cerraba la retaguardia, una brigada de caballería, al mando del General D. Manuel Andrade.

El General D. José Vicente Miñon, con mil doscientos caballos, se separó del ejército con una comision especial.

Apénas el ejército se había puesto en movimiento, comenzó á soplar un viento helado del Norte, que fué arreciando á proporcion que se acercaba la noche.

Al oscurecer, pasamos por el Tanque de la Vaca, célebre por las frecuentes hazañas de los salvajes, y que á la sazón estaba seco.

Á la media noche, hicimos alto en el Llano de la Guerra, á la falda del Puerto del Carnero.

Los batallones, se acostaban formados en columna, segun iban llegando. La caballería, permaneció con brida en mano.

Las últimas tropas, se incorporaron á la madrugada.

Á pesar de la prohibicion que había de hacer fuegos, las mujeres de los soldados, y los marmitones, incendiaron las palmas de la falda del monte, y las de los lados del camino; de suerte, que se veía el campo iluminado en todas direcciones, haciendo la luz vivo contraste con el fondo negro del cielo.

Pronto cundió el mal ejemplo; y la tropa, y aun los oficiales, incendiaron tambien las palmas.

El General en Jefe, desde su carruaje, donde pasó la noche, vió la falta, y tuvo que resignarse á disimularla, tanto por el origen que ella tenía, como en consideracion al rigor del frio, á la violencia del viento, y á la falta de abrigos de la tropa.

Casi nadie pudo dormir.

El enemigo, que probablemente tenía noticia de nuestra marcha, replegó sus avanzadas y puestos de observacion.

A pesar de esperarse un combate, acaso terrible al amanecer, todos deseaban la venida del dia para que cambiase la temperatura.

Febrero 22.

Amaneció el dia frio.

Á las seis de la mañana comenzó el movimiento del ejército, que iba preparado para entrar en combate, sobre la Hacienda de Agua-Nueva.

Desde la víspera, como llevo dicho, se había separado de la columna con mil doscientos caballos, el General D. José Vicente Miñon, con objeto de practicar una operacion especial.

Esta operacion, consistía en cortarle la retirada al enemigo situándose á su retaguardia, sobre el camino del Saltillo.

En consecuencia, el ejército marchaba entónces en dos columnas por líneas divergentes.

Cuando la vanguardia de la columna principal, compuesta de los cuerpos ligeros, llegó delante de Aguanueva, encontró que la hacienda estaba abandonada. El enemigo había destruido todo lo que no pudo llevar, dado muerte á los animales y puesto fuego á la hacienda.

Sin dar tiempo para que la tropa bebiese agua ni cargase las carrañolas, se le obligó á continuar la marcha á paso precipitado. Se hizo pasar toda la caballería, al galope, por la derecha de la columna, para apoyar la vanguardia en su persecucion al enemigo, que se suponía en plena retirada, lleno de desmoralizacion.

Así se podía creer, al ver el camino regado de efectos de atalaje, y cuatro ó cinco carros abandonados en distintos lugares.

Pero el enemigo se había posesionado de la Hacienda de Buena-Vista, y del Puerto de la Angostura, que sin duda tenía reconocidos de antemano, y allí esperaba con la mayor tranquilidad.

Cuando el General Santa-Anna, que iba en la vanguardia, se aperció de la presencia del ejército americano, se halló en una posición muy crítica.

No contaba más que con los cuatro batallones ligeros y con dos mil quinientos caballos, que poco hubieran servido en aquel terreno.

Si el enemigo, descendiendo de sus posiciones, ataca vigorosamente al General Santa-Anna, el resultado probable fuera que lo hubiese derrotado; y rechazada aquella fuerza en desorden sobre la gran columna de viaje, cuyos cuerpos iban á largas distancias unos de otros, no pudiendo hacer más que esfuerzos parciales, hubieran corrido la misma suerte que la vanguardia.

Sin duda, conociendo esto el General Santa-Anna, trató de ganar tiempo; al efecto, mandó de parlamentario al campo enemigo, al Inspector del Cuerpo Médico-Militar, General D. Pedro Vanderlinden, quien es de suponerse que llevaría instrucciones para entretener al General Taylor todo el tiempo que le fuere posible.

Ostensiblemente, iba á intimar la rendición del Ejército Americano, anunciando al General enemigo que se hallaba rodeado por veinte mil hombres. Como era de esperarse, el General Taylor rechazó la intimación, pero de aquella bravata se valió después, para asentar que había sido atacado por veinte mil mexicanos.

Mientras esto pasaba, iban llegando los batallones, y formando la línea de batalla: pero la cola de la columna no se incorporó sino cuatro horas después.

Se había caminado cerca de veinte leguas en veinticuatro horas; no se había dormido; y las tropas, llegaban al frente del enemigo, poco ménos que en ayunas.

El ejército formó en varias líneas, ocupando los puntos elevados que el terreno ofrecía: el general hizo cubrir fuertemente, una alta montaña A, en que se apoyó nuestra derecha, y que el enemigo había descuidado.

Entretanto se verificaba la formación de nuestras líneas BB', la artillería de uno y otro campo hacía algunos disparos, pero sin empuñarse nada serio. Mientras, los batallones que estaban en las líneas, se relevaban, uno, á uno, para bajar á llenar sus caramañolas, en un arroyuelo de agua cristalina, que venía del campo enemigo, y que atravesaba el nuestro en toda su profundidad.

Al observar el General Taylor que los cuerpos ligeros subían el cerro de la derecha, mandó inmediatamente á sus rifleros para impedirlo. Esto produjo un combate bastante vivo, que duró toda la tarde, circunscrito al mencionado cerro, hasta que al oscurecer nuestros soldados quedaron dueños del terreno, ocupando la eminencia disputada.

El toque de diana que dió un clarín del Primer Ligero, hizo saber al ejército que el enemigo era rechazado, y que el cerro estaba en nuestro poder. Esto produjo gran entusiasmo en las tropas.

En este combate se distinguió el capitán D. Luis G. Osollo.

La noche puso en quietud á los combatientes, y el Ejército Americano encendió sus fogatas.

Las posiciones de los dos ejércitos, se marcan en el croquis número 2 adjunto; la del Mexicano, con líneas verdes B' y la del Americano con líneas amarillas C.

La posición de la Angostura, le daba al enemigo una incontestable superioridad sobre nosotros.

Dos cadenas de montañas corriendo casi paralelamente, se estrechan en aquel lugar, en donde forman un puerto bastante angosto.

Las montañas de la derecha, son más elevadas que las de la izquierda, y sus faldas se prolongan en forma de lomas, hasta ocupar próximamente la mitad de la anchura de la cañada que las mencionadas alturas determinan.

Las aguas que de ellas descienden, han cavado profundas barrancas, que bajan casi perpendicularmente al camino que va de Agua-nueva al Saltillo; terminando, como es natural, en la parte más baja de la cañada.

Pero las aguas depositadas en aquel terreno esponjoso se filtran con facilidad; y secándose despues la tierra con los ardientes rayos del Sol, se desagregan sus componentes, produciendo hundimientos

y grietas, que hacen intransitable aquel lugar, áun para hombres que no tuviesen que atravesarlo á viva fuerza.

El camino que corre al pié de las lomas, siguiendo las inflexiones que éstas presentan, dividía en dos partes nuestro campo y el del enemigo, en el sentido de la profundidad.

Los americanos, ocupaban á su derecha, una loma bastante elevada, que se apoyaba en los cerros que corrían perpendicularmente á nuestra izquierda, sirviéndole de defensa el terreno esponjoso é intransitable de que se ha hecho mencion.

Por la parte oriental de esta loma pasa el camino para el Saltillo.

Se extendía en seguida la batalla americana, desde este camino hasta las alturas de nuestra derecha, donde apoyaba el ala izquierda; sirviendo de fosos á todo este frente las barrancas que tenía delante, y que eran casi paralelas á él.

El General Santa-Anna, ocupó tansolo el terreno comprendido á la derecha del camino, con excepcion de un batallon, que colocó para observar en la garganta **O**.

Tenemos, pues, que la derecha del enemigo era casi inatacable; su frente, extraordinariamente fuerte; y, su izquierda, muy bien apoyada en las alturas.

En la cadena de montañas de la izquierda, hay dos gargantas que marco con las letras **P** y **Q**, (véase el croquis,) las cuales podían facilitar el paso, á tropas que pasando por detras de los cerros fueran á caer inopinadamente sobre el flanco ó á la espalda de uno de los combatientes. Pero, ni el General Santa-Anna, ni el General Taylor pensaron en esta operacion, que podía haber sido decisiva.

Teniendo ya una idea aproximada de la configuracion del terreno, cosa tan necesaria para poder juzgar con acierto, y comprender la marcha de la batalla; será bueno tambien, hacer un exámen comparativo de los ejércitos que iban á combatir.

El americano, aunque formado por medio del enganche, se compone de gente de una civilizacion relativamente adelantada. Su Gobierno remunera ampliamente á la fuerza armada, que nunca sufre atrasos en sus haberes, porque siempre estan repletas las arcas del tesoro.

El vestuario, es de buena calidad; los alimentos, sanos y abundantes; y el sueldo, más elevado que el de otros ejércitos.

Aunque las instituciones de los Estados Unidos sean republicanas, la ordenanza del ejército es severa, y la disciplina perfecta.

La instrucción de la oficialidad es muy vasta; por que en el Ejército Regular, no es admitido ningun individuo en calidad de subalterno, sino despues de haber sido aprobado, al concluir sus estudios, en la Escuela Militar.

Ascienden á los empleos superiores, por su escala, ó por servicios distinguidos.

Á los sargentos, no les es permitido optar á la clase de oficial.

Los generales, son oficiales de mérito que han encanecido en la carrera.

La parte débil del Ejército Americano son los voluntarios: sus jefes y oficiales son nombrados por ellos mismos, ó por las autoridades del Estado donde se levantan los cuerpos.

Cuando algun individuo goza de bastante prestigio para levantar un regimiento, generalmente se hace su coronel y nombra sus oficiales.

Estas fuerzas son por lo regular poco disciplinadas, cometen desórdenes en el país que recorren, les agrada batirse de preferencia á la desbandada, y dejan el servicio el dia que cumplen el tiempo de su empeño, áun cuando sea la víspera de una batalla.

En cambio, tiran bien, se baten con más encarnizamiento, si se quiere, que las tropas regulares, aunque no tengan su solidez ni su constancia.

El Gobierno Americano, puede levantar de esta clase de tropa, el número que desee.

Puesto en campaña el Ejército Americano, no cuenta para subsistir con los recursos que le ofrece el país donde hace la guerra.

Su proveeduría, que le surte con las remisiones que le hacen, ó por medio de contratas que generalmente paga al contado, se halla bien provista de sanos alimentos; de suerte que, áun en medio del desierto, el soldado se nutre como si estuviera en los centros de poblacion.

Los trenes de carros, para la conduccion del Parque General, de la Proveeduría, del Hospital Ambulante, del Tesoro y de los equipajes, están perfectamente arreglados.

Se componen de vehículos ligeros de cuatro ruedas, tirados por ocho mulas, y que pueden transitar por donde lo efectúa la artillería de batalla, y seguir al ejército en sus más largas jornadas. Estos trenes, son de propiedad del Gobierno ó contratados conforme á modelo.

El armamento de la Infantería de Línea, se compone de fusil de percucion de quince adarnes, con bayoneta; se carga con bala y tres postas, siendo la pólvora de superior clase.

La Caballería, que puede clasificarse como mixta, ó dragones, usa mosqueton, pistola y sable: está montada en caballos frisonos.

La Artillería, es del sistema de Paixhans. Sus baterías, se componen de cañones de los calibres de á 6 y de á 12 de batalla, y de obuses largos de á 24 y de á 36, ó sea de 15 y 16 centímetros.

Las baterías, tienen carros de municiones que las siguen á todas partes, para proveerlas durante el combate.

En cuanto al número de tropas que el General Zacarías Taylor presentó en la Angostura, no puede juzgar, sino aproximadamente, por lo que vi.

Los americanos se presentaron en dos líneas, y su reserva; y nuestros ataques fueron siempre cubiertos, con poca diferencia, con líneas de igual extension que las nuestras.

Dando á la caballería la justa importancia que debe tener, eran relativamente débiles en esta arma, y por consiguiente, fuertes en infantería, cuya combinacion era perfectamente adecuada al terreno que defendian.

El número de cañones de batalla, muchos de ellos ligeros, y todos arrastrados por magníficos tiros de caballos frisonos, parece que ascendía á veintiseis. Parte de estos cañones, podían maniobrar en lo más escabroso de aquel terreno.

En resumen: el Ejército Americano debe haber presentado en batalla, cuando ménos de siete á ocho mil hombres, con veinte piezas de artillería, en una posicion muy fuerte.

Conocido algun tanto el Ejército Americano, pasemos á hacer un estudio del nuestro.

Como es sabido, el Ejército Mexicano se forma por medio de la leva; es decir, que se toman en la calle por la fuerza, aquellos tran-

seuntes que por su humilde condicion no oponen resistencia á la violencia que se les hace.

Conducidos á los cuarteles, allí se les obliga, con la vara del cabo, á aprender el manejo del arma, lo muy indispensable del servicio, y algunas evoluciones.

Como es natural, con semejante sistema no ingresa á las filas sino la gente más ignorante y abyecta del pueblo; es decir, la que ménos interés tiene en defender la Patria.

Ni la raquitis; ni el tener familia numerosa; ni el ser vicioso; son excepciones para librarse del servicio; y entre la multitud de infelices que son arrancados de sus hogares, la raza indígena, da por lo regular, el mayor contingente.

Los sueldos son cortos y mal pagados. Tropas ha habido que por muchos años no recibieron su paga completa; y muchas veces hubieran perecido, si no apelaran al trabajo corporal, para ganar su preciso sustento.

Suele darse vestuario lujoso, á las tropas que se hallan de guarnicion en las grandes ciudades, para estrenar en las festividades civiles y religiosas; pero las que se hallan léjos, carecen á veces de lo más preciso.

Puntualmente, en el ejército que marchó á la Augostura iban batallones que llevaban á raíz del cuerpo unas malas levitas; que carecian de frazadas, y de capotes, con que abrigarse; y cuyos schacots eran de palma forrados de indiana.

El alimento que se da á nuestros soldados, consiste en un rancho no siempre bueno ni abundante, que se hace descontando á cada individuo, un real diario. Pero en campaña, donde faltan los recursos ó el tiempo para confeccionar el rancho, á consecuencia de las largas jornadas que se obliga á hacer á nuestra tropa; se suministra á cada soldado, un pedazo de carne cruda, unas cuantas *tortillas*, ó un puñado de maíz.

La ordenanza que observa el Ejército Mexicano, es la misma que regía durante la dominacion española; mas á consecuencia de las revoluciones, la disciplina se halla notablemente relajada.

La oficialidad, es heterogénea. Una parte de ella sale á las filas, del Colegio Militar: otra, asciende de la clase de sargentos:

y tambien ingresan al ejército, no solo en clases inferiores, muchos paisanos, á quienes agracian los Ministros.

Entre nosotros, no hay milicias voluntarias propiamente dichas, pero durante las revoluciones, se suelen levantar fuerzas irregulares con distintas denominaciones, que despues por lo comun, son refundidas en el ejército.

Por lo que hace á la alimentacion de las tropas en campaña, poco se preocupa el Gobierno. Puesta en marcha una fuerza cualquiera, el que la mande, cuidará de alimentarla con los recursos que halle en el camino. Jamás se lleva proveeduría y áun cuando la hubiera, se carecería de medios para trasportarla.

En la presente campaña, las únicas provisiones que se reunieron en la Encarnacion, ademas de las reses que allí se mataron, fueron algunos sacos de harina, poquísima galleta y unas cuantas carretas cargadas de *piloncillo* y de aguardiente.

Nuestro ejército no tiene trenes propios, en que conducir sus municiones, equipajes, etc. Cuando marchan las tropas, embargan mulas de carga, ó carros del comercio, de distintos portes y construccion.

El armamento de nuestra infantería, consiste en fusiles viejos ingleses, de chispa, de diez y nueve adarmes de calibre.

La caballeria, que no puede ser mas que ligera, se halla armada, una parte, con sable y mosqueton de chispa; y la otra, que es el mayor número, usa ademas la lanza.

La artillería, pertenece al sistema ya envejecido de Griveaubal, conteniendo diversidad de calibre, y montada sobre pesadas y toscas cureñas: carece de obuses largos que son de grande efecto, y se halla arrastrada por mulas guarnecidas con atalajes de pechera y bolea, (*) que la hacen en extremo lenta para las maniobras.

Ni en alcances, ni en movimientos, puede competir con la del enemigo.

Carecen las baterías de carros de municiones apropiados, para proveerlas durante el combate, haciéndose este servicio á lomo de mulas, con mil inconvenientes.

El número de hombres que presentó el Ejército Mexicano en la

(*) A excepcion de cuatro baterías de artillería á caballo.

Batalla de la Angostura, está muy lejos de ser el que dice el General Taylor, como demostraré en seguida.

El día 19 de Febrero, pasó revista el ejército en la Hacienda de la Encarnacion, con catorce mil, cuarenta y ocho hombres, de los cuales, tres mil ochocientos treinta y siete eran de caballería.

El General D. José Vicente Miñon, se separó del ejército con mil doscientos caballos, con instrucciones especiales.

Por lo tanto, el ejército se movió de la Encarnacion con doce mil ochocientos cuarenta y ocho hombres: esto es, suponiendo que desde el 19 de Febrero hasta el 21 no hubiese habido desercion, lo que no es de presumirse, mucho más hallándonos acampados.

Durante las veinticuatro horas de marcha, verificada una parte de ella de noche, y luchando con dificultades, no creo exajerar suponiendo, una baja de quinientos hombres, entre rozagados y desertores.

Quedaban, pues, nueve mil doscientos setenta y un hombres de infantería, número poco superior al que presentaba el enemigo.

Cierto que éramos muy superiores en caballería; pero los esfuerzos que pudiera hacer esta arma, quedaban completamente nulificados por la configuracion del terreno.

En cambio, la artillería del enemigo tenía gran superioridad sobre la nuestra, tanto en cantidad, como en calidad.

Nosotros no podiamos contar mas que con once piezas de batalla.

A saber:

Cinco cañones de á 8.

Cinco id de á 12.

Un obus corto de 7 pulgadas.

El resto, hasta diez y siete, eran cañones de sitio y plaza, que en mala hora se llevaron, y los cuales no podian utilizarse, sino en determinados puntos del campo.

Pero la gran superiodidad del enemigo, consistía en la ventajosa posicion que ocupaba.

Creo haber proporcionado los datos necesarios, para que se puedan juzgar con acierto, los acontecimientos que en seguida voy á referir.

Febrero 23.

Durante la noche anterior no ocurrió otra novedad, que un tiroteo sin importancia, que sólo duró algunos minutos.

Apénas había aparecido en el horizonte una pálida faja de luz, cuando en el cerro de la derecha **A** comenzó un fuego de fusil bastante activo.

El enemigo, reforzando sus tropas, intentaba desalojar á las nuestras que se sostenían bien.

Para apoyar este ataque, los americanos avanzaron su primera línea hasta **D**. **D**. formando un órden escalonado, en el que rehusaban su derecha fuertemente establecida.

Avanzaron destacamentos hasta **E. E. E.** para defender el paso de la primera barranca.

Destacaron en seguida, una gran columna **F**. con objeto, sin duda, de ligar el ataque al cerro, y envolver nuestra derecha despues de tomado aquel, si ántes no podía abrirse paso á viva fuerza.

Las tropas que pernoctaron sobre la loma **C. C.** que domina el camino, y formaban la extrema derecha de la línea americana, fueron trasladadas al centro para reforzarlo.

Miéntas esto tenía lugar, nuestras tropas comenzaron á moverse marchando á su frente.

La batería de la derecha, compuesta de las cinco piezas de á 8, mandada por el Capitan de artillería á caballo **D. Benigno Ballarta**, se situó en el punto **G**, que dominaba perfectamente.

La primera línea de infantería sostenida por la segunda, descendió á la primera barranca, y bajo el fuego del enemigo, forzó el paso **E. E. E.**, ocupó la loma, y formada en batalla, rompió un vivísimo fuego de fusil.

El resultado de este primer choque, fué el haber tomado un cañon de á 4. de los que se perdieron en Monterey, y causado al enemigo muchos muertos, que quedaron en el terreno que se ocupó.

La toma del cañon se la disputaron los batallones de Querétaro y de Aguascalientes.

Por el camino, cubriendo la izquierda de la batalla una columna

H., compuesta de Zapadores y otros dos batallones, al mando del Coronel de Ingenieros D. Santiago Blanco; pero no pudiendo desplegar en lugar tan encajonado, ni sufrir en la inaccion el fuego de la batería enemiga **I.** tuvo el Coronel Blanco que mandar variar de direccion á la columna, y coronar la loma que estaba á su derecha donde el combate se había empeñado fuertemente.

Al mismo tiempo que en nuestra izquierda y centro, tenían lugar estos sucesos; en la derecha era arrollado el enemigo que atacaba el cerro, á pesar de los nuevos refuerzos que había recibido.

Los cuerpos ligeros, descendieron de la altura cargando á la bayoneta sobre los americanos, que se retiraron en desorden, sufriendo pérdidas de consideracion.

En esta carga, nuestros soldados se manifestaron implacables hiriendo con las bayonetas á cuantos alcanzaron. En vano muchos americanos, arrojando el arma, mostraban á los nuestros los rosarios de que iban provistos, gritando que eran cristianos. Solamente debido á la eficaz intervencion de los oficiales, se pudieron salvar algunos, que dejados á retaguardia sin escolta, lograron escapar y volver á su campo.

En estos momentos, las líneas empeñadas, hacian fuego en toda su extension á medio tiro de fusil. La gran columna americana que apoyaba la izquierda de su primera línea, avanzaba intrépidamente sobre nuestra derecha.

Pero las cinco piezas que mandaba Ballarta, en cuya batería se hallaba el General Micheltorena, por orden del General en Jefe, hacian un fuego tan vivo y certero sobre aquella columna, que se veía á cada momento obligada á detenerse para reformarse.

En tales circunstancias, los cuerpos ligeros desplegaban en batalla en el punto **J.**, tomando de flanco la línea enemiga, y rompiendo un vivo fuego. La columna batida de frente, de flanco, y tambien por la batería de Ballarta, ya no pudo avanzar; hizo alto y trató de desplegar de alguna manera; pero pronto entró la confusion en sus filas, y se dispersó completamente, viéndose el campo lleno de fugitivos.

Este episodio de la batalla, está representado en el croquis adjunto: puede decirse, que entónces fué la crisis de aquella funcion de armas.

La primera línea enemiga, viéndose desbordada por su izquierda, no pudo sostenerse, y se replegó hacia **L L** protegida por la segunda línea.

Nuestras tropas no pudieron seguir inmediatamente, porque habían sufrido mucho, y era necesario reformarlas y reforzarlas con la segunda línea; tanto más, cuanto que algunos cuerpos de reclutas habían tenido gran número de dispersos.

Los del enemigo, habían ido á rehacerse entre su segunda línea y la reserva.

La Brigada ligera cuya misión debía de ser, la de batir las líneas americanas por el flanco, mientras que las otras tropas las atacaban de frente; llevada de su entusiasmo, ó tal vez, por órden expresa, abandonó el puesto que ocupaba, y formando en columna, siguió avanzando por la falda de las montañas de la derecha, hasta llegar á la Hacienda de Buenavista en **M**, donde halló una enérgica resistencia, que por carecer de artillería no pudo vencer.

Tuvo, pues, que retirarse con bastante dificultad, porque el General Taylor con tropas de su reserva, le impedía la vuelta á nuestro campo.

La batería del Capitan Ballarta, dejó la posición que tenía, y aunque con algun trabajo, logró pasar la barranca que tenía delante, cerca de su nacimiento, y avanzó hasta el punto **N**, centro de nuestra línea, donde desplegó en batería y rompió de nuevo su fuego.

La extrema derecha, quedaba pues, sin artillería.

Creo, que con un poco de esfuerzo, pudo haberse llevado la batería de á 12, al lugar que ahora ocupaba la de á 8, y ésta, situarla en la derecha de la batalla, para apoyarla, y para cruzar su fuego con la primera.

No comprendo la causa por que no se tomó esta determinación, tanto más cuanto que la batería de á 12; apenas pudo hacer algunos disparos durante la jornada, porque en el lugar de su emplazamiento, la ofuscaban las desigualdades del terreno.

La caballería, avanzó dividida en dos grandes columnas, tomando una de ellas por la falda de las montañas de la derecha, y la otra por la izquierda, siguiendo el camino del Saltillo. En el campo quedaron algunos escuadrones de reserva.

La Columna que marchó por la derecha, caminó al principio sin hallar obstáculos, pero despues, sostuvo algunos combates hasta llegar á la Hacienda de Buenavista, donde derrotó á la caballería americana, teniendo que retroceder al ser atacada, por fuerza que sacó el enemigo de su reserva para auxiliar la hacienda.

Parte del Regimiento de Coraceros revasando el campo enemigo, le fué imposible volver por entónces á nuestras líneas.

Durante el avance de esta columna, ocurrió el episodio siguiente:

El Comandante de Escuadron del Regimiento de Húsares D. Juan Luyando, iba á pasar con la lanza á un riflero; pero poniendo éste rodilla en tierra demandando gracia, Luyando lo dejó y pasó adelante. El riflero se levantó en el acto, y apuntando al que le debía la vida, lo derribó del caballo, atravesándolo con una bala. La muerte del comandante, fué en el momento vengada por sus soldados.

La columna de la izquierda, encajonada, y batida por la batería I, no pudo continuar por el camino real. Varió de direccion á la derecha, y pasando por retaguardia de la primera línea, maniobró por el ala derecha, sosteniendo varios combates hasta llegar á Buenavista, de donde tuvo que retroceder, por no poder vencer la resistencia que en la hacienda le opusieron.

Estos ataques aislados contra un edificio fuerte, no podian producir resultados favorables. Si los esfuerzos de los cuerpos ligeros, y de la caballería, se hubieran dirigido simultáneamente sobre los flancos y las espaldas de las líneas enemigas, que ya combatían de frente, el éxito hubiera sido completo.

Gran pena causaba el ver, que mientras las tropas se batian bizarramente forzando al enemigo á replegarse, algunos cuerpos de reclutas sufrían gran dispersion, viéndose el camino de Aguanueva lleno de fugitivos, sin que los escuadrones de reserva se ocupasen en detenerlos y organizarlos.

No se puede negar que los americanos combatieron brillantemente, ni que su general maniobró con habilidad; pero á pesar de sus esfuerzos, tenían perdida la batalla desde el momento en que nuestras tropas, desbordaron la izquierda de sus líneas.

Sin las faltas cometidas por nuestros generales, sin la carencia de direccion que se notó desde aquel momento crítico, la posicion del Ejército Americano era insostenible,

Así sin duda lo juzgó el General Taylor, comenzando á preparar su retirada por el camino del Saltillo.

Probablemente era su designio, irse retirando por escalones, para cuyo efecto se presta admirablemente el terreno, y procurar así, ganar la ciudad de Monterey.

Si aquella retirada se hubiera verificado, enorgullecidas nuestras tropas, habrían cargado con mayor brio; la caballería, aprovechando los lugares escampados, no hubiera dejado reposo al enemigo; y éste se hubiese visto obligado á dejar en el campo una parte de su material de guerra: esto es, si antes de llegar á Monterey no quedaba terminada su completa derrota.

Por desgracia, nada de esto sucedió. La columna de carros que inició la retirada, sin duda tuvo noticia de la presencia de la caballería del General Miñon. No pudiendo seguir adelante, ni esperar tropas que la protegieran por hallarse todas empeñadas en la batalla; no tuvo más remedio que retroceder, y formar un reducto con los carros junto á la Hacienda de Buenavista, para aumentar la resistencia.

La polvareda y el gran movimiento de aquella columna de carros que llegaba al trote, por el camino del Saltillo, hizo creer al principio, que los americanos recibían refuerzos: luego, aplicando los anteojos, y tomando noticias, se supo lo que realmente acontecía.

El General Taylor estaba, pues, sin retirada, encerrado en una garganta cuyas salidas ocupaba el Ejército Mexicano.

Pero el enemigo tenía víveres, mientras nosotros no contábamos siquiera con una ración por plaza. Ni áun los oficiales tenían con que alimentarse. Por consiguiente, no había esperanza de obligar á Taylor á rendirse por hambre. Era indispensable destruirlo con las armas.

Así pues, la combinacion de colocar la columna de caballería del General Miñon, á retaguardia del enemigo, salió contraproducente.

La maxima de, *A enemigo que huye, puente de plata*, hubiera sido conveniente observarla en esta vez. Por lo demas, el General Miñon no tomó parte en la batalla.

Serían las once de la mañana, y la lucha seguía con encarniza-

miento. El número de nuestros muertos y heridos era considerable. El General Lombardini que mandaba una division, el General D. Angel Guzman que mandaba una brigada de caballería, y muchos jefes y oficiales, habían sido conducidos á la ambulancia.

Los americanos se habían rellecho, despues de la terrible crisis que acaban de pasar, y relevadas sus líneas se aprestaban de nuevo al combate.

Es verdad que á pesar de sus esfuerzos, no podían recobrar el terreno perdido; pero detenían en su marcha victoriosa á nuestros soldados.

La lucha continuaba, sin que la balanza se inclinase á uno ú otro lado.

El General Santa-Anna, había caído con el caballo que montaba, y que una bala de metralla había herido en la cabeza.

El tiempo corría, el número de víctimas aumentaba, y el combate no tenía trazas de cesar.

Mas, repentinamente, se formó una gran tormenta, que descargando abundante agua sobre los combatientes, los obligó á suspender la lid. En esto serian las dos de la tarde.

Ambos ejércitos aprovecharon el tiempo en reorganizarse para volver á la contienda, cuando un magnífico arco-iris, abrazando los dos campos, parecía invitarlos á la paz.

Terminado el aguacero, permanecieron los combatientes en quietud por algun tiempo. Solamente la batería de piezas de á 16 situada en O., había entablado un duelo con la batería enemiga I, pero sin obtener resultado alguno notable.

Entónces ocurrió un suceso, que es necesario consignar.

De una de las barrancas inmediatas, salió al camino, un hombre á caballo con vestido de paisano, y á todo correr, tomó la direccion de la batería enemiga.

Todos creyeron que fuera algun explorador del enemigo que trataba de refugiarse en su campo, ó que llevase alguna noticia.

Pero, aquel hombre, cuando se vió entre los cañones americanos, reboleó su lazo, lo arrojó, y no habiendo prendido, hizo volver grupas á su caballo, escapando bajo una lluvia de balas que afortunadamente no le tocó.

Como este hecho coincidió con la aparición casual sobre el camino, de una fuerza de caballería que salió de una barranca, el enemigo coronó con multitud de tiradores, la altura que quedaba á la espalda de la batería.

Los nuestros, entretanto, llenos de admiración, no apartaban la vista de aquel temerario que volvía á todo correr á nuestro campo.

Era un antiguo insurgente llamado Villareal, que á la sazón prestaba sus servicios en artillería, en calidad de conductor de parques con carácter de sargento 2.º

Tuvo ganas, según dijo, de traer un yankee prendido de su reata, por no quedar sin hacer algo en aquel gran día.

Quedaron todos admirados de resolución tan atrevida. Pero este hecho, no lo he visto consignado en ningún documento oficial, ni aún relatado en los periódicos.

Nadie pronuncia el nombre del pobre viejo Villareal, que murió después en la oscuridad y en la pobreza.

Testigo presencial del hecho, quise tributar en mi diario un recuerdo al mérito, dando á conocer al hombre, y la acción distinguida que hizo.

Así hubo en esta lucha malhadada, muchos hechos honrosos que no son conocidos.

Reorganizados los americanos, acometieron vigorosamente á nuestra línea; pero después de un combate encarnizado, en que pareció que agotaron sus fuerzas, tuvieron que retirarse, dejando en poder de nuestros soldados dos cañones de á 6, de fundición americana; un carro de municiones y tres banderas. (1)

En este combate, se condujo bizarramente el Coronel D. José María Carrasco. Hallándose separado del mando del Segundo Ligero de infantería á consecuencia de los sucesos de Monterey, iba en el ejército desempeñando una comisión insignificante. Mas, habiendo sido muerto el Comandante de Batallón D. Julian de los Rios, que mandaba el cuerpo accidentalmente; Carrasco tomó la bandera, y poniéndose al frente del batallón, lo lanzó sobre el enemigo obligan-

(1) Una de estas banderas, fué regalada á la Legislatura del Estado de San Luis Potosí. por el General Santa-Anna.

do á éste á retirarse. El Coronel montaba un corpulento caballo frison, que lo hacía muy visible.

Los coraceros, que buscaban un paso para incorporarse á nuestro campo se introdujeron por el cañon **P.** con ánimo de salir por la garganta **Q.**

Como á tanta distancia no podía distinguirse bien, se supuso que era fuerza enemiga que venía á flanquearnos. Hay que advertir, que los coraceros no llevaban los cascos ni las corazas, y que con sus uniformes azules, bien se podían confundir con los americanos.

Esto introdujo bastante alarma en la estrema izquierda de la línea, en donde no se contaba con más fuerzas que con un pequeño batallon de doscientos hombres que servía de sostener á las baterías.

Hubo quien indicara al Coronel D. Antonio Corona, Comandante General de Artillería que sería oportuno hacer cambiar de frente á la izquierda algunas piezas de la batería **O.**, para cruzar sus fuegos sobre la garganta **Q** con las tres piezas de fierro de á 24 que acababan de montarse en sus cureñas, y estaban en el punto **R.**

El coronel no se resolvía á disponer nada, sin la orden del General Santa-Anna, pero haciéndole ver lo apremiante de las circunstancias, se decidió á ordenar la maniobra indicada, como se verificó.

El General Santa-Anna, que había observado el movimiento de los coraceros, mandó violentamente á su Ayudante, el General D. Diego Agüelles, con orden de hacer marchar al batallon que servía de apoyo á las baterías de la izquierda, para que ocupara la salida de la garganta **Q**, donde había estado el día anterior.

En estos momentos, apareció la cabeza de la tropa de coraceros en la referida garganta; mas dos balas de á 24 que llegaron rebotando hasta ella, le advirtieron que no era prudente pasar adelante.

Un oficial que se destacó, vino á deshacer la equivocacion y ya pudieron los coraceros incorporarse á nuestro campo.

El Teniente Coronel D. José María Castro, conocido por el *barbon*, vestido de riguroso uniforme, como se presentaba siempre en las acciones de guerra, se disponía á marchar con su batallon á ocupar la garganta **Q**, cuando la llegada de los coraceros le hicieron suspender la marcha.

La alarma que causó en nuestro campo, la aparición de una fuerza relativamente pequeña en la garganta **Q.**, puede dar una idea del efecto que hubiera producido un ataque formal.

Recíprocamente, el efecto habría sido el mismo para el enemigo, si tropas nuestras, hubieran, desembocado por el cañón **P** durante lo más reñido de la batalla.

Estos fueron los últimos episodios de la batalla del día 23.

Los americanos se replegaron á las líneas de puntos **S. S.** y nuestra primera línea quedó formada en **T. T.**

Había cesado completamente la batalla. Solo se oía uno que otro tiro de fusil, que disparaban algunos hombres sueltos que emprendían combates individuales.

Nuestras tropas estaban sentadas en cuclillas, manteniendo el fusil verticalmente, con la culata apoyada en tierra, sobre el último terreno que habían conquistado.

A pesar de no haber tomado alimento en todo el día, el aspecto de las tropas era halagüeño. Parecían satisfechas y contentas por haber vencido hasta allí la tenaz resistencia que habían opuesto los americanos.

Podía creerse, que lo que faltaba que hacer, era trabajar en la noche en prolongar nuestra línea hácia la derecha, subiendo una batería á la altura **W.** para enfilear al día siguiente el campo enemigo.

Me parece que no hubiera sido muy difícil conducir hasta **W.** la batería de á 8, sustituyendo á ésta en su emplazamiento con los cañones de á 12 y el obus de 7 pulgadas.

Así hubiéramos presentado en línea el día siguiente catorce piezas mientras que el día 23 no tuvimos mas que nueve.

La batería de á 16 permanecería en **O.** y la de á 24 que acababa de montarse, se colocaría á su izquierda sobre el camino. Reunidas estas seis piezas de grueso calibre, producirían buenos efectos sobre la derecha del enemigo.

Quedarían, pues, funcionando todos nuestros cañones, y concentrarían sus fuegos sobre las líneas **S. S.** como se indica en el croquis.

Atendidas las pérdidas que los americanos habían sufrido y el estado de desmoralización en que se encontraban, es creíble que a día siguiente, hubiera nuestro ejército consumado su derrota.

Estas eran las esperanzas del ejército, así discurrían muchos oficiales.

Pero, la desgracia que nos perseguía, lo ordenó de otra manera.

Al anochecer, se comunicó orden á las líneas, que estuviesen dispuestas para retirarse.

Semejante disposicion causó un general y profundo disgusto; se veía con dolor, que se iban á perder tantos sacrificios como se habían hecho: que abandonando el campo conquistado, se daba la victoria al enemigo, sin que éste hiciera nuevos esfuerzos para conseguirla: y en fin, que se afirmaría la idea, ya generalizada en el ejército, de que era imposible vencer á los americanos.

Las razones que se daban para la retirada, eran las siguientes.

Que no había que darle de comer á la tropa.

Que el ejército se hallaba muy fatigado, y no podía combatir al día siguiente.

Que, si permanecían en el campo de batalla, sería posible que en la noche se desbandaran muchos de nuestros soldados.

Estas razones eran en extremo especiosas.

Si no había que dar de comer á la tropa en el campo que ocupaba, tampoco había en Aguanueva, donde permaneció despues acampada varios días; y es seguro, que con lo que allí se mantuvo, pudo haberse mantenido en Angostura.

Ademas, en la noche del 23, sucedió, que algunos cuerpos que pudieron poner rancho, no teniendo tiempo para repartirlo, á causa de la retirada, vaciaron el rancho en el suelo para poder cargar los calderos en las mulas.

Una poca de prevision, hubiera hecho que se mataran las reses necesarias, y asada la carne, distribuirla en la noche sobre el mismo campo de batalla.

Hacía muchos días que el ejército se hallaba bien fatigado, y por lo mismo necesitaba descansar aquella noche, en vez de obligarlo á andar cinco leguas hasta Aguanueva, donde tendría que combatir al día siguiente, si el enemigo, como era posible, se atrevía á perseguirlo.

La misma fatiga del ejército, era una razou para no tener un desbandamiento, pues nadie pensaba mas que en el descanso.

Ademas, las tropas habían vislumbrado la victoria, estaban entu-

siasmadas, y en semejantes casos nuestros soldados no se desbandan. Tambien sabían, que el enemigo tenía en el Saltillo almacenes bien provistos, de víveres, de vestuarios, y áun de dinero: miéntras que á retaguardia de nuestro ejército, solo había un desierto desprovisto de todo recurso.

De todas maneras, la tropa recibió con mucho disgusto la órden de retirada.

Poco despues de cerrar la noche, y aprovechando la escasa luz de la Luna nueva, las tropas fueron descendiendo de las alturas que con tanto sacrificio habían conquistado, y formando en columna sobre el camino.

Por fortuna, el enemigo no sintió nuestro movimiento, por que un ataque vigoroso en aquellas circunstancias, acaso hubiese producido un desastre.

Al principio, la marcha se verificó ordenadamente; pero el disgusto que experimentaba la tropa, y el deseo que cada uno tenía de llegar cuanto antes al punto de descanso, hicieron que cada cual marchase como podía, mezclándose los soldados de unos batallones con los de otros, produciendo con esto la mayor confusion.

Esta confusion, aumentó necesariamente al ocultarse la Luna.

El ejército se acercaba al punto de su destino, por aquella noche, guiado por la luz que producía el incendio de la Hacienda de Agua-nueva, que había tomado grandes proporciones.

Cada cual, se acostaba segun iba llegando, donde y como le era posible; y puede asegurarse, que solamente la artillería, permaneció reunida, aparcando á la derecha del camino.

En la misma noche reunió el General Santa-Anna un Consejo de Guerra, compuesto de los generales, y de los Comandantes Generales de artillería é ingenieros.

El Consejo de Guerra resolvió, consignándolo por escrito, que la retirada era indispensable.

Febrero 24.

La mañana de este dia, se empleó en reorganizar los batallones reuniendo los soldados de cada uno.

A cosa de las diez, llegó un Jefe del Estado Mayor del General Taylor, en calidad de parlamentario.

Proponia entregar los heridos que habian quedado en el campo, y hacer cange de prisioneros.

Creo que el verdadero objeto que llevaba, era, investigar el estado moral del General en Jefe y la condicion material del ejército.

El General Santa-Anna dispuso que se quitase la venda al parlamentario, que pudo ver perfectamente el orden ya restablecido que guardaba nuestro campo, el cual presentaba todavía un aspecto imponente.

Ya en el reposo del campamento, se pudieron apreciar las pérdidas que el ejército había tenido.

El total de ellas fué de tres mil cuatrocientos noventa y cuatro hombres entre muertos, heridos y dispersos. Es decir, más de la cuarta parte de la fuerza.

El detall de la baja es como sigue:

Muertos.....	591
Heridos.....	1,037
Contusos.....	12
Dispersos.....	1,854
	<hr/>
Total.....	3,494
	<hr/>

De los muertos fueron:

Jefes y oficiales.....	23
Tropa.....	568
	<hr/>
Total.....	591
	<hr/>

De los heridos fueron:

Generales.....	2
Jefes y oficiales.....	101
Tropa.....	934
	<hr/>
Total.....	1,037

siasmadas, y en semejantes casos nuestros soldados no se desbandan. Tambien sabían, que el enemigo tenía en el Saltillo almacenes bien provistos, de víveres, de vestuarios, y áun de dinero: miéntras que á retaguardia de nuestro ejército, solo había un desierto desprovisto de todo recurso.

De todas maneras, la tropa recibió con mucho disgusto la órden de retirada.

Poco despues de cerrar la noche, y aprovechando la escasa luz de la Luna nueva, las tropas fueron descendiendo de las alturas que con tanto sacrificio habían conquistado, y formando en columna sobre el camino.

Por fortuna, el enemigo no sintió nuestro movimiento, por que un ataque vigoroso en aquellas circunstancias, acaso hubiese producido un desastre.

Al principio, la marcha se verificó ordenadamente; pero el disgusto que experimentaba la tropa, y el deseo que cada uno tenía de llegar cuanto antes al punto de descanso, hicieron que cada cual marchase como podía, mezclándose los soldados de unos batallones con los de otros, produciendo con esto la mayor confusion.

Esta confusion, aumentó necesariamente al ocultarse la Luna.

El ejército se acercaba al punto de su destino, por aquella noche, guiado por la luz que producía el incendio de la Hacienda de Agua-nueva, que había tomado grandes proporciones.

Cada cual, se acostaba segun iba llegando, donde y como le era posible; y puede asegurarse, que solamente la artillería, permaneció reunida, aparcando á la derecha del camino.

En la misma noche reunió el General Santa-Anna un Consejo de Guerra, compuesto de los generales, y de los Comandantes Generales de artillería é ingenieros.

El Consejo de Guerra resolvió, consignándolo por escrito, que la retirada era indispensable.

Febrero 24.

La mañana de este dia, se empleó en reorganizar los batallones reuniendo los soldados de cada uno.

A cosa de las diez, llegó un Jefe del Estado Mayor del General Taylor, en calidad de parlamentario.

Proponia entregar los heridos que habian quedado en el campo, y hacer cange de prisioneros.

Creo que el verdadero objeto que llevaba, era, investigar el estado moral del General en Jefe y la condicion material del ejército.

El General Santa-Anna dispuso que se quitase la venda al parlamentario, que pudo ver perfectamente el orden ya restablecido que guardaba nuestro campo, el cual presentaba todavía un aspecto imponente.

Ya en el reposo del campamento, se pudieron apreciar las pérdidas que el ejército había tenido.

El total de ellas fué de tres mil cuatrocientos noventa y cuatro hombres entre muertos, heridos y dispersos. Es decir, más de la cuarta parte de la fuerza.

El detall de la baja es como sigue:

Muertos.....	591
Heridos.....	1,037
Contusos.....	12
Dispersos.....	1,854
	<hr/>
Total.....	3,494
	<hr/>

De los muertos fueron:

Jefes y oficiales.....	23
Tropa.....	568
	<hr/>
Total.....	591
	<hr/>

De los heridos fueron:

Generales.....	2
Jefes y oficiales.....	101
Tropa.....	934
	<hr/>
Total.....	1,037

De los contusos fueron:

Jefes.....	3
Oficiales.....	2
Tropa.....	7
	<hr/>
Total.....	12
	<hr/>

De los dispersos fueron:

Jefes.....	1
Oficiales.....	6
Tropa.....	1,847
	<hr/>
Total.....	1,854
	<hr/>

La pérdida material fué:

Muertos.....	591
Heridos.....	1,037
Contusos.....	12
	<hr/>
Total.....	1,640
	<hr/>

Jefes y oficiales fueron:

Muertos.....	23
Heridos.....	103
Contusos.....	5
	<hr/>
Total.....	131

De tropa fueron:

Muertos.....	568
Heridos.....	934
Contusos.....	7
	<hr/>
Total.....	1,509
	<hr/>

Este resultado nos da cerca de $\frac{1}{3}$ un oficial por cada diez individuos de tropa.

El consumo de municiones fué:

Tiros de cañon.....	571
Id. de fusil con las paradas de las cartucheras.....	555,000

De los oficiales que salieron del Colegio á fines del año anterior (1845), fué muerto el subteniente D. Agustín Liudem, y heridos los subtenientes D. Juan B. Navarro y D. José Pichardo.

En nuestras bajas aparecen mil ochocientos cincuenta y cuatro dispersos, cifra mayor que la de los hombres fuera de combate.

Esto consiste en los cuerpos de reclutas que se dispersaron desde el principio de la batalla, y en no haber tomado providencias para recogerlos en el momento mismo.

Los contrarios no tenían el inconveniente de la dispersion; parte, porque sus tropas estaban mejor disciplinadas que las nuestras; parte, porque peleando en país extranjero el instinto de la conservacion los inducía á estar siempre reunidos: y en el caso presente, porque hallándose el General Miñon á retaguardia de los americanos, todo disperso hubiera caído en su poder.

Las pérdidas del enemigo no es cosa fácil valuarlas, por haber quedado dueño del campo; pero es racional creer, que si no fueron mayores que las nuestras, poco menores deben haber sido.

Me fundo en las razones siguientes:

Aunque el que ataca generalmente sufre mayores pérdidas que

el que defiende una posición, esto queda bien compensado cuando el que defiende vuelve caras; porque mientras se aleja del peligro queda inerte, entregando la espalda á su adversario, que aprovecha la ocasión de vengarse.

Durante la jornada del 23, no una, sino varias veces se vieron obligados los americanos á retirarse en desorden.

En el campo ocupado por nuestras tropas se veían tantos muertos del enemigo como mexicanos.

Siendo el calibre de nuestros fusiles mucho mayor que el de los americanos, producían sus balas heridas más peligrosas.

En compensación, las tres postas con que acompañaban ellos las balas, ocasionaban evidentemente mayor número de heridas.

En consecuencia, es lógico pensar que debimos tener mayor número de heridos, y el enemigo mayor número de muertos.

Aunque podrá objetarse que los americanos, en general, tiraban mejor que nuestros soldados, esta circunstancia, que es sin duda muy esencial en los combates de tiradores, pierde mucho de su importancia en los ataques de línea, donde el soldado, cegado por el humo y excitado por las emociones de la lucha, no se detiene en hacer puntería.

Insisto, pues, en que las pérdidas del enemigo deben de haber sido equivalentes á las nuestras, pero siempre en mayor proporción en muertos que en heridos.

El aspecto del campamento de Aguanueva era tranquilo: la fatiga y el cansancio de los días anteriores obligaban á la tropa á permanecer en quietud. Solamente la necesidad de buscar alimento, hacía discurrir á algunos de un lado al otro.

Dos oficiales partieron una tablilla de chocolate, que comieron en crudo, y sin más acompañamiento. Otros cuatro se reunieron para comer un plato de arroz, sin pan ni otra cosa, que pudieron conseguir en el rancho de la artillería.

En el bosque, cerca del Arroyo, se habían detenido los carros que conducían heridos. Estos desgraciados, á quienes nadie atendía, clamaban con acento dolorido para que les impartiesen algún auxilio.

Los que habían muerto la noche anterior, fueron bajados de los carros y cubiertos con sus mantas: parecía que dormían.

Si de aquel triste sitio se dirigía la vista á la hacienda, se contemplaba otro espectáculo más pavoroso.

En la casa principal, cuyo techo había sido consumido por las llamas, se estableció el hospital de sangre. Allí los heridos, sin distincion de clases, yacían por el suelo en tan gran número, que no había lugar donde dar un paso.

Y allí tambien se hacían las amputaciones y se practicaban las operaciones más crueles, á la vista de los demás pacientes. Donde quiera se elevaban ayes tristísimos, producidos por los más acerbos dolores.

En una pieza contigua, tambien destechada, se veían amontonados los brazos y las piernas que ya no eran útiles á sus dueños.

Fuera de aquel tristísimo recinto, los animales muertos que dejó el enemigo, y los despojos de las reses que se mataban para alimentar á las tropas, completaban un cuadro lúgubre, capaz de impresionar el ánimo más esforzado.

Febrero 25.

Continuamos acampados.

La mala alimentacion de las tropas y su poco abrigo en estacion tan cruda en aquella region, fueron causas de que se desarrollase en el ejército una epidemia de disenterias y diarreas, que la mayor parte de los hombres padecían.

Febrero 26.

Desde la retirada de la Angostura el enemigo no salió de sus posiciones para hostilizarnos, á pesar de hallarse á tan corta distancia. Esto prueba lo mucho que debió haber sufrido en la batalla.

A las dos de la tarde se comenzó á levantar el campo.

Primero se hicieron marchar á los heridos; pero como no cupieran todos en los pocos carros que había, para conducir á los demás se improvisaron unas parihuelas ó angarillas formadas con cuatro fusiles que hacían un cuadrado, y con una manta amarrada en los ángulos por las puntas.

En cada una de aquellas hamacas se colocaba un infeliz herido, que era conducido por cuatro soldados.

De semejante manera se tenían que andar catorce leguas de desierto, sin encontrar agua.

Los soldados, debilitados por el hambre, muchos de ellos enfermos, llenos de fatiga y de desaliento, bajaban al suelo la carga para tomar descanso, y otros, desertando, abandonaban definitivamente al paciente.

Por esta causa se veía el camino lleno de cansados, de heridos y aún de muertos.

A la hilera de parihuelas, seguían los carros y algunas carretas de bueyes que se habían embargado, haciendo un ruido estridente con sus enormes ruedas.

La noche llegó pronto.

Un viento helado pasaba sobre las cabezas el polvo sutil, que la columna removía al marchar.

La luna pálida, que parecía correr locamente á través de las nubes, iluminaba apenas aquella escena sombría y silenciosa, contrastando con la tórrida luz de bosques enteros de palmas inflamadas, y de sabanas convertidas en llamas, á consecuencia del fuego encendido la noche del veintiuno, que se había propagado sin obstáculos.

Pronto las tropas que marchaban á retaguardia alcanzaron y rebasaron el convoy de heridos, produciendo la confusión consiguiente.

La luna que se ocultó fué otro motivo de desórden; y los pobres heridos fueron víctimas de mil actos inhumanos.

A la una de la madrugada comenzó á llegar á la Encarnación la vanguardia del ejército, sucediendo como en Aguanueva, que cada cual se colocó, como y en donde pudo.

A aquella noche también se le debió llamar, con razón, *Noche Triste*.

Febrero 27.

Permanecimos en la Encarnacion. Por todo alimento tomó la tropa carne de res; pero como se mataban muchas vacas cargadas, y el agua que se bebía era salobre, las enfermedades de estómago aumentaron.

En la tarde de este día, se hicieron honores fúnebres á uno de los jefes, que falleció á resultas de sus heridas.

Febrero 28.

Decampamos de la Encarnacion, é hicimos la jornada al Rancho de San Salvador.

Casi toda la tropa iba enferma del estómago. El camino quedó regado de cansados y de enfermos.

Marzo 1º

A la hacienda del Salado.

Como la víspera: grupos de enfermos y rezagados se veían por todas partes. Cadáveres de animales se hallaban á cada paso.

Marzo 2.

A la Noria de las Animas.

El camino, como el día anterior.

Encontramos acampada una fuerza de infantería y caballería, que al mando del General D. Ciriaco Vazquez había llegado de Tula.

Marzo 3.

Salieron las tropas de las Animas á la una de la mañana, y llegaron al Cedral á las tres de la tarde, sin haber tomado alimento ni agua durante la marcha. Se dió sepultura á los cadáveres de un jefe y un oficial que fallecieron de resultas de sus heridas.

Marzo 4.

Jornada corta; á Matchuala.

Siendo esta poblacion el primer punto que ofrece algunos recursos, se dispuso que los heridos no pasaran adelante.

En consecuencia, se establecieron hospitales, aunque para ello se carecía de todo.

Marzo 5.

A la Hacienda de la Presa.

Marzo 6.

A la Hacienda de Solis.

Continúan las enfermedades.

Marzo 7.

De Solis á Charcos.

Marzo 8.

A la Villa del Venado.

Marzo 9.

Al Pueblo de la Hedionda.

Marzo 10.

A la Hacienda de Bocas.

Marzo 11.

A la Hacienda del Peñasco.

Marzo 12.

Entró el ejército á San Luis, despues de cuarenta y cuatro dias de la salida de las primeras tropas para la Angostura.

En San Luis se tuvo noticia de que el General D. José Urrea, que operaba en Nuevo Leon á retaguardia del General Taylor, había capturado á los americanos un convoy, quemándoles cien carros y causándoles unas doscientas bajas entre muertos, heridos y prisioneros.

Observaciones.

No tengo datos seguros sobre la pérdida que sufrió el ejército en su desastrosa retirada á través del desierto; pero creo no exagerar

si supongo, que pasó de tres mil hombres, la mayor parte desertores.

Dos causas, en mi concepto, determinaron el mal éxito de esta expedición:

La primera, no haber llevado las provisiones de boca necesarias; aunque en esta falta, debe haber influido la escasez extraordinaria de recursos.

La segunda, haber carecido el día de la batalla de la artillería ligera suficiente, que hubiera maniobrado sobre el flanco izquierdo y sobre la espalda del enemigo, cuando éste fué envuelto.

Estas faltas que cometió el General Santa--Anna al organizar el ejército, las pagó bien caras, dejando escapar la victoria.

Respecto de la retirada en la noche del 23 de Febrero, se ha hablado mucho, en pró y en contra.

Se ha alegado para disculparla, el cansancio de las tropas, la falta de alimento, y el temor de un desbandamiento.

En el curso de estos apuntes, he procurado demostrar lo infundado de estas aseveraciones.

Acaso, otras razones más poderosas, pesarian en el ánimo del General Santa--Anna.

Tal vez, alarmado con las grandes pérdidas que el ejército había sufrido el día 23, y principalmente, con la dispersión que tuvieron algunos cuerpos, dudó del resultado que pudiera tener una nueva batalla. Y tomando en consideración, que la República no tenía otro ejército que oponer al invasor, que ya amagaba por el Oriente, temió que si en un nuevo combate era derrotado, el enemigo penetraría sin encontrar resistencia, hasta el corazón del país.

Sin duda, que para el hombre que llevaba sobre sí tan grande responsabilidad, las razones expuestas debian ser de mucho peso, y, creo, que la Historia deberá tomarlas en cuenta, al juzgar en este caso al General Santa--Anna.

Pero, pensando que los grandes esfuerzos y sacrificios que la Nación y el ejército habian hecho, quedarian sin fruto alguno, si no se completaba la derrota del General Taylor:

Que, era oportuno y conveniente aprovechar las ventajas adquiridas, y la buena moral de las tropas:

Que, una retirada á través del desierto, costaría tal vez más que una batalla perdida:

Que, en el caso de ser derrotado, el enemigo quedaría impotente para perseguirnos:

Que, aunque quedase en aptitud de poderlo hacer, le sería imposible perseguirnos en el desierto, si inutilizáramos las únicas tomas de agua que allí existen, al dejarlas á retaguardia.

Y en fin; que suponiendo perdida la propuesta batalla, no causaría otros males que aumentar algo las calamidades que se desataron sobre el ejército en su retirada, soy de sentir que se debiera haber arriesgado una batalla el día 24.

Si se hubiera ganado, nada habría detenido la marcha del ejército victorioso, hasta las orillas del Rio Bravo.

El armamento y los almacenes quitados al enemigo, hubiera provisto á la Nación para la continuacion de la guerra.

El ejército, habría aprendido á vencer á los americanos, y el General Santa--Anna, volvería á ser para la República lo que fué en 1829. Mas la retirada de la Angostura, fué su muerte política.

NOTA.—Pudo haberse evitado la Batalla de la Angostura, volteando la posicion. El ejército, marchando por el camino que siguió el General Miñon, ú otro practicable, para salir más allá del Saltillo, habría obligado al enemigo á abandonar sus posiciones, y á combatir con desventaja en otras, para no verse expuesto á quedar cortado de su base de operaciones, y de su línea de retirada.

1847.

VALLE DE MÉXICO.

SUMARIO.

Pronunciamiento de la Capital.—Desembarco de los americanos en Veracruz.—Marcha del General Santa-Anna.—Reorganización del ejército del Norte.—El General D. Gabriel Valencia es nombrado General en Jefe.—Marcha para México.—Rendición de Veracruz, y pérdida de la batalla de Cerro-Gordo.—Llega la División del Norte á Guadalupe.—Marcha á Texcoco.—Llegada de los americanos al Peñon Viejo.—Marchan á Tlalpam.—El General Valencia contramarcha, pasa por la Capital, y va á situarse á Padierna.—Defectos de la posición.—Combate.—Derrota de la División del Norte.—Combates de Churubusco, Molino del Rey, Chapultepec y garitas de la Capital.—Evacuación de la Ciudad.

Al terminar la desastrosa campaña de la Angostura, el General Santa-Anna que volvía á San Luis Potosí con la idea de reorganizar el ejército, se encontró con las malas noticias que llegaban de México, y lo obligaban á ponerse de nuevo en camino, sin poder dar cumplimiento á sus proyectos.

En la capital de la República había tenido lugar un pronunciamento, que verificaron varios batallones de la Guardia Nacional, con el designio de defender los intereses de la Iglesia.

A mi modo de ver, precipitó este movimiento una medida impolítica del Presidente Gómez Farías.

Parece que este señor dispuso que los batallones Hidalgo, Independencia, Bravo, y otros, de la Guardia Nacional, marchasen á defender la Plaza de Veracruz.

Estos batallones, eran compuestos de las personas mejor acomodadas de la sociedad mexicana y de empleados y artesanos, la mayor parte con intereses y familia. Estas circunstancias los constituían en Guardia Nacional sedentaria, y el Gobierno no tenía derecho para hacerlos marchar á hacer la guerra, á cien leguas de distancia.

Mas el Presidente, sin duda, creyó, que los ciudadanos que formaban los batallones nombrados, tenían las mismas obligaciones que los soldados del ejército; y sin calcular los resultados que podía traer, dió la órden inconveniente que produjo el pronunciamiento.

El haber confundido frecuentemente la institucion de la Guardia Nacional, con la del Ejército Regular, ha sido la causa de que no se haya podido establecer en la Nacion una fuerza considerable de aquella milicia, que le hubiera dado respetabilidad, y aumentado sus elementos de defensa.

No me es dado, sin embargo, aprobar de ningun modo el pronunciamiento verificado en México, en los momentos en que el enemigo se disponía á desembarcar en las playas de Veracruz.

Mas no puedo ménos de convenir, que hacer abandonar familia é intereses, á hombres de cierta posicion social, para ir á hacer la guerra á un país mortífero á cien leguas de distancia, fué exigir de ellos, una abnegacion y un patriotismo, que no son de la edad presente.

Creo, pues, la disposicion del Señor Gómez Farías en extremo desacertada.

Otra de las noticias alarmantes que recibió el General Santa-Anna, fué la del desembarco de los americanos en las cercanías de Veracruz.

Marchar violentamente á México, para hacer terminar con su influencia la lucha fatricida que tenía lugar, y dirigirse en seguida en auxilio de Veracruz, era, sin duda, lo que debía hacer el General Santa-Anna.

Para el objeto, formó una division compuesta de los batallones 1º 2º 3º y 4º ligeros, y de 4º y 11º de línea, la que hizo subir á cuatro mil hombres, con los restos útiles llegados de la Angostura. A estas fuerzas, añadió dos baterías de artillería y algunos escuadrones de caballería.

La division marchó con direccion á Oriente, exceptuando el Regimiento de Húsares que escoltó al general á México.

Terminado el conflicto en la Capital, Santa--Anna se dirigió sin pérdida de tiempo hácia Veracruz, á cuyo Estado llegaron las tropas procedentes de San Luis Potosí, haciendo una marcha admirable.

En San Luis quedaron los restos del ejército del Norte, formando una division, compuesta de batallones en cuadro, y de heridos, enfermos, y convalecientes que llenaban los hospitales.

Mandaba la division el General D. Ignacio Mora y Villamil, quien tenía el encargo de reorganizarla.

Con los rezagados que se incorporaban, con los enfermos que obtenian curacion, tanto en Matchuala como en San Luis, y con los reemplazos que el Estado proporcionaba, se reponía, poco á poco, aquella division, á la que se le dió el pomposo título de Ejército del Norte.

Pero la caída de Veracruz, el suceso desgraciado de Cerro-Gordo, y la marcha de los invasores sobre la Capital de la República, determinaron el movimiento de aquella fuerza, mucho ántes de que hubiera alcanzado una completa organizacion. No obstante, parte de la tropa que la formaba era buena y aguerrida.

El General de Division D. Gabriel Valencia, llegó de México enviado por el Gobierno, para encargarse del mando, y pocos dias despues de recibido, ordenó la salida de la division.

Primeramente marcharon las tropas, y despues la artillería y el Parque General, que conducía el Jefe de Division D. Rafael Luiarte.

La artillería era numerosa, pues montaba á veintidos piezas, entre ellas, cuatro cañones de sitio del calibre de á 16, y tres enormes obuses, irregulares, ingleses, de á 68.

El resto, eran cañones de batalla, contando con los dos americanos que se quitaron en la Angostura, y que no había necesidad de exponerlos á que se perdieran.

Julio 8.

Salió el convoy de artillería sin otra escolta que las tropas del arma.

Pernoctó en las Pilas.

Julio 9.

De las Pilas á Santa María del Rio.

Julio 10.

A la Hacienda de Villela.

Julio 11.

A la Hacienda de la Saucedá.

Julio 12.

A San Luis de la Paz.

Julio 13.

A San José Casas Viejas.

Julio 14.

A la Hacienda de Chichimequillas.

Julio 15.

A la Hacienda del Sauz.

Julio 16.

A San Juan del Rio,
Se incorporó la artillería á la division, que permanció en este
lugar los dias 17, 18 y 19.

Julio 20.

A la Hacienda de Arroyozarco.

Julio 21.

A la Hacienda de la Goleta.
En la bajada de Calpulalpam se desgranó una rueda de un carro,
siendo preciso reformar el cubo, en cuya operacion se empleó gran
parte de la noche, no incorporándose el carro hasta la madrugada.

Julio 22.

A Tula.

Julio 23.

A Huehuetoca.

Julio 24.

A Cuautitlan.

Julio 25.

A Tlalnepantla, adonde permanecimos el 26.

Julio 27.

A Guadalupe, donde permanecimos hasta el 9 de Agosto inclusive.

Agosto 10

Marchamos á la Hacienda Grande.

Parecía racional que al acercarnos á México, debiamos de habernos desprendido de la artillería de sitio y plaza que traíamos, tan estorposa en la guerra de campaña, cuanto necesaria en las obras de defensa como las que se habian construido al rededor de la Capital. Pero no fué así, y conservamos un material excesivo para poco más de cuatro mil hombres con que contaba la division.

En cambio, en México escaseaba la artillería de plaza.

Ignoro si el General Santa--Anna pasó esta circunstancia desapercibida, ó si el General Valencia rehusó entregar la artillería gruesa, *y faltó energía para obligarla á obedecer. Lo cierto es, que la division conservó aquellos pesados cañones.*

Agosto 11.

A Texcoco, donde permanecimos los dias 12 y 13.

El enemigo llegó al frente del Peñon Viejo, cuyas fortificaciones reconoció, sondeando tambien las inundaciones que las defendían.

En el caso de un ataque al Peñon, la posicion de la Division del Norte en Texcoco era muy conveniente, porque podía caer sobre la retaguardia del Ejército Americano, á menos que éste se fraccionara destacando una parte para atacar al General Valencia, miéntras que la otra se lanzara sobre el Peñon.

Probablemente el General Scott juzgó muy difícil esta operacion, porque prefirió hacer un rodeo por el Valle, para envolver nuestras líneas de defensa, y llevar sus ataques al Sur, y al Oeste de la Ciudad, que presentaban aproches más fáciles.

En consecuencia, levantó el campo, y haciendo una travesía peligrosa, se dirigió por el camino de Xochimilco á Tlalpam, donde estableció su cuartel General.

Aligerada la Division del Norte, sin el estorbo de la artillería gruesa, hubiera podido seguir la retaguardia de los americanos, molestándolos sin cesar, pero sin comprometer nada decisivo; miéntras que otras tropas, poniéndoles obstáculos en su marcha y hostilizándolos constantemente, hubieran retardado sus operaciones causándoles bastantes pérdidas.

No se pensó así, olvidando cuánto desmoraliza á un ejército invasor, el ver ocupada por fuerzas considerables su línea de retirada.

Se creyó más importante salir de frente al enemigo; y miéntras el General Scott rodeaba tranquilamente el Valle de México por el Sur, el General Valencia verificaba un movimiento semejante por el Norte.

Cuando había tropas que pudieran contenerlos, y cuando tenian los americanos que atacar puntos fortificados, acaso nada hubiera sido mejor, que conservar á sus espaldas una fuerza respetable.

Agosto 13.

La órden del dia previno, que á la mañana siguiente contramarcharía la division.

Agosto 14.

De Texcoco á la Hacienda Grande, donde se acampó.

Agosto 15.

A la Ciudad de Guadalupe. La division pernoctó en las calles y plazas.

Al atravesar el llano del Salado, el Coronel de Infantería, Capitán de artillería D. Ignacio Joaquin del Arenal, que iba sentado en el mástil de un cañon de á 16, cayó bajo las ruedas, una de las cuales le pasó sobre el pecho.

Agosto 16.

Atravesando la Ciudad de México, y el Pueblo de San Angel, la division, dejando algunos cuerpos en el último, ocupó las lomas de Padierna, donde permaneció los días 17 y 18, en que se incorporaron los cuerpos que quedaron en San Angel, sin haber ocurrido cosa notable.

La posicion de Padierna tal vez hubicse sido buena, teniendo los flancos bien apoyados, el frente despejado, y la línea de retirada perpendicular al centro, ó al menos, á una de las alas de la batalla que allí se estableciera. Pero ninguna de estas ventajas tenía.

Colocada en un rincon al **S. O.** del Valle, en **A. A. A.** (véase el croquis núm. 3) sus flancos quedaban descubiertos y el frente obstruido por los sembrados de maíz, y por árboles, arbustos y rocas de lava, en la parte que llaman el Pedregal; todo lo cual podía ocultar perfectamente las operaciones del enemigo, y favorecer sus ataques.

La espalda quedaba cerrada por elevados montes, y la línea de retirada, hácia la izquierda, en la prolongacion del frente de batalla, sobre un terreno accidentado; de suerte, que si esta línea era cortada por el enemigo, como lo procuraría indudablemente, no había salvacion posible en caso de derrota.

Pero, además de los defectos de la posicion, se incurrió en otros, en el modo de ocuparla.

En vez de extender la línea hasta Anzaldo, apoyando fuertemente el centro en el Bosque de San Jerónimo, donde podían ocultarse parte de las fuerzas, el General Valencia formó en escuadra su artillería, y colocó las tropas en varias líneas sobre las lomas de Padierna; de manera, que al enemigo le era muy fácil ver, desde alguna altura, su disposición, valuar sus elementos y contar las tropas.

El emplazamiento de la artillería era por demás defectuoso, pues en lugar de cruzar sus fuegos sobre el frente de la batalla, para defenderla, hacía divergentes sus líneas de tiro, y dispersaba sus proyectiles.

Acaso, la fuerza de que disponía el General, no era bastante para ocupar una línea tan extensa como la propuesta; pero, en tal caso, parecía más conveniente abandonar Padierna, concretándose á defender las Lomas de Anzaldo y el Bosque de San Jerónimo, que presentaban mejores elementos, con varios edificios que podían prolongar la resistencia, hasta la llegada de refuerzos que vendrían necesariamente por retaguardia; y en caso de desgracia, las tropas hallarían modo de retirarse.

Mas al ocupar solamente las lomas rasas de Padierna, quedó libre el enemigo para cortar la línea de retirada ocupando el Bosque de San Jerónimo, camino indicado para rodear nuestra posición y atacarla por retaguardia.

Para comprender perfectamente lo que va escrito, bastará echar una mirada al croquis.

Ahora examinaremos los detalles del órden de batalla.

La línea, como puede verse, era quebrada, aproximándose al ángulo recto. A la derecha se situaron las dos piezas ligeras **B**, que ganó el ejército en la Angostura, sostenidas por dos escuadrones.

Seguía una batería **B'** compuesta de cañones de á 12 y de á 16, la cual se quiso cubrir con un espaldon que solo llegó á ser rodillera, y fué *la única obra de fortificación que se intentó levantar en Padierna*.

A la izquierda desplegaba un batallón en batalla y despues una batería con tres obuses de á 68.

Al pié de la loma, en el camino hondo que por allí pasa rumbo á Contreras, se establecieron dos batallones **D**, que quedaban cubier-

tos por una magueyera sembrada sobre un bordo, que les podía servir de parapeto.

El Ranchito de Padierna, que está situado á pocas varas al pié de la loma, no fué ocupado.

Detrás de las baterías, en segunda línea, formaron en batalla tres batallones, y otro, á retaguardia del flanco izquierdo como eu reserva.

El resto de la artillería **E. E.** se colocó, como llevo dicho, formando martillo, con el frente al Norte, mirando hácia el Bosque de San Jerónimo, como si ya se hubiese consentido en que lo ocupase el enemigo.

La Caballería y el Parque General, quedaron situados á retaguardia del centro de aquella posicion.

Así permaneció la Division del Norte, hasta el dia 19, como á las 2 de la tarde, hora en que se avistó el enemigo.

Por la falda del Cerro de Zacatepec que se levanta al **E.** de Padierna aparecieron dos profundas columnas, marchando paralelamente entre sí y á nuestra posicion. Cuando estuvieron á la altura del centro de ella, variaron de direccion á la izquierda, descendieron al valle, marcharon de frente, y desplegaron en **F F**, cubiertas por la vegetacion y las sinuosidades.

Desde aquel momento, no pudieron observarse las operaciones que practicaron los americanos, porque los sembrados, la vegetacion alta, y las rocas volcánicas que cubrían el campo, los ocultaba.

El General Scott, con su Estado Mayor, dirigía las operaciones desde la cima del Cerro de Zacatepec, desde donde debe haber visto nuestro campo, como podía ver un plano sobre una mesa.

Los cañones de á 16 y los obuses de á 68, comenzaron á disparar á tanteo, puesto que no podian descubrir al enemigo.

En cuanto á los cañones de á 16, no encontraron dificultad para manejarlos los oficiales que los servían. No sucedió lo mismo con los obuses de á 68; estos, habían sido contratados en Inglaterra en fundicion de particulares, á pagar por peso, por tales motivos salieron deformes y muy pesados.

Para evitar el enorme retroceso de estas piezas, se habían adaptado á las ruedas unas gruesas palancas, que á cada disparo tenían

que asegurarse en unos ganchos, fijos en la cara exterior de cada gualdera; operacion en extremo engorrosa y dilatada.

Como las ánimas de estos obuses eran de mayor longitud que los brazos de los artilleros, había que introducir los cartuchos á la recámara con ayuda de cucharas, que eran de hojadelata, y que á consecuencia de las marchas se habían abollado y presentaban grande resistencia al entrar.

Vencida esta dificultad con mucho trabajo, seguía la operacion de colocar las granadas, que no estando ensalceradas, todaban por el ánima, y por lo mismo, sus espoletas no podían quedar promediadas en el eje del ánima.

Para evitar que los proyectiles estallaran dentro de los obuses era necesario que los artilleros metieran todo el brazo, (*) los promediaran hasta donde fuera posible, empleando para ello gran suma de paciencia y de esfuerzo, pues hasta de listones para asegurarlos carecían, y para esto tenían que presentar el pecho y la cabeza á la boca de fuego.

Además, como aquellas piezas no se habían probado, se ignoraban sus alcances y sus desviaciones.

Por todas estas causas, el fuego de aquella batería, fué en mucha parte de la accion, lento é incierto.

Los americanos, colocaron ocultas entre la maleza, algunos piezas de montaña y baterías de Cohetes á la Congreve, única artillería que podían conducir por aquellos terrenos; pero con la ventaja de descubrir nuestras líneas perfectamente, y comenzaron á disparar granadas y multitud de cohetes.

Después de media hora de fuego, apareció un grupo de ginetes que salió del bosque, y se dirigió por la línea marcada con puntos P. P. P. hácia el Bosque de San Jerónimo.

Tras de aquellos ginetes comenzaron á pasar, uno á uno, ó en pequeños grupos, muchos soldados de infantería, cubriéndose cuanto podían para no ser vistos, con las sinuosidades del terreno.

Así, insensiblemente se fué reuniendo en el Bosque de San Jerónimo una fuerza respetable sin que se tratara de impedirlo. Logra-

(*) Es de advertir que pocos artilleros eran corpulentos, pues al mandar al cuerpo los reemplazos, no se cuida de que tengan la talla.

do este objeto, avanzaron por el frente en guerrilla, un número considerable de infantes, como en ademán de tomar la batería de obuses.

Una parte de esta infantería ocupó el Rancho de Padierna, que desde luego aspilleró, y rompió el fuego.

Otra fracción se dirigió á la magueyera, creyéndola sin duda desocupada; mas siendo recibida con un faego nutrido á quemaropa, tuvo que replegarse al rancho á la carrera.

Esta operacion, repetida varias veces, produjo el mismo resultado.

La fuerza que habia ocupado el rancho, seguía con sus rifles hostilizando la línea, principalmente la batería de obuses.

Tanto esta batería como la de cañones de á 12 y de á 16 que se hallaba á su derecha, dirigieron sus fuegos sobre el rancho, que pronto quedó hecho una eriba; pero sin que pudiesen arruinarlo, ni lograran desalojar de él al enemigo.

Entre tanto, los que ocupaban el Bosque de San Jerónimo, aumentaban su fuerza y ganaban terreno, amenazando envolver la posicion. Para contenerlos mandó el General Valencia, al General Torrejon, que tenía á sus órdenes al General Frontera, que marchase violentamente con la caballería, con objeto de impedir el avance del enemigo.

Mandó tambien dos batallones con un cañon de á 4, que se situaran en C, sobre el camino de San Angel, para impedir la llegada de nuevos refuerzos, y hostilizar al enemigo en el caso de que se retirase.

El General Frontera no esperó á que los americanos saliesen del bosque, sino que los atacó en el lindero de él. De este ataque resultó la muerte del citado general y la de varios jefes y oficiales; así como un buen número de tropa que quedó fuera de combate.

La caballería se retiró sin haber sacado algun fruto de tan inconsiderado ataque.

En aquellos momentos apareció el General Santa--Anna sobre las lomas de Anzaldo, con la Division del General D. Francisco Perez.

Desplegó en batalla en HH, con una batería en la extrema izquierda que hizo algunos disparos.

Ordenó tambien al Teniente Coronel D. Miguel M. Echeagaray, que avanzara con el Batallon Tercero Ligero que mandaba, hácia el Bosque de San Jerónimo, por el camino, que lo guiara el patriota D. José María del Rio, que era conocedor de aquella localidad; pero cuando aquel jefe se disponia á penetrar al bosque á viva fuerza, recibió orden apremiante para retirarse.

El general Valencia habia creído que las tropas que aparecían por el camino de San Angel eran del enemigo, y se disponia á hacerles resistencia. Varias personas que se hallaban presentes, entre ellas el Coronel D. Ramon Couto, ayudante del General, le hicieron notar el error en que estaba.

Así que el General se convenció de que aquellas tropas eran mexicanas, mandó tocar diana en toda la línea.

Nuestras baterías, que formaban martillo á la izquierda, hacían un fuego vivísimo sobre el Bosque de San Jerónimo, aunque sin resultado, tanto porque no veían al enemigo, cuanto porque hallándose á mucha distancia, y siendo las piezas de cortos calibres, la mayor parte de las balas apenas llegaban rebotando á los primeros árboles.

Cuando estos acontecimientos tenían lugar, ya comenzaba á oscurecer; y mirando que no era posible desalojar á los americanos del Rancho de Padierna con la artillería, se ordenó que lo tomase una fuerza de infantería, cosa que debería haberse hecho desde un principio, ya que se tuvo el descuido de no haberlo ocupado oportunamente.

En consecuencia, bajaron la loma dos compañías del Batallon de Celaya, las que atacaron con vigor y tomaron el rancho en poco tiempo, aunque con la pérdida de dos oficiales y de alguna tropa, pero causando al enemigo mayores desgracias.

Aquel fué el último episodio de la jornada. Los batallones y el cañon que se adelantaron hácia el Bosque de San Jerónimo fueron replegados. El campo quedó tranquilo aunque en absoluta oscuridad.

El General Valencia, que en lugar de conocer la mala posición en que se habia colocado, se creía victorioso; lleno de regocijo, dispuso que por la orden general se diesen gracias á las tropas por su buen

comportamiento, y que se publicase una lista de jefes y oficiales, á quienes tuvo á bien ascender.

Corrió el rumor en la noche, de haber llegado al campo un ayudante del General Santa-Anna, que comunicó la órden al General Valencia de retirarse á San Angel, aun cuando para ello fuera preciso sacrificar la artillería, ó parte de ella; pero tambien se dijo, que el General Valencia habia rehusado obedecer.

La situacion en que por la llegada del General Santa-Anna, habian quedado los americanos que estaban en el bosque, se hizo peligrosa. Les era muy dificil recibir refuerzos de su campo, é igualmente retirarse.

Se creía que el número de hombre allí cortados, llegaría á ochocientos, ó cuando mas á mil, pero sin artillería ni otras municiones que las que llevaban en las cartucheras.

Salieron de tan mala situacion, por haberse retirado el General Santa-Anna á San Angel.

Los americanos no perdieron el tiempo; durante la noche aumentaron sus fuerzas, continuando el movimiento envolvente que habian comenzado en la tarde, hasta colocarse á retaguardia de nuestras posiciones sin ser sentidos.

Nuestro campo quedó establecido como se hallaba ántes de empezar el combate.

Si el General Santa-Anna hubiese llegado temprano, y arrollado al enemigo que estaba en el bosque, como era verosímil que hubiera sucedido, habria podido reunirse al General Valencia y obligarlo á retirarse, para tomar nuevas posiciones.

Esta operacion y la entrada á la Capital de los prisioneros que se hubiesen hecho, mucho habrían levantado, sin duda, la moral de las tropas y del pueblo.

La retirada del General Santa-Anna, que por otra parte acaso era necesaria, dejó sin esperanza de salvacion á la Division del Norte.

Para aumentar nuestras desdichas, cayeron durante la noche fuertes aguaceros, y los soldados, mal abrigados, no pudieron evitar que se mojaran las municiones de las cartucheras, ni las cazoletas de los fusiles.

Agosto 20.

El día amaneció cubierto de nubes, y el campo lleno de agua.

A la izquierda de la línea de batalla que hacia frente al E., habían reunido los muertos de la víspera, formando un monton horrible, de carne, de sangre, de harapos y de lodo.

Se creía candorosamente que se iban á repetir las escenas del día anterior, y todos dirigían la mirada hácia los lugares que los americanos habían ocupado la víspera.

Antes de que la tropa hubiera tenido tiempo de reconocer sus armas y municiones, sonó á retaguardia el toque de enemigo.

Aunque esto produjo alguna confusion, se trató sin embargo de hacer cara al peligro: algunos batallones dieron frente á retaguardia, avanzando en la nueva direccion: la artillería del flanco, trató tambien de cambiar el frente de sus piezas; pero el enemigo, que para aprovechar el efecto de la sorpresa marchaba violentamente, no dió tiempo para nada.

El Parque General cayó luego en su poder, y el fuego que dirigió á la infantería no pudo ser contestado, porque los fusiles y las municiones estaban inutilizados por el agua.

En vano los generales, jefes y oficiales, hicieron los mayores esfuerzos, sin que produjeran otros resultados, que el sacrificio de muchos, que fueron muertos ó heridos.

En tan críticos momentos, el enemigo avanzando tambien por la derecha del frente, acabó de introducir el mayor desórden.

De la gente que se hallaba cerca del camino de San Angel, se salvaron algunos centenares: el resto de la division fué hecho prisionero.

El General Valencia y sus ayudantes, lograron escapar, segun creo, por la Hacienda de la Cañada, tomando el rumbo de Toluca.

El Subteniente de artillería D. Mariano Alvarez, logró salvar una pieza de á 4: escepto esta pieza, toda la artillería se perdió.

El Subteniente del Fijo de México D. Manuel Rizo, que fué hecho prisionero, logró salvar la bandera de su cuerpo, ocultándola hasta que terminada la guerra hizo entrega de ella.

Cuando los americanos recobraron los dos cañones que habían perdido en la batalla de la Angostura, los cubrieron con su pabellon prorrumpiendo en *hurras* atronadores, é hicieron mil demostraciones de frenético entusiasmo.

¿Había alguna necesidad de haber sacado á campaña aquellos cañones, únicos trofeos, que con algunas banderas se obtuvieron en esta desastrosa guerra?

Todo lo que llevo descrito, sucedió en menos de media hora.

El General Santa--Anna, cuyas tropas habian encontrado algun abrigo en San Angel, las hizo levantar muy temprano y que tomaran algun alimento.

Al amanecer puto en marcha aquella division, y cuando oyó los primeros tiros disparados en Padierna, se adelantó casi solo, á presenciarse la destruccion de la Division del Norte; acontecimiento que sin duda preveía.

En la indignacion que aquella derrota le causó, detenía á los fugitivos castigándolos con el fuste, y mirando que las cosas no tenían remedio, se resolvió á ordenar la retirada de las tropas sobre Churubusco.

La retaguardia la cubrió el Regimiento de Húsares: cuando éste acababa de desocupar la plaza principal de San Angel, marchando rumbo á Panzacola, los americanos comenzaban á llegar á la entrada del pueblo, donde batiéndose en retirada les disputaba el paso, el Teniente de caballería D. Agustin Barragan, con un piquete del Regimiento de Guanajuato.

Omito el hacer reflexiones sobre el desgraciado Combate de Padierna, pues en la descripcion de él se vé todo tan claro, que el que lea estos apuntes, comprenderá fácilmente cuanto ocurrió.

Lo que siempre deploraré, es, que se hubiera expuesto á perderse sin necesidad, la poca artillería de sitio y plaza con que contábamos para la defensa de las fortificaciones de la capital, y que en poder del enemigo sirvió para atacarlas.

Las pérdidas sufridas en este combate, sin contar las del dia anterior, fueron considerables. Entre los muchos heridos que hubo, se contaban los generales D. José María García y D. Santiago Blanco.

ATAQUE Y RENDICION

DE

CHURUBUSCO

SUMARIO.

Consecuencias que produjo la pérdida de la acción de Padierna.—Abandono de la Hacienda fortificada de San Antonio.—Desórden en la retirada.—Concentración de las tropas en Churubusco.—Ataque de los americanos al convento fortificado y al Puente de Churubusco.—Hermosa defensa malograda.—Rendición del convento y abandono del puente.—Causas que motivaron estas desgracias.—Armisticio.

Agosto 20.

Derrotada la División del Norte en Padierna, se hizo necesario abandonar las fortificaciones de la Hacienda de San Antonio, para evitar que fuesen envueltas.

La evacuación debía haberse operado tan luego como se conoció

que la Division del General Valencia estaba perdida, y desde entonces preparar la defensa de Churubusco; mas no fué así, sino que se aguardó á la mañana siguiente para ordenar la retirada.

La fuerza destacada en la hacienda, se componía de algunos batallones de Guardia Nacional con varios cañones ligeros, servidos por la artillería á caballo, y algunas piezas de plaza que debían de haberse reservado para la defensa del perímetro de la capital, donde en cambio, no faltaban cañones de batalla.

La calidad de aquellas tropas que por primera vez iban á batirse en campo abierto, no era de lo más á propósito, para verificar con ellas, una retirada combatiendo: y la pesadez de los trenes, y el malísimo estado que guardaba el camino á consecuencia de las lluvias, eran nuevos obstáculos que se tenían que vencer bajo la presión del enemigo.

Casi al mismo tiempo, llegaron delante de Churubusco, las tropas que se retiraban de San Antonio por **A**, (véase el croquis número 4) y los americanos que las perseguían.

Poco antes de llegar á la fortificación, quedaron atascados un carro de municiones y un cañon grueso, los que no fué posible sacar bajo el vivo fuego que el enemigo hacía sobre los que lo intentaban.

Por el camino de Coyoacan **B**, llegaba tambien el General Santa-Anna con la Division del General D. Francisco Perez.

La reunion á la entrada del puente de las dos columnas que se retiraban, de las cuales la que llegaba de San Antonio tenía que seguir su marcha para la capital, y la otra, ocupar el puente y la orilla del rio de Churubusco, para defenderlo; produjo como era natural no poca confusion.

Vencida la dificultad, la Division Perez se situó sobre la margen izquierda del rio en **C. C.**, para ayudar á los defensores del fuerte de Churubusco y guarnecer el puente, que tambien estaba fortificado.

A la derecha de la línea, un poco á retaguardia, quedaba la Hacienda de Portales, y otro edificio fuerte llamado la Troj. Ambos debían haberse ocupado y preparado violentamente para una defensa enérgica, como apoyo necesario de la línea **C. C.** formada sobre la margen del rio.

Tambien debían haberse mandado destacamentos de caballería

lo largo del río, para observar al enemigo y dar parte de sus movimientos.

Igualmente, se hubieran cubierto con destacamentos, los pueblecillos de la Ladrillera y Natívitás, que quedaban escalonados á retaguardia, con objeto de dejar ésta asegurada, y preparada la retirada.

Nada de esto se hizo; porque aunque la hacienda de Portales se ocupó, según creo, fué con un destacamento insignificante, que no pudo hacer algo de importancia.

Al rededor del convento de Churubusco, se había construido un fuerte bastionado, que aún no estaba concluido: sus parapetos, eran de tierra revestidos con adobes.

Los campos inmediatos al fuerte se hallaban sembrados de maíz, cuyas cañas tenían á la sazón bastante altura para cubrir un hombre: por consiguiente, aquellas *milpas* eran un excelente aproche para el ataque.

No puedo imaginar la causa por qué aquellos maizales no fueron oportunamente destruidos.

Los americanos llegaron en dos columnas; una por el camino de Tlalpam, y la otra por el de Coyoacan, convergiendo sobre Churubusco. La primera atacó el puente, y la segunda fraccionada en varias columnas de ataque, con multitud de tiradores, se lanzó sobre la fortificación de Churubusco.

A pesar del vigor de la acometida, los asaltantes se vieron obligados á retroceder con mucha pérdida, corriendo igual suerte en los nuevos ataques que intentaron.

La guarnición del fuerte, la componían los batallones de Guardia Nacional Independencia y Bravos; creo que algunas tropas del Sur, y las Compañías de Irlandeses, de San Patricio, así como varias piezas servidas por artillería á caballo y de á pié.

Aquí es bueno notar, el error cometido en sacar á campaña la artillería de plaza, poner en las fortificaciones la artillería á caballo, y dejar á la Caballería sin un solo cañón.

Viendo los americanos la inutilidad de sus esfuerzos sobre Churubusco, vadearon el río hácia arriba, sin hallar resistencia ni ser

sentidos, y se dirigieron á la Hacienda de Portales que ocuparon cortando así la retirada para la capital al General Santa-Anna.

Las tropas que éste mandaba, comprometidas ya de frente, no podían, sin grave peligro, conservar su posición, y habiendo consumido sus municiones, se vieron obligadas á retirarse hácia el Peñon Viejo por el camino D, de Mexicalzingo.

Tal acontecimiento, coincidió fatalmente, con el consumo total de las municiones de infantería en el fuerte de Churubusco: porque las que quedaban, siendo introducidas en los momentos de confusión de la retirada, resultaron de mayor calibre que el armamento que tenía la guarnición, mientras que carecían de ellas, las tropas del General Santa-Anna. Este ejemplo, debería tenerse muy presente para no dar al ejército, armas de distintos calibres.

Estas fueron las causas que obligaron al fuerte á rendirse.

En este hecho de armas que produjo honra á nuestra bandera, y grandes pérdidas al enemigo, sucumbieron varias personas notables de la sociedad mexicana, como los Señores Peñúñuri, Martínez de Castro y otros.

Las faltas cometidas en las operaciones practicadas en esta jornada, saltan á la vista.

La circunstancia de componerse de guardias nacionales la mayor parte de las guarniciones de San Antonio y de Churubusco, hizo que en ambos puntos hubiera multitud de gente, que pertenecía á las familias, ó á la servidumbre de los que formaban los cuerpos, así como cantineros y fondistas.

Al comenzar el combate de Churubusco, la gente á que me refiero, tanto la que había allí, como la que se retiraba de San Antonio, se puso en camino para la Capital, obstruyendo la calzada que á ella conduce con todo género de carruajes y personas á caballo y á pié.

Como el camino no estaba en buen estado, y las lluvias lo habían puesto de peor condición, la marcha de los fugitivos era en extremo penosa.

A esto debe agregarse, que los individuos de las fuerzas del General Santa-Anna que se retiraban dispersos por la misma calzada atraieron la persecución del enemigo, y desde luego se introdujo la mayor confusión.

Un grupo de dragones americanos, con sable en mano, á toda brida, y derribando cuanto hallaban á su paso, llegó hasta la Garita de San Antonio Abad, produciendo allí tal desorden, que si detras hubiera llegado una fuerza respetable, sin duda se habría apoderado de la fortificacion.

Durante la tarde y parte de la noche, estuvieron entrando por la citada garita, hombres y mujeres de los fugitivos.

De los dragones americanos quedaron dos muertos y un prisionero: los demas se retiraron á escape.

Dueños de Churubusco los americanos, solicitaron un armisticio, y permiso para proveerse de víveres en la Capital.

No dudo que las desgracias sufridas por nuestro ejército, pusieran al General Santa-Anna en la necesidad de acceder al armisticio; pero no debió permitir al enemigo que se proveyese de víveres en la misma ciudad que venía á atacar.

Las tropas que se retiraron por Mexicalzingo, pernoctaron en el Peñon Viejo, y el día 21 de Agosto entraron en la Capital.

Desde aquel dia comenzó á contarse el armisticio.



PERDIDA DE CHAPULTEPEC

Y EVACUACION DE LA CAPITAL

SUMARIO.

Terminacion del armisticio.—Preparativos para renovar las hostilidades.—Combate del Molino del Rey.—Error del General Santa Ana.—Sus consecuencias.—Bombardeo el 12 de Setiembre sobre Chapultepec.—Asalto y toma del mismo, el dia 13.—Defensa en las garitas.—Evacuacion de la Capital.—Marcha y contramarcha.—Retirada definitiva.

Setiembre 7.

No habiendo habido acuerdo entre los plenipotenciarios nombrados para formular los preliminares de la paz, se rompieron las negociaciones, y terminando el armisticio en este dia, recobraron su vigor las hostilidades.

La moral de las tropas estaba restablecida, y el General Santa Anna las había distribuido en los puntos convenientes.

Parece que el Molino del Rey había llamado de preferencia la

atención del General en Jefe, pues había formado una fuerte línea de batalla, que se apoyaba por la izquierda en el Molino del Salvador, y por la derecha en la fortificación de Casa-Mata, pero en la noche, varió de parecer y retiró parte de aquellas tropas.

Setiembre 8.

Antes de amanecer, fueron quitadas varias piezas de artillería de las garitas de Vallejo y Noncalco, llevadas á la garita de San Antonio Abad, y colocadas en aquella línea.

El General Santa Anna llegó al mismo punto, con una brigada de infantería.

Apénas apareció la primera luz, el enemigo rompió el fuego sobre San Antonio, con una batería situada en el camino de San Angel, cerca del punto llamado la Ermita.

Poco despues se oyó un cañoneo bastante vivo por las Lomas de Tacubaya, y en seguida un fuego nutrido y constante de fusilería.

El General Santa Anna dirigió la vista hácia aquel rumbo, y como sorprendido, y como luchando con pensamientos opuestos, permaneció así algunos minutos.

Convencido, sin duda, de que por Chapultepec se empeñaba un combate formal, puso las tropas en marcha al paso veloz, hácia aquel rumbo.

¿Qué causa pudo inducir al General Santa Anna á temer un ataque por San Antonio Abad, cuando este punto formaba parte del recinto fortificado, protegido por inundaciones, que no dejaban más campo que una calzada para aproximarse á la fortificación?

No es fácil presumirlo.

Probablemente el enemigo no lo hubiera escogido para atacarlo; y en el caso de que pudiera cometer semejante error, necesitaría algunas horas para vencer la resistencia que se le podía oponer, y por lo mismo, sobraría tiempo para ocurrir en auxilio de los que lo defendieran.

No sucedería lo mismo en el ataque al Molino del Rey, porque hallándose las tropas á descubierto y dominadas por el terreno; era posible vencer su resistencia en poco tiempo, si eran atacadas con

fuerzas muy superiores, como sin duda lo verificarían los americanos.

Es por lo tanto verosímil, que si las tropas que condujo el General Santa Anna á la Garita de San Antonio Abad, las hubiera tenido en el Bosque de Chapultepec, en el momento de haber sido rechazados los americanos en sus primeros ataques, podrían haber consumado su derrota.

Pero desde la garita de San Antonio Abad hasta las Lomas del Molino del Rey, hay cerca de dos leguas, sin contar con los rodeos que tienen que hacerse para evitar las muchas acequias que cortan el terreno. Así sucedió, que á pesar de que las tropas aceleraron su marcha cuanto les fué posible, no pudieron llegar al lugar del combate en tiempo oportuno.

El teniente Coronel D. Miguel María Echeagaray, que con el Tercer Batallón Ligero que mandaba, había pernoctado en la cima de Chapultepec; tan luego como oyó el fuego, sin esperar órdenes, se puso violentamente en marcha con el cuerpo de su mando, y llegó á la línea de batalla en momentos muy críticos, en los que prestó servicios importantes, rechazando con gran pérdida al enemigo, y recobrando tres cañones que éste se llevaba.

Pero mientras que nuestras tropas comprometidas en aquella línea, no podían ser reforzadas oportunamente, los americanos tenían casi todo su ejército allí.

Sin embargo, un nuevo ataque fué resistido con grande esfuerzo. Los capitanes D. Marcial Leon y D. Pedro Mendez, con el alférez D. Alejandro Argáandar, y otros oficiales del Tercer Ligero, colocaron los cañones rescatados por su batallón, sobre la era situada delante del Molino del Salvador; y con los pocos artilleros que quedaban, y con algunos soldados de su cuerpo se pusieron á servirlos.

Habiéndose perdido los escopines y los botas-fuegos, vedaban los cañones desbaratando cartuchos de fusil sobre cada fogon, y para dar fuego, disparaban la arma sobre ellos.

El valiente capitán Mendez, y muchos soldados, quedaron muertos. El capitán Leon, el subteniente Argáandar, y mayor número de soldados heridos.

Cuando al fin se tuvo que ordenar la retirada, aquellos cañones

que tantos estragos habían causado al enemigo, tuvieron que abandonarse porque carecían de armones que los carreteros se habían llevado desde el primer ataque.

Simultáneamente, que al Molino del Rey, el enemigo había atacado la guarnición de Casa Mata. Al principio, el 11.^o de infantería y los restos del Cuarto Ligero, que la guarnecían, saltaron los parapetos y lanzándose á la bayoneta, hicieron retroceder á los americanos, que dejaron el campo lleno de cadáveres. Pero, después, en los nuevos ataques, aquellos colocaron buen número de cañones contra los débiles parapetos de tierra que tiene Casa Mata; más bien como acotamiento y seguridad del recinto, que como medios de defensa; y como no había un solo cañon con que contestar al enemigo, la guarnición no pudo sostenerse y tuvo al fin que abandonar el punto.

Aunque se esperaba que los cuatro mil caballos situados en la Hacienda de los Morales, hubieran cargado sobre los americanos, semejante carga no tuvo verificativo.

La conducta de aquella caballería produjo la mayor indignación; mas será justo examinar algunos de los motivos que pudieron influir en su inacción.

En primer lugar se dió el mando de ella al General D. Juan Alvarez, antiguo Jefe independiente, educado en la guerra de las montañas, y en consecuencia, poco familiarizado con las batallas campales, y ménos con el mando de la caballería.

Es sabido que el manejo de esta arma, exige jefes de mucha instrucción y de cualidades excepcionales; de ojeada militar segura, de concepción pronta y de ejecución rápida y enérgica.

Una masa de cuatro mil jinetes necesitaba ser mandada por un jefe como el descrito.

Desprovista la caballería de fuegos eficaces propios, y siendo su principal objeto el ataque en masa, le es indispensable la acción de la artillería para preparar sus cargas, porque casi es segura su derrota si se lanza sobre tropas frescas, que no hayan sido conmovidas por el fuego.

Pues bien, la División del General Alvarez no contaba con un so-

do cañon. Como hemos visto, parte de la artillería á caballo se perdió tras de los parapetos de Churubusco.

Entre la Hacienda de los Morales y el campo que ocupaba el enemigo, existe una barranca que los americanos cubrieron con infantería y artillería, con el objeto de rechazar el ataque que por aquel lado se les dirigiera.

No obstante, si el General Alvarez hubiera podido disponer por lo ménos, de una batería, bajo la protección de sus fuegos podía haberse intentado el ataque, pasando al efecto por detras de Casa-Mata donde el barranco es poco profundo, y de suaves pendientes.

Es verdad que el pase es algo estrecho, y esta circunstancia aumentaría las causas que paralizaran el impulso de la caballería, la cual, una vez vencido el obstáculo, tendría que reformarse para cargar en seguida; mas á pesar de todo, no era impracticable la operación.

Aunque por la falta de la artillería crecian las dificultades, en mi humilde concepto debía haberse intentado la carga con una parte de la division, dejando la otra de reserva, ya para secundar á la que atacase, en caso de buen éxito, ya para sostenerla en su retirada, en caso de derrota.

Empero, la carga no se intentó, y los americanos con sus reiterados ataques, habiendo cortado la retirada á los defensores del Molino del Rey, estos se vieron obligados á replegarse por la calzada de Anzures.

Quedaron, pues, los americanos dueños del terreno disputado, pero sin emprender nuevas operaciones. Las pérdidas que tuvieron en este combate fueron considerables.

Posesionado el enemigo, de Casa Mata, comenzó á disparar sobre aquel punto, la Artillería que estaba en la cima de Chapultepec. El Jefe de Division D. Manuel López Bueno, dirigió varias granadas con el mayor acierto. Una de ellas incendió un repuesto de municiones, ocasionando las pérdidas consiguientes.

Nosotros perdimos á los generales Leon y Balderas, al Coronel Gelati, buen número de jefes y oficiales, y muchos individuos de tropa.

Setiembre 9, 10 y 11.

Estos días los empleó el enemigo en levantar baterías para atacar á Chapultepec. Entretanto, no hubo ningun combate sério, pero sí algunas escaramuzas.

En una de ellas, el Teniente D. Mariano Martínez, jóven que no contaría veinte años, se lanzó con algunos jinetes del 5º de caballería contra un grupo considerable de infantes enemigos. Estos, como de costumbre, se introdujeron en una *milpa* esperando á sus contrarios con tranquilidad. Cuando los tuvieron á quema ropa les hicieron una descarga, de resulta de la cual, cayeron muertos, el Teniente Martínez y algunos soldados.

Un cabo de batidores recogió el cadáver de su Teniente, y volvió á nuestro campo conduciéndolo sobre su montura, sostenido con el brazo izquierdo, miéntras empuñaba la lanza con la mano derecha.

Dicen los que lo vieron, que aquel cabo, con su aspecto marcial, con sus largas barbas negras, y con su casco metálico, conduciendo sobre su hermoso caballo el cadáver de su oficial, era digno de ser copiado por un buen pincel.

En uno de estos días salió herido el General Ramiro.

Setiembre 12.

Desde que amaneció hasta que anocheció, las baterías americanas no cesaron de hacer fuego sobre Chapultepec, cuyos edificios quedaron bastante maltratados.

Por supuesto, que en este cañoneo, hicieron el principal papel las piezas de sitio y plaza que perdimos en Padierna.

Setiembre 13.

El enemigo atacó las obras levantadas al pié del Cerro de Chapultepec, sobre el camino de Tacubaya, al mismo tiempo que pene-

eraba al bosque por el Molino del Rey. En el primer intento fracasó; pero dentro del bosque quedó victorioso despues de aniquilar al Batallon de San Blas, única fuerza que lo defendía.

Un oficial de aquel cuerpo, con la bandera, y un grupo de soldados, escaparon, tan solo, de la catástrofe. La mayor parte del batallon, con su coronel Xicotencatl, quedó en el campo.

Una vez dueños del bosque los americanos, emprendieron la ascension al cerro, por varias partes. Los que subieron por el caballero alto, se detuvieron un momento para tomar aliento y organizarse, cerca del foso de la pequeña obra que allí había, la cual los recibió con un nutrido fuego de fusil.

Por desgracia, un cañon de á 24 de fierro, que servía el Teniente del arma D. José María Rios, reventó, matando á este oficial y á varios soldados; y como al mismo tiempo el enemigo lanzando *hurras* se dirigió al asalto, la corta fuerza que defendía el parapeto no pudo resistir por el estado de confusion y de desórden en que la puso el acontecimiento del cañon.

Sucedió tambien, que por ausencia del oficial que conocía el secreto, y que estaba encargado de darles fuego, dejaron de jugar varias fogatas establecidas delante del foso.

Una vez los asaltantes dentro del recinto, eran dueños de la mayor parte del Colegio Militar: los alumnos, reunidos con algunos soldados, ocuparon el jardin que queda sobre el mirador y allí hicieron una resistencia tenaz y vigorosa, que admiró el enemigo, aunque tuviesen al fin que sucumbir.

Murieron en Chapultepec, el General Perez, el Coronel Xicotencatl, el Teniente Coronel de Ingenieros Don Juan Cano, el Teniente de la misma arma Don Juan de la Barrera, varios alumnos del Colegio Militar, y buen número de soldados.

Entre los oficiales del Batallon de San Blas, que murieron en el bosque, debe contarse el Subteniente Don Policarpo Aguilar, salido del Colegio en 1845.

El capitan D. Tomás Murphi, que fué herido y prisionero, estuvo á punto de ser fusilado por el enemigo, á causa de su apellido inglés, y de su color rubio.

Se ha dicho que la tropa que defendía á Chapultepec era bisoña

y que estaba algo desmoralizada á causa del bombardeo de la vispera; que el General Bravo, pidió al General Santa-Anna el relevo, de aquella fuerza y que éste se negó á enviarlo. A esto se atribuye que la defensa de Chapultepec no hubiese sido más enérgica.

Perdido Chapultepec, el General Santa-Anna, ordenó la retirada de las tropas que quedaban abajo del cerro, en dos columnas; una que se retiró por la calzada de Belem, y la otra, por la de la Verónica, con objeto de ocupar y defender las garitas de la Tlaxpana y de Romita, que poco despues fueron atacadas.

La de la Tlaxpana, presentó una resistencia que duró algunas horas, pero envuelta al fin fué abandonada.

En la de Romita, los ingenieros habían construido los parapetos precisamente debajo de los grandes arcos que formaban la portada.

El enemigo, que lo observó, en lugar de dirigir el fuego de sus cañones contra la fortificacion, lo dirigió á la clave de los arcos, produciendo con esto, una lluvia de grandes piedras, que caian sobre los defensores del punto, ya batidos por la fusilería.

La garita fué pues abandonada despues de una considerable resistencia, y la tropa que la defendía se replegó á la Ciudadela.

Una de las víctimas de la imprevision de los ingenieros, fué el Jefe de Division Don Rafael Linarte, que mandaba la artillería de aquel punto, y que murió, á consecuencia del golpe de una enorme piedra que le cayó encima.

Posesionado el enemigo de la garita, comenzó desde luego á hacer fuego de cañon sobre la Ciudadela.

El Coronel graduado, Teniente Coronel Don José María Castro, conocido por el *barbon*, de riguroso uniforme, como acostumbraba entrar en combate, salió de la Ciudadela á la cabeza de una pequeña columna, y dirigiéndose por los arcos de Belem, avanzó sobre la garita. Pero la fuerza que mandaba no era suficiente para semejante empresa, en un ataque aislado, pues el enemigo se había establecido sólidamente en su conquista. Despues de una accion algo acalorada, tuvo Castro necesidad de replegarse á la Ciudadela.

Al caer la tarde, los americanos eran dueños de todo el Barrio de San Cosme, hasta la Plazuela de San Fernando, en donde situaron un mortero, con el que durante la noche dispararon algunas bombas

A consecuencia de las continuas desgracias que habían caído sobre el ejército, se hallaba quebrantada su moral; y como se había omitido fortificar el interior de la Ciudad, donde la defensa podía hacerse con mayor energía y más probabilidades de éxito, el General Santa-Anna no creyó conveniente continuar la resistencia.

Por decision de una junta de guerra que tuvo lugar en la Ciudadela, se resolvió la evacuacion de la capital.

El movimiento comenzó despues de la media noche sin que lo sintiera el enemigo, y al amanecer, el ejército se hallaba en la ciudad de Guadalupe.

Setiembre 14.

Algunos creyeron que el General Santa-Anna se dirigiría sobre Puebla con el objeto de reducir la corta guarnicion que habían dejado allí los americanos, y haciéndose fuerte en la ciudad, cortar la línea de comunicacion del enemigo.

Al haberse realizado tal creencia, la guerra hubiera asumido diverso carácter del que hasta entónces tuvo: Puebla, Tlaxcala, Oaxaca y Veracruz, se hubieran alzado en armas, y entónces el ejército americano encerrado y hostilizado en la capital, habría quedado en una posicion bien crítica.

Segun la opinion más generalizada, de los trece mil hombres con que el General Scott invadió el Valle de México, perecieron en los combates cerca de la mitad; no era posible, en consecuencia, que organizara una fuerza suficiente, para recobrar á Puebla conservando al mismo tiempo la capital.

Desgraciadamente no se le ocurrió al General Santa-Anna verificar aquella operacion.

El grueso del ejército tomó el camino del interior á las órdenes del General Don José Joaquin de Herrera, y pernoctó en Cuautitlan.

El General Santa-Anna, con la mayor parte de la caballería, y con algunos cañones, tomó el rumbo de los Llanos de Apan.

Setiembre 15

De Cuautitlan á Huehuetoca.

Por la diligencia se supo, que el pueblo de México, algunos soldados dispersos, y uno ó dos escuadrones que el General Santa-Anna había mandado en su auxilio, se batian denodadamente con los enemigos en las calles de la Capital.

En vista de tales noticias, se dió orden á la division para que contramarchase á reforzar á los que combatian. Tal determinacion se verificó en la misma noche, hasta llegar á Cuautitlan.

La gente hizo esta doble jornada con visible contento, y en general todos se mostraban complacidos del nuevo giro que tomaban los acontecimientos.

Setiembre 16.

Cuando la division esperaba emprender la marcha, supo con pesar que volvería á Huehuetoca.

Nuevas noticias comunicadas al General en Jefe, de que los americanos lograron sofocar el movimiento, fueron causa para que se continuase la retirada.

Setiembre 17.

A Tula.

Como la division iba muy escasa de recursos, dispuso el General Herrera, que de las existencias de tabaco que tenía el estanco, se hiciera un reparto á los generales, jefes y oficiales: alcanzóles á cuarta parte de sus respectivos sueldos; pero como casi todos se hallaban sin dinero, malbarataron la mercancía; de suerte, que los subalternos quedaron contentos con recoger tres ó cuatro pesos.

Setiembre 18.

Desde este dia, las tropas hicieron las jornadas de costumbre, sin que ocurriese nada notable hasta llegar á Querétaro, donde se estableció el gobierno.

Así terminó la infausta campaña del Valle de México.

OBSERVACIONES

Por el contenido de estos apuntes, y por el estudio de las otras batallas que tuvieron lugar en el curso de la guerra, y que no constan en ellos, se vendrá fácilmente en conocimiento, de que prescindiendo del estado de desorganizacion en que se hallaba la defensa nacional, y de los frecuentes pronunciamientos que ocurrieron, las faltas puramente militares ocasionaron muchas de nuestras desgracias.

Toca á los jóvenes que siguen la gloriosa carrera de las armas, hacer un estudio minucioso de las faltas cometidas en esta desgraciada guerra, para saber evitar su repeticion, el dia en que hallándose con un mando importante, les encomiende la Nacion la defensa de su territorio.

Formar un diario de los acontecimientos que tenian lugar, para producir alguna luz sobre ellos, y hacer constar varios de los errores cometidos, fué el objeto de estos apuntes; pero, me permitiré ademas hacer algunas reflexiones que atañen á la generalidad de la guerra.

Se nota desde luego en la mayor parte de las batallas, poco tino para escoger y ocupar las posiciones, ningun cuidado para preparar la retirada en caso necesario; y gran negligencia para asegurar y

defender los flancos y evitar que el enemigo los envolviese con facilidad, como varias veces sucedió.

Estas eran las causas de que algunas derrotas fuesen tan desastrosas.

Es digno de notarse, que en la única parte en donde se tomó la ofensiva, que fué en la batalla de la Angostura, los resultados fueron favorables. Exceptuando este único caso, en toda la campaña estuvo el ejército á la defensiva absoluta, sistema reputado como el peor que se puede seguir.

En cuanto á la estrategia, se la olvidó completamente, pues no se observó mas regla que presentase al enemigo de frente interceptándole el paso.

Tambien se descuidó el organizar la guerra en el terreno que quedaba á la espalda del enemigo y á los lados de sus líneas de operaciones; cosa de la mayor importancia en las guerras defensivas, y que tan buenos resultados produjo en Rusia, en España y en Portugal, cuando estos países fueron invadidos por los ejércitos de Napoleon.

Es verdad que entretenidos nosotros con las frecuentes revoluciones que se sucedían periódicamente, poco ó nada nos ocupábamos en estudiar y preparar un sistema de defensa; y que la invasion nos sorprendió por completo, porque la mayor parte de los mexicanos, no creían que tal guerra pudiese venir.

Un orgullo nacional mal entendido, y un desprecio inconsiderado de nuestros vecinos, contribuyeron tambien á asegurarnos en nuestra indolencia.

Por otra parte, el estado militar de la República era deplorable; el ejército no llegaba al comenzar la guerra, á doce mil hombres esparcidos en una vastísima extension: el armamento, la artillería, y ~~en general, todo lo concerniente al ejército, se hallaba envejecido~~ y deteriorado por el uso, sin que en muchos años hubiese sido relevado, y en cuanto á nuevos sistemas adoptados en otros países, solamente teníamos noticias.

No existían arsenales ni depósitos de ninguna clase, de manera que las pérdidas sufridas en la guerra era imposible repararlas.

Los doce mil hombres del ejército, reemplazados constantemente y ayudados por batallones de auxiliares y de Guardia Nacional,

que en escaso número se levantaron, fueron los únicos elementos con que la Nación sostuvo una lucha en extremo desigual para la que no estaba preparada.

Hay que añadir que la Hacienda pública, se hallaba completamente exhausta. (*)

La lección recibida ha sido por cierto demasiado dura, y seremos muy dichosos si nos aprovechamos de ella.

Pero puesto que los tratados de paz y amistad firmados en la Ciudad de Guadalupe Hidalgo, poniendo término á la guerra nos niegan toda esperanza de desquite, debemos aprovechar la experiencia que nos legaron los funestos días de la Invasión Americana, para prepararnos, y vivir siempre apercibidos y listos, para rechazar á los que intenten violar, en lo de adelante, el territorio de la Nación.

Querétaro, Mayo de 1848.

Manuel Ballontin.

(Es copia) Ordenada, revisada, y corregida en 1879.

(*) La guerra duró dos años. El número total de hombres que enviaron los Estados-Unidos, fué el de noventa y seis mil, apoyados con una numerosa escuadra. Las pérdidas que sufrieron, fueron de veinticinco mil. Los gastos erogados, doscientos millones.

FE DE ERRATAS

PÁGINA	LINEA	DICE	LEÁSE
34	50	descubierto en I	descubierto en Y
"	36	Ojo de Agua por I	Ojo de Agua por J
55	9	Piquetes	piquetes
74	17	gaaganta Q	garganta Q
75	29	que le surte	que se surte
87	12	sostener	sosten
105	2	de 4.º	del 4.º
"	20	Luiarte	Lunarte



Pedregal

Anzaldé

S. Geronima

Asque
la
S. Geronima

Camino de S. Anzaldé

P

P

P

A

D

E

E

C

Rancho de Palerma

A

B

B

A

Rancho

